El CAZADOR DE ESPÍRITUS

El mundo (éste y el otro) según Antonio, el exorcista

editorial lulu

2ª edición

Víctor Colomer

EL CAZADOR DE ESPIRITUS

Editorial Lulu
Victor Colomer

Título: El Cazador de Espíritus
Autor: Víctor Colomer
Portada: Antonio Jimenez
Copyright © Victor Colomer
Primera Edición, año 2018
Copyright © para la presentación
Editorial Lulu
http://www.lulu.com
ajp.es@protonmail.com

ISNB: XXXXXXXXXXXXXXX
Depósito legal: XXXXXXXXXXXXX

Reservado todo los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma o medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiadoras, casetes, etc, sin permiso escrito de la editorial.

Cualquier parecido con la realidad no
será coincidencia,
sino pura realidad.

Prólogo por Antonio Jiménez

Quiero contaros como ha nacido este libro. Lo escribí hace años, como buenamente pude, con mis pocos conocimientos de lingüística y narrativa y dando mis primeros pasos en el teclado de un viejo ordenador. Dediqué a ello quince días enteros de mi vacaciones, llorando a lágrima viva cada vez que me ponía a evocar mi vida frente a un papel en blanco. De pronto los recuerdos acudían a mi mente de forma desordenada lo que me producía una desazón y un malestar muy perturbadores. Pero no podía dejar de escribir... ni de secarme las lágrimas de tan catártico como era el ejercicio.

Apenas fueron una treintena de folios y en ellos quedó plasmado el primer proyecto de mi libro. Lo titulé *Memorias de un Espíritu* ya que mientras escribía tuve la sensación de hacerlo por órdenes de un ser superior que me dictaba cada línea. El espíritu hablaba en primera persona de un tal Antonio y contaba su vida desde una perspectiva espiritual

Nunca tuve prisa en publicarlo. Las cosas han de caer por su propio peso y el lema de mi vida siempre ha sido que «si ha de ser será y si no es, es porque nunca fue». No somos mas que un eco del pasado repitiendo en uno y mil planos de existencia los mismos aciertos y errores. Así que no había que darse prisa, sino simplemente dar tiempo al tiempo y... lo que tenga que ser será. Eso nunca me quitó el sueño.

Al cabo de unos años encontré un amigo, uno de ésos que vienen de lejos y a los que poco a poco te vas acercando porque la amistad va creciendo lentamente. Víctor se llamaba, le conocía de su trabajo en Diario de Sabadell y me propuso hacer un libro sobre el tema espiritual. Le respondí que imposible. Eran aquellas épocas en que íbamos liadísimos de trabajo atendiendo a 50 y 60 personas cada día en nuestro consultorio. Pero tomamos un café, él insistió sobre la necesidad de dar a conocer casos reales de posesión y exorcismos para que la gente viera que no son cosas de películas, sino que es un fenómeno real y cercano.

Te voy a contar una historia, le respondí. Un día, siendo yo un niño, mi padre me llevó al mercado donde mi abuelo tenía una parada de fruta. Todos sus compañeros con puestos también de fruta o verdura, pollería, huevos y demás chillaban como locos pregonando a voces la bondad de su producto. Mi abuelo era el único que no daba voces. Extrañado, le pregunté porque permanecía tan silencioso. ¿Tu ves que me quede algo por vender? Me preguntó a su vez. No le quedaba nada. ¿Para que me voy a desgañitar si ya lo tengo todo vendido?

Como mi abuelo, yo tampoco voy a perder energías gritando la verdad del hecho espiritual. Aquí está mi libro para que cada cuál lo lea como mejor le parezca. Esta es mi vida y éstos son los hechos. Pero podéis leerlo, si así os place, como una aventura de Harry Potter o como una película de ciencia ficción. No me importa. Otros sabrán de qué hablo porque algún capítulo les va a recordar aquel extraño suceso que vivieron un día. Otros se reconocerán en cada línea, en cada palabra. Da igual, cualquier lectura es correcta, lo principal es ayudar.

Años después Víctor y yo volvimos a encontrarnos. Yo estaba ya retirado y nos pareció el momento adecuado para poner en marcha conjuntamente un largo proyecto que ha durado más de dos años. Ha sido un parto largo y

plagado de dificultades, pero finalmente el libro sale a la luz. Era nuestro eco del pasado. El resultado lo tienes en tus manos.

Prólogo por Víctor Colomer

Siempre he pensado que los fantasmas deben existir. Tienen que ser verdad. Pero nunca he podido demostrarlo ni, menos todavía, experimentarlo. He investigado sin mucho éxito en el mundo de los viajes astrales y los sueños lúcidos, me he metido en sectas, he acumulado libros y he buscado en la espiritualidad. Pero nunca he visto fantasmas, nunca he experimentado nada sobrenatural ni he constatado la existencia de un mundo paralelo al nuestro. Aún así, y esto es sorprendente, sigo

creyendo en fantasmas.

¿Qué me anima? Muy fácil: ir encontrando aquí y allá textos históricos, literarios o periodísticos, testigos personales de amigos y conocidos, escenas de cine... Donde menos lo espero, vuelve a salir una información sobre
fantasmas.

Un día de 1991, el guitarrista Narciso Yepes, de prestigio internacional, me reconoce, mirándome a los ojos, en una entrevista y con toda naturalidad, haber visto un
familiar muerto en su casa.

El 6 de enero de 2017 medios de todo el mundo publicaban «Silvia de Suecia dice que convive con fantasmas». En una entrevista en la televisión sueca, SVT, la esposa del rey Gustavo afirma que son «presencias amistosas».

Hay gente que no cree por motivos de lógica. «Yo soy muy racional», argumentan. En mi caso, paradójicamente, es precisamente la lógica la que me ha hecho creer en estos fenómenos. Para mi es de pura lógica
que los fantasmas han de ser una realidad.

Hace unos años, la hija de una amiga de Sant Cugat del Vallès llama a gritos a su madre desde su habitación

porque está viendo, tumbado en su cama, el abuelo que murió el día anterior. Asustada, describe a su madre como viste el abuelo, justo la misma ropa con que le enterraron y que la niña no había visto. ¡Una niña de diez años! ¿Por qué va a mentir ella? Una niña de diez años no puede estar influida por películas, leyendas o relatos de terror. Sólo estaba haciendo deberes en su habitación y de repente se le aparece su abuelo, fallecido el día anterior, tendido en su

propia cama.

Una compañera de trabajo me habla de la señora con la que coincide a la salida del colegio, donde recoge a su hijo. Le explica como habla con su marido, muerto hace tiempo, cada vez que lo encuentra sentado en su butaca. Hay gente que lo lleva con la misma naturalidad con que lo manejan los habitantes de Macondo en *100 años de*

Soledad. Cohabitan con seres espirituales sin problema.

Y todavía otro caso cercano, una vecina muy sensata y de plena confianza me dice que ha visto dos veces en el rellano de nuestra escalera y en el parking de casa, a otra vecina que se suicidó precipitándose desde el
balcón.

¿No es tanta coincidencia, al menos, digna de estudio?

Pasemos ahora de los casos de mi entorno personal a los universales. La creencia en muertos retornados está acreditada desde la cuna de la humanidad. De fantasmas se habla desde los sumerios. En la epopeya sumeria Gilgamesh, 2.600 años antes de Cristo, ya aparece el muerto reencarnado Enkidú. Los egipcios ya mencionan el cordón de plata que une el cuerpo físico con el energético y desarrollaron una compleja arquitectura funeraria (pirámides incluidas) basada en el viaje del espíritu, no del

cadáver, a la otra dimensión.

Desde los sumerios hasta películas como *Ghost* o *El Sexto Sentido*, encontramos apariciones de muertos en *La Eneida* de Virgilio y *La Odisea* de Homero, en el *Hamlet* de Shakespeare, en *El Holandés Errante* de Wagner, en *La*

Novia de Corinto de Goethe y, leyendas aparte, en tantos otros monumentos de la cultura occidental. El Nuevo Testamento, sin ir mas lejos, atribuye tres exorcismos al propio Jesús. La ciencia lo atribuye a supersticiones locales de gente sencilla. Pero es que en la otra mitad del planeta, la cultura oriental disfruta también de una extensa historia - y no sólo en la literatura clásica de China o Japón- sobre aparecidos, espíritus de muertos que regresan a casa, poseídos y exorcismos.

Tienen sus fantasmas los aborígenes australianos, las tribus africanas y los indios americanos, desde mucho antes de comunicarse entre ellos. Curiosa «superstición local» la que alcanza todos los siglos de la historia de la Humanidad y todo el globo terráqueo de Norte a Sur y de Este a Oeste. Comprendo que el fenómeno no sea experimentable ni, por lo tanto, estudiable científicamente, pero da rabia que la ciencia no tome más seriamente un

fenómeno tan universal.

Hoy mismo, en pleno siglo XXI, el tema sigue generando ficción, leyendas, cine... ¡Incluso una concursante de Gran Hermano veía fantasmas! Pero también documentales e incluso literatura científica como la de la doctora Elisabeth Kubler Ross que afirma sin tapujos, desde la perspectiva médica, la existencia de seres espirituales en nuestro entorno y aporta multitud de testigos. Hoy, según las encuestas, el 32% de los estadounidenses afirman sin vergüenza creer en

fantasmas.

Pero América nos queda lejos y a los americanos siempre les hemos visto un poco extravagantes. Es por eso que yo, que llevo toda la vida esperando que la ciencia pierda el miedo a los fantasmas y aparezca un día un premio Nobel sin complejos demostrando su existencia, he decidido hablar de los fantasmas de casa, los que tenemos más cerca. La vida se me echa encima y no quiero morir sin haber averiguado la verdad de este apasionante misterio.

No puedo esperar más.

Es así como he recuperado a un viejo conocido, Antonio Jiménez. Cuando yo trabajaba en Diario de Sabadell siempre busqué entrevistados que me aportaran un poco de luz al respecto. Algunos eran demasiado iluminados, otros esotéricos alucinados, charlatanes de feria o sectarios. Otros, no obstante, me intrigaban por no encajar en ningún prototipo conocido, me inspiraban cierta confianza. Seguí de cerca el nacimiento, en 1991, en la Avenida Barbera de Sabadell, del Centro Espiritual Angeles.

No cerró al poco tiempo como yo vaticinaba. Bien al contrario, vi como durante 25 años, que se dice pronto, el centro no paraba de recibir cada vez más visitas de pacientes. Primero sólo de Sabadell, después de toda España y al final del extranjero, mayormente de América Latina. Los pacientes llenaban cada día pacientemente (valga la redundancia) durante horas aquella sala de espera, que yo siempre veía apretujada, para ser atendidos de algún tipo de posesión. El trabajo consistía, por decirlo brevemente, en arrancarles el espíritu que les acompañaba

y enviarlo al cielo.

Poco a poco fui descubriendo que M. Àngels se ayudaba en el trabajo de un personaje anónimo, discreto, miope, gordito, mofletudo, un poco cojo, sin apenas estudios y algo desaliñado que escuchaba desde un rincón de la consulta la historia de cada una de aquellas personas desesperadas y que se dejaba poseer temporalmente (yo

entonces no lo sabía) por el espíritu a desalojar.

Asistí a alguna de aquellas sesiones y veía como él aceptaba con humildad su papel de secundario. Sólo hablaba en voz queda, de vez en cuando, con M. Àngels. Pero lentamente fui descubriendo que la presencia de aquel hombre discreto medio escondido en la oscuridad era esencial para el trabajo que allá se realizaba. Imposible sin
él.

Ahora he reencontrado a aquel Antonio que tanto me intrigó hace unos años. Es un tío abierto, simpático, servicial y muy estimado por sus antiguos pacientes. Se ha

retirado del trabajo y ha abandonado todo escrúpulo a hablar. Liberado de aquella disciplina, hoy vive una jubilación dorada llena de alegría, tiene voluntad de comunicarse y ganas de dejar testimonio de lo que ha sido
una vida, la suya, de auténtica película.

Antonio ve espíritus y vive con ellos desde la infancia. Y lo lleva con una naturalidad que te desarma. Cuando habla de ello, mezcla los fenómenos sobrenaturales que él vive a diario con temas cotidianos como la hipoteca, el último concurso de la tele, su pasión por las motos, el Barça-Madrid, la visita al médico, la mejor técnica para plantar un geranio o sus dos hijos. Pasa de la cotidianidad a la fenomenología sin solución de continuidad. Tiene los espíritus integrados en su vida.

A menudo se ríe de ellos e incluso les desprecia (califica los espíritus débiles como «una entidad de calderilla»). Pero respeta con devoción al «Jefe», aquella voz que resuena en su cabeza desde niño, sólo de vez en cuando, pero con rotundidad. Una voz interna que durante toda la vida le ha ido indicando el camino correcto, le ha educado lentamente en las artes espirituales y siempre le

ha ordenado, con tono severo, hacia donde caminar.

Con el tiempo, dice Antonio, ha desarrollado tres facultades: vivencia, videncia y premonición de futuro. Olvida decir que, cuando ha convenido, también ha ejercido de medium, ha sanado, ha ayudado a morir y, sobre todo, que también sabe «disparar un láser» desde su plexo solar
que hace maravillas en los poseídos.

Su experiencia constante con «el otro mundo» lo ha llevado a forjar un corpus teórico propio, un código ético personalísimo. Tiene ideas muy particulares sobre la religión, el sentido de la vida, la reencarnación (en la que no cree), el aborto (que no es pecado), el suicidio (que sí puede serlo), la posesión, la homosexualidad, los planos de existencia y, sobre todo, el tiempo. En este último apartado, el tiempo, se acerca paradójicamente a las más avanzadas teorías de la Mecánica Cuántica. ¡Él! que abandonó los

estudios a los 13 años y que desde entonces apenas ha vuelto a hojear un libro.

A mediados de 2015, Antonio sufrió una angina de pecho. Lo recibió como un aviso del corazón. Decidió hacer caso y poner punto final a su carrera de exorcista, un «oficio» demasiado intenso que lo estresaba y lo dejaba cada noche hecho polvo, absolutamente agotado.

Después de 25 años, y ya sin Antonio, el Centro Espiritual tuvo que cerrar para disgusto de miles de personas que de la noche a la mañana se encontraron huérfanos de confort espiritual. Hoy Antonio vive una relajada vida de jubilado frecuentando sobre todo, el Centro para la Tercera Edad de su barrio donde juega al dominó cada mañana.

Antonio es hoy, con 63 años, un hombre limpio y pulcro, de trato agradable, extrovertido, muy hablador, muy simpático. No quiere volver de ninguna manera a la «profesión», no quiere Facebook ni WhatsApp y su número de teléfono sólo lo tenemos unos pocos privilegiados. Tanta es la gente que todavía le busca para que les haga «un trabajito».

Lo que sí quiere es aprovechar este momento dulce de la vida para dar testimonio, porque «el Jefe» no se opone. Si no le gustara la idea ya me lo habría hecho saber con uno de sus rotundos NO!, dice Antonio. Necesita darlo a conocer, hacerlo público. Y en eso estamos. El habla y yo escribo. Nos habremos reunido una treintena de veces para trabajar y casi cien más para tomar café en algún bar de Sabadell y arreglar el mundo. El pacto siempre fue que yo no se lo iba a poner fácil.

Aceptó.

1ª parte

EL APRENDIZ

Me llamo Antonio, vivo en Sabadell y veo espíritus desde los 3 años. Ningún psicólogo ni psiquiatra ha visto nunca en mí indicios de locura, por lo que he ejercido el exorcismo durante 25 años con demasiado éxito.

He extraído entidades espirituales, malignas o no, de más de sesenta mil personas en toda España y en países donde me han solicitado como México y Reino Unido.

Pero ya no puedo más.

A mediados de 2016, mi corazón dijo basta. Sufrí una severa angina de pecho y fui intervenido. Desde entonces los médicos han intentado incrementar tanto mi ritmo cardíaco como su regularidad, pero todo ha sido en vano. Hoy sufro arritmias y apneas prolongadas y los profesionales de la salud me prohíben taxativamente cualquier esfuerzo físico.

Y trabajar en la ayuda espiritual era para mí un tremendo esfuerzo físico. Más de cien retenciones de aire diarias para proyectar energía o retener el espíritu en mi interior, me han llevado donde estoy. Por ello no puedo permitirme realizar ni un solo exorcismo más, ni siquiera a los amigos. Mi compañera M. Angels y yo hemos tenido que cerrar el Centro Espiritual de Sabadell donde hemos trabajado durante 25 años.

Demasiado éxito y demasiado esfuerzo durante demasiados años.

Hoy procuró ignorar a los pocos espíritus que aún sigo viendo, disfruto de un retiro dorado y juego al dominó cada día en un club de jubilados. Pero mirando atrás descubro que mi vida ha sido demasiado extraordinaria como para mantenerla oculta. Creo imprescindible dar testimonio y siento que el momento es ahora. Quiero dar a conocer algunas de las espectaculares experiencias que guardan polvo en mi memoria y piden a gritos salir a la luz. «Has tenido una

vida de película, dicen mis amigos, no puedes guardártela solo para ti». Acepto el reto, vamos allá.

Os contaré cómo me rebelé contra mis facultades durante mi infancia y mi juventud. Ver personas que nadie veía, saber que esa amiga iba a morir, vivir el entierro de mi padre tres meses antes de su muerte, vivir igualmente los atentados de las Torres Gemelas de Nueva York, seis meses antes, o escuchar voces en mi cabeza, no era motivo de orgullo para mí, ni mucho menos de felicidad. Todo lo contrario, sentirse bicho raro es castrador, especialmente para un adolescente.

Tener facultades supuso para mí un auténtico calvario, una carga que llevaba en secreto pues me avergonzaba de ellas. Huía de mis facultades como de la peste, pero la videncia me perseguía, me sujetaba por el pescuezo y no estaba dispuesta a soltarme. No quería saber nada de ellas, pero el Jefe tenía otros planes para mí.

No asumí mi personalidad más oculta hasta bien avanzada la treintena en que «salí del armario espiritual», claudiqué, me acepté tal como soy y empecé a ejercer de exorcista. Ahí vi que todos los sufrimientos que habían marcado mi vida podían servir para algo tan maravilloso como comprender el dolor de los demás y poderles ayudar. Esa lágrima de agradecimiento en la mejilla de miles de pacientes me sostuvo durante 25 años en la práctica del exorcismo… hasta ahora en que me he retirado del oficio.

Si os interesa, ésta es la historia de mi vida.

CAPÍTULO-1

Hijo de la emigración

Soy hijo de emigrantes. Mi padre, Antonio Jiménez Ayllón, llegó a Sabadell con nueve años y siete hermanos. Venían de Loja (Granada). Era un hombre listo, emprendedor, muy activo, muy amigo de sus amigos y para mi un padre maravilloso.

A los pocos años ya hablaba catalán y enseguida encontró trabajo en el textil, primero como tejedor, luego como encargado de telares en una empresa muy reconocida y finalmente se independizó con telares propios en nuestra casa. Una decisión fatal, que le iba a provocar la muerte. Una descarga eléctrica de uno de sus telares le electrocutó y segó su vida de manera fulminante a los 42 años, cuando mejor nos iba en la vida.

Dejó viuda a mi madre y huérfanos a mi hermano mayor, Manuel, y a mi que solo tenía 10 años. Yo le amaba con locura, él era mi único sostén ante las continuas afrentas de mi madre. Es fácil pues imaginar cómo me traumatizó su muerte. Pasé de ser un niño feliz a un completo desgraciado. Más adelante os contaré cómo su espíritu, una vez fallecido, marcó mi vida para siempre, para bien y para mal.

Mi madre, Josefina, también era emigrante aunque catalana. Su familia venía de Balaguer (Lleida) y su relación conmigo ha sido siempre peor que mala, muy frustrante, muy traumática. Aún hoy, y ella va ya por los 90 años, no nos hablamos. ¿Por qué, si tengo facultades y soluciono los problemas de los demás, no puedo solucionar los míos? Pues he comprobado que eso es común en quienes nos dedicamos al tema espiritual: podemos ayudar a todo el mundo menos a nosotros mismos y muy especialmente a nuestros familiares. Jamás pude, ni menos aún puedo ahora, solucionar los problemas que mantengo con mi madre. Es una de las personas que más me ha marcado en la vida y eso me ha

dolido profundamente. Me da pánico pensar siquiera en una aproximación.

Para empezar fui un hijo no deseado. Ella intentó sin éxito abortar de mi y mi nacimiento fue motivo de violentas discusiones entre mis padres, vuelo de cuchillos incluido. Siempre fui una molestia para ella y nunca dejó de demostrarlo. En una ocasión me involucró ante vecinos, amigos e incluso ante un juez de haber disparado con una escopeta de aire comprimido a la ropa tendida de una tía mía. Quería deshacerse de mí y vio la oportunidad de enviarme a un centro de reeducación de menores. Años más tarde, en una fenomenal bronca familiar, nos reconoció a mi hermano y a mí que había sido ella.

Pues bien, ésa era la mujer, de depresión en depresión, con la que yo a mis 10 años, tenía que convivir cada día tras la muerte de mi padre. Y totalmente solo, porque mi hermano mayor no pudo resistir la situación, abandonó el hogar y nos dejó a los dos en nuestra pobreza. Arrepentida de haber tratado tan mal a su marido, mi madre empezó a ir compulsivamente al cementerio a poner flores en su tumba, pero era incapaz de llevar una casa y menos aún de atender una familia.

En menos de dos años lo perdimos todo, dejó morir todas las gallinas que teníamos (un millar) y vendió su parte en la pollería-carnicería. Los ingresos de mi padre con los telares y con pequeños negocios en la construcción también se esfumaron. Bastaron dos años para dilapidar los ahorros, liquidar todo lo que había construido mi padre y quedarnos sin nada, solo con deudas. De repente nos encontramos en la miseria más absoluta y sin nada que llevarnos a la boca.

A los 12 años abandoné mis estudios en los Maristas y me puse a revolver en la basura y vender chatarra a cambio de una barra de pan. Aceptaba cualquier trabajo, repartidor de pastelería, aprendiz de pintor y aprendiz de lo que fuera. Pero ningún trabajo duraba. Salir de la miseria no iba a

resultar nada fácil. A los 10 años pasé de la infancia, a convertirme en todo un hombre.

CAPÍTULO-2

Como el Niño en el Belén

Lo contado hasta aquí no tiene nada especial. Seguro que otros niños han sufrido también la inmensa carga de la pobreza sobre sus pequeños hombros en aquella España oscura de los años 50 y 60. Pero este relato es solo una verdad a medias. En mi interior, desde los tres años, iba creciendo otro Antonio, un niño al que se iba adiestrando desde el otro mundo con la finalidad de dominar todas las artes espirituales. Dentro de mí, crecía un mundo interior que yo, en mi inocencia, creía normal, paralelo al de cualquier otro chico de mi edad. Me equivocaba. Tardé treinta años en descubrir que a mi me pasaban cosas más raras que a los demás, treinta años en asumir que lo que a mi me ocurría era excepcional.

Mi primer recuerdo se remonta a la edad de tres años. Tengo poca memoria para los nombres, pero mucha para los hechos. No es pues sorprendente que evoque con pelos y señales situaciones a tan tierna edad. Lo más probable es que los hechos que os voy a relatar vinieran desde mi nacimiento, quien sabe si incluso de antes de mi nacimiento. El caso es que yo los recuerdo solo desde los tres años.

Cada noche al acostarme, nada más apagar la luz, veía alrededor de mi cama una pequeña reunión de seres luminosos que me miraban sonriendo. Hombres y mujeres que se situaban en corro alrededor de mi lecho y simplemente me miraban. Les veía tanto si cerraba los ojos como si los mantenía abiertos. Siempre en semi-penumbra.

Podían ser diez, veinte o treinta, gente corriente, en apariencia gente de la calle, todos vestidos con normalidad y todos adultos (no hay niños en el mundo espiritual por más

que algunas entidades se transfiguren en falsos niños). Los que estaban en las filas de atrás se abrían paso para verme de cerca. Me sonreían. Me saludaban. Me hacían gestos cariñosos. Yo me sentía mirado y admirado como el Niño Jesús en el Belén.

Eran buena gente, eran mis amigos y no faltaban a la cita ni una sola noche. Jamás me dirigieron ni una palabra, pero su afecto no dejaba lugar a dudas. Cada día me acostaba con esa ilusión. A ver quien vendrá a verme esta noche. Suspiraba porque me mandaran a hacer la siesta después de comer, porque también en las siestas aparecían ellos alrededor de mi cama y me transmitían su afecto. Aún hoy no puedo explicar a ciencia cierta quienes eran ni qué querían. Imagino que el Jefe les dijo mirad, ése es mi alumno, al que voy a enseñar con mano dura para que termine ayudando a los demás en cuestiones espirituales.

Puede extrañar que esos seres acudieran a mi habitación por un instinto tan terrenal como la simple curiosidad. Pero como iremos viendo más adelante, las entidades espirituales que nos acompañan en este plano, esos espíritus invisibles que nos rodean, ésos a quienes algunos llaman almas en pena, están sometidos a las mismas pasiones que nosotros. La mayoría son buena gente, pero vagan por este plano, a nuestro alrededor, en un eterno deambular sin sentido y haciendo lo que solían en vida una y otra vez. No son ajenos a la curiosidad humana y yo creo que era esa simple curiosidad la que les movía a visitarme. Eso era por lo menos lo que dejaba entrever la alegre expresión de sus rostros.

Ese corro de amiguitos alrededor de mi cama fue mi primera lección de videncia. De mayor comprendí que ya ahí me estaban preparando para trabajar en el mundo espiritual. Si jamás me han asustado las entidades espirituales, ni siquiera las más malignas, es porque las primeras que vi en mi vida fueron esos señores y señoras tan simpáticos, mis amigos. Con el tiempo comprendí que ése era el punto de

partida de una larga y penosa instrucción que me propongo relatar paso a paso, un entrenamiento durísimo, muy doloroso, al que el Jefe me sometió durante treinta años con todo tipo de sufrimientos en ambos mundos: el espiritual y el terrenal.

CAPITULO 3

El Jefe

Disculpad, no os he presentado al Jefe todavía. El Jefe es él, si queréis con mayúscula: Él. Podéis llamarle mi guía espiritual, Dios, ellos, el de arriba, el creador. Yo solo sé que es el que me da las órdenes, unas instrucciones breves, pero contundentes, que resuenan en mi cabeza.

Sí, sí , yo soy uno de ésos que oye voces. Todavía hay psicólogos trasnochados o científicos caducos, que atribuyen automáticamente las voces interiores a un trastorno mental. Así directamente. Es decir, hoy Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz estarían ingresados en un sanatorio con camisa de fuerza y altamente medicados. No quiero extenderme sobre el tema, perderíamos el hilo de mi biografía, pero permitidme solamente que os dirija a las más modernas tendencias de la psicología mundial que reconocen que las voces interiores existen y no son fantasías. A menudo el mensaje transmitido por las voces responde a verdades objetivas y demostrables. Baste saber que los oidores de voces están saliendo del armario en todo el mundo, se agrupan sin vergüenza y se reúnen en seminarios internacionales. Buscad en Google, Hearing Voices Network.

Espero que el próximo paso sea normalizar a las personas que tienen otras facultades, especialmente a los videntes, y se demuestre que no todo es alucinación paranoica. Quién sabe si los americanos crearán el grupo de trabajo Seeing Ghosts Network.

Pues bien, yo soy una herramienta del Jefe en este mundo. Él me utiliza como herramienta para hacer trabajos espirituales, aquí en este plano, y me conduce por el camino correcto. Es de pocas palabras, pero se hace entender. Cuando oigo su NO, siempre tan alto y claro, no sigo más por ahí. No tengo la menor duda de que el Jefe ha sido quien ha minado mi vida de desgracias, me ha hecho pasar por ese calvario de desamor, soledad, tristeza, penurias económicas y gravísimos accidentes físicos, para luego poder ayudar a los demás desde la comprensión de su dolor. Mi Jefe no es ningún angelito. De eso estoy absolutamente convencido.

Menos seguro estoy de por qué me eligió a mi para ese trabajo. Pero intuyo que tiene que ver con mi papel en otro plano antes de llegar aquí. No estoy hablando de la reencarnación hinduista, en la que no creo. Simplemente pienso que existen planos de tiempo paralelos y que en uno de ellos yo fuí, o soy aún, ayudante espiritual. Me estoy refiriendo al eco del pasado, que más adelante explicaré.

El Jefe puede hablarme de tres maneras. Una: la voz que se oye en los mismos oídos igual que si me estuviera hablando una persona. En ocasiones me giro de golpe pensando que me llama alguien a mis espaldas. Normalmente apenas dice un sí o un no.

Dos: me oigo a mi mismo diciendo algo que me ha venido a la cabeza en aquel momento. Luego me pregunto pero… ¿y yo por qué he dicho eso? A veces llevo la contraria a alguien y ni yo sé porque lo estoy haciendo. Pues así me ha pasado un montón de veces. Transcurren unos días y ves que aquello que dijiste sin querer acabó ayudando a la persona. Un día le pregunté a una señora si su hija que vivía en Italia se había separado. Me lo negó, me dijo que era imposible y yo me avergoncé por haber metido la pata. Pues vino la señora unos días después diciéndome que su hija de Italia, efectivamente, se había separado. Eso me sucede muy a menudo.

Y tres: percibo un mensaje mientras siento una vibración por todo el cuerpo, un impulso que incluso me cambia la temperatura, como un escalofrío que me deja destemplado un buen rato.

CAPÍTULO 4

Videncia de día

A la videncia de amigos espirituales en la oscuridad de mi dormitorio, le siguió una segunda lección de videncia, en este caso a plena luz de día. Entre los 6 y 7 años empecé a confundir vivos y muertos. No podía distinguirlos y eso me tenía preocupado. Yo los veía a todos iguales.

Nuestra casa, en un barrio de trabajadores de Sabadell, siempre tenía la puerta abierta. Aquello era una procesión de gente entrando y saliendo. Mi padre era muy extrovertido, hospitalario y amable con todo el mundo. Siempre recibía visitas de amigos, uno a por herramientas para los telares, otro a por alguna pieza y otro simplemente para charlar un rato. A todos les ofrecía un trago de vino del porrón que siempre había sobre la mesa. Era la costumbre en aquellos tiempos. A todos... menos a algunos.

Yo no entendía porque mi padre era tan mal educado con esos algunos a los que ignoraba, ni siquiera les dirigía una mirada y eso me intrigaba. Precisamente a los que se quedaban en un rincón sin molestar, a ésos que solo miraban sin decir esta boca es mía, mi padre no les hacía ni caso. Y eso me dolía. A veces venían dos y mi padre solo hablaba con uno. Al otro ni le miraba. O íbamos a reparar algún telar averiado y mi padre me llevaba con ellos, lo que siempre me hacía inmensamente feliz. Y ahí empecé a sospechar que quizás mi padre les castigaba sin hablarles ni darles un trago de vino porque, la verdad, esos «amigos» tampoco ayudaban, se quedaban ahí mirando como pasmarotes sin dignarse a tomar ni una herramienta.

Como habréis adivinado, mi padre no podía ofrecerles vino porque no los veía. Solo yo los veía. Los veo desde pequeño y los sigo viendo hoy porque he nacido con ellos. Primero solo veía entidades espirituales positivas alrededor de mi cama de las que recibía afecto y cariño. ¡Cómo iba a temerles si eran mis amigos!

Cuando más tarde empecé a detectar entidades negativas, yo ya estaba vacunado. Ninguna entidad por más negativa que fuera, jamás pudo aterrorizarme. Las conozco tan bien que he aprendido a ignorarlas para que no perturben mi vida. Como a esos mendigos que te extienden la mano suplicantes en medio de la calle. Si les miras o respondes estás perdido. Pues así hago yo ahora cuando les veo, procuro no mirarles ni a la cara para no darles esperanzas, para que no perciban mis facultades.

Aunque es fácil comprender que sean tan pesados. Os pondré un ejemplo. Imaginad que de repente os encontráis en el centro de Moscú sin dinero, sin móvil, sin pasaporte y sin conocer el idioma. Hace un frío que corta la respiración, tu vas desnudo y solo quieres que alguno de aquellos rusos que pasan abrigados ante ti, te conduzca, por ejemplo, a la embajada española. Pero ni te miran. Pasan por tu lado y ni se percatan de tu presencia. Por más que te dirijas a ellos, te ignoran. De repente parece que un ruso te ve, te mira un instante y corres hacia él... pero se va.

Por fin al cabo de días, meses o años suplicando un contacto, un peatón no solo te ve. También te mira a los ojos, incluso te habla. Tu le contestas ¡y él te oye! Se ofrece a llevarte a la embajada. ¡Cómo no vas a pegarte a él como una lapa! Aquel hombre es tu salvación y no le dejarás escapar ni por todo el oro del mundo. Tu supervivencia depende al cien por cien de aquel individuo y le sigues a todas partes. Y si puedes te metes en su cuerpo para que no se te escape y porque allá hay energía sana y se está calentito y a gusto.

Este plano en el que vivimos está repleto de estas pobres criaturas. Quién sabe si tantas como nosotros. O quizás muchas más. Nos acompañan a todas partes y, si pueden, se meten en nuestro cuerpo. La mayoría no nos quieren ningún mal, pero si logran entrar en nuestro cuerpo físico o pegarse a él por el cuello, el tronco o un brazo, a menudo nos perturban o, directamente, nos causan dolor.

Vosotros que estáis leyendo este libro es posible que ahora mismo tengáis un ser espiritual cerca, quizás leyendo por encima de vuestro hombro. Pero ello no es motivo de temor. No les temáis. Vuestro miedo les favorece a ellos y os perjudica a vosotros. Tanto si les veis, como si solo les sentís o tenéis simplemente esa sensación de que andan cerca, pensad en el wi-fi. ¿Tenéis miedo al wi-fi de vuestra casa? ¿Os asusta el wi-fi en una cafetería? Pues ese wi-fi que tanto amáis porque conecta vuestro móvil al mundo es otro tipo de energía que también os está rodeando, omnipresente, pero inofensiva. O casi siempre inofensiva. En cualquier caso, no es motivo de pánico.

CAPÍTULO 5

Parar una flecha

La siguiente lección consistió en proyectar energía en una dirección, desde un punto del cuerpo determinado y controlar su canalización, es decir, hacerlo con la fuerza precisa. A nivel infantil, el ejercicio consiste en parar primero una flecha y luego un tren, ambos lanzados contra mi.

La lección empezaba con el Jefe mostrándose en mi estado de duermevela, siempre en la cama, justo antes de perder la conciencia y abandonarme en brazos de Morfeo. Ese estado que algunos llaman hipnagógico, esa frontera entre los dos mundos que tan a menudo sentimos al acostarnos.

Pues por ahí aparecía el Jefe y me enseñaba a canalizar la energía en determinadas partes de mi cuerpo. Primero en las manos, luego en el pecho y así hasta controlar y dominar todos los chacras de mi cuerpo. Una vez dominado el punto de mi cuerpo donde notar la energía y desde el cual canalizarla y proyectarla, me enseñaron a controlar la cantidad de esa energía, es decir el caudal del chorro con que debía propulsarla. A base de días fui aprendiendo a regular, canalizar y proyectar a voluntad. Yo lo sufría todo como una auténtica pesadilla. No es que fuera difícil, es que era pesado. Yo solo quería despertar de aquella locura que se repetía noche tras noche, pero ahí estaba mi guía incordiando con peticiones extrañas como subir y bajar el volumen de mi energía.

Por fin un día comprendí que nunca iba a despertar de esa pesadilla por un motivo muy sencillo, yo no estaba soñando. Comprendí que lo que sucedía era real, que alguien me estaba enseñando las artes espirituales. Y solo estábamos empezando.

Dominada la energía, su punto corporal de proyección y su caudal, un buen día, sin mayor preparación, vi un

bosque y en aquel fondo oscuro de vegetación alguien frente a mi sostenía un arco, disparó su flecha y esa flecha no buscaba mas que una diana: el blanco era yo. Me golpeó el pecho con fuerza y rodé por los suelos. El Jefe me dijo ahora ya conoces la energía, úsala y te servirá para detener esa flecha.

Lo vivido hasta entonces había sido un juego de niños. El horror empezaba ahora. Cada noche, apenas un minuto o dos después de apagar la luz, ahí estaba el bosque, el arquero entre penumbras y sobre todo la flecha bien dirigida contra mi a toda velocidad. Esa flecha me causaba verdadero pánico. Pero los guías espirituales no se andan con rodeos, o aprendes o mueres en el intento. A mi el miedo me paralizaba, pero no tuve mas remedio que sacar valor de donde no lo tenía y aprender a parar la dichosa flecha.

Me ordenaron que utilizara la mano. Debía subir el brazo ante mi cara, orientar la palma hacia delante y proyectar desde ahí un rayo de energía contra la flecha. Pero ella siempre terminaba por impactar contra mi cuerpo y eso me dolía físicamente. Pesadísimo pero, poco a poco, fui aprendiendo. La flecha cada día se acercaba a menor velocidad y su impacto me dolía menos. Por fin un día la malvada arma arrojadiza ni siquiera me tocó. Justo ante mis narices, desvió su trayectoria hacia abajo y cayó al suelo mansamente. ¡La he parado yo!, me dije exultante. Ese pequeño éxito me llenó de satisfacción. Apenas me tuvieron un par de días más parando flechas para depurar la técnica y pasamos a la próxima lección, más aterradora aún, si cabe.

CAPÍTULO 6

Parar un tren

Cuesta poco de imaginar. Si concluido el adiestramiento de la flecha y tumbado en tu cama, te ves un buen día entre dos raíles sin posibilidad alguna de escapatoria, ante un tren que avanza directamente contra a ti, a poca velocidad pero imparable, ya puedes suponer de qué va la cosa. Se trata sin duda del siguiente jueguecito de mis maestros. Ello no evita, sin embargo, que la primera noche el tren te arrolle sin piedad y tengas la sensación de que te quiebra costillas y esqueleto entero.

Me estaban enseñando a aumentar la cantidad de energía, a trabajar con volúmenes superiores y, esta vez no bastaba con la mano. Debía activar directamente el plexo solar y canalizar desde ahí toda la energía de que fuera capaz. Insistieron mucho en ese punto: Antonio, ahora debes practicar el plexo solar. Forcé el plexo al máximo una y otra noche, pero el tren seguía arrollándome en cada embestida y destrozándome la osamenta, provocándome la asfixia y, peor aún, ataques de verdadero pánico. No era un dolor extremo, pero sí la sensación de que me moría. Pasaba auténtico miedo, pero tenía que sobrevivir.

Con el tiempo logré dominar también el «expreso de media noche». Qué alegría ver esa inmensa locomotora reduciendo velocidad y deteniéndose justo ante mis narices. Lo logré y me premiaron con unos días de vacaciones, pocos. Durante dos o tres días apagaba la luz de la habitación, no pasaba nada, yo respiraba hondo y me abandonaba a mis sueños más felices. Echaba de menos a mis cariñosos amigos luminosos, pero ya nunca más volverían a aparecer en mi vida. Ahora la oscuridad me acogía y yo me dormía plácidamente con la sensación del deber cumplido. Una sensación que iba a durar mucho menos de lo esperado.

CAPÍTULO 7

Volar

Andaría ya por los 9 años cuando, también al acostarme, y siempre en ese estado de semivigilia, vi un punto luminoso del tamaño de una naranja flotando justo delante de mi rostro. Era bonito, una luz agradable que me deslumbraba, como una canica gigante que oscilaba de un lado a otro como si quisiera jugar conmigo. Me fijé y pude apreciar una forma que se movía en su interior. Parecía una mano, sí era una mano de humo que iba tomando forma lentamente. Una mano que emergía de la canica en dirección a mi propia mano infantil, la tomaba lentamente y … ¡ras!

Al grito de ¡vamos!, me arrancaba de mi cuerpo enérgicamente y sin previo aviso. ¡Uf! Cómo dolía eso. Era un tirón doloroso, pero cuando ellos dicen vamos es vamos, no hay excusa que valga. Comprendí que se había iniciado un nuevo aprendizaje y que no había nada en mi mano, y nunca mejor dicho, que pudiera detenerlo.

Era mi primera lección de vuelo. Una vez abandonado el cuerpo físico inerte entre las sábanas, con la conciencia en mi cuerpo espiritual, llamadle alma si queréis, y tomado de la mano de mi guía, ascendía y volaba. Por lo menos eso es lo que intentaba. Una presencia anónima, ni siquiera sé si hombre o mujer, volaba junto a mi para darme confianza. Yo me aferraba a su mano con un miedo extraordinario a caer al suelo y romperme la crisma.

Al lado de eso, parar una flecha o detener un tren eran pasatiempos infantiles. Ahí sufrí de veras, tanto por el dolor físico que supone que te desgarren las entrañas, como por el pánico a las alturas en un medio desconocido.

El desgarre se producía cada noche. Al acostarme y apagar la luz de la habitación ya esperaba la aparición del temido punto luminoso y me ponía a temblar. Esperad por favor, les suplicaba, aún estoy despierto, esperad a que me duerma, no quiero salir aún, me va a doler. Ya saldremos

cuando me haya dormido, estoy a punto, por favor solo un minuto más, suplicaba.

Pero no habían peros, jamás tuvieron compasión. Aquel ¡vamos! era imperativo. Y vamos y vamos y venga y venga. Una y otra noche con una disciplina absolutamente militar. Sin contemplaciones y cada día más rápido que el día anterior, venga ya, rápido, dame la mano, ¡ahora! ¡a fuera! ¡ya! Rasss. No le deseo a nadie una experiencia similar y menos a un niño de 9 años. Acostarse sabiendo que vendrá el punto de luz, la mano y ese doloroso desenganche que suena hasta en las tripas, es lo más terrorífico que le puede suceder a un crío.

Un día, cuando ya volaba hacia el techo de la habitación giré mi rostro hacia abajo, miré la cama y ahí estaba yo. O mi otro yo, el físico. Me sorprendió ver mi propio cuerpo físico entre sábanas, pero más aún la cara de terror que desencajaba mis facciones. Esa imagen quedó bien grabada en mi memoria y me recuerda siempre lo mal que lo pasaba cada vez que despegaba. En otras ocasiones, curiosamente, la visión era la contraria, yo veía desde la cama cómo mi cuerpo luminoso se elevaba, no como en una película, sino en rápida sucesión de flashes entrecortados.

Al principio el vuelo siempre era igual. Mi acompañante y yo, bien cogidos de la mano, volábamos en un entorno oscuro. Superado ese páramo negro, emergíamos a la luz, al aire libre y… sí, volábamos. Abríamos los brazos como Peter Pan y surcábamos las nubes a poca altura, ni muy alto ni muy bajo, a la altura de una avioneta. Tenía tanto miedo a desplomarme que apenas me fijaba en el paisaje por lo que no podría decir si sobrevolábamos ciudades, campos o mares. Era de día, eso sí puedo asegurarlo. Pero yo solo estaba pendiente de esa mano y de no pegarme el castañazo de mi vida.

Un día, mi instructor de vuelo, creo que puedo llamarle así, hizo el gesto de soltarme la mano. Adivinando

sus intenciones, yo apreté mis deditos contra la suya sollozando ino, por favor no me sueltes! Para seguir con los símiles disneynianos, esa mano era para la mi la pluma que Dumbo lleva en su trompa para volar y en la que fía toda la magia de su hazaña. Pero de la misma manera que el elefantito orejudo pierde su pluma de la confianza, yo perdí la mano. El muy canalla me soltó. Con un gesto brusco se deshizo de mí y pasó lo que tenía que pasar. Como Dumbo, también yo caí en picado. Curiosamente para mi, sin embargo, no aterricé en el duro suelo sino en mi cuerpo físico, en mi cama donde abrí los ojos y vi nuevamente, para mi enorme consuelo, las cuatro paredes de mi dormitorio. La sacudida al entrar en mi cuerpo físico había sido brusca y desagradable, pero todo un alivio.

Mucha gente conoce esa sensación: estar en la cama y tropezar con algo, como quien cae por la calle. La explicación es simple, cada noche cuando dormimos nuestros cuerpo energético se desencaja del físico y se eleva unos centímetros por encima de él. En ocasiones, en ese período de semivigilia en que ya no estamos despiertos, pero tampoco del todo dormidos, algún ruido exterior nos despierta súbitamente y el cuerpo etéreo que ya había comenzado su ascenso al mundo de los sueños cae de golpe dentro del físico. La sensación es de tropezar por la calle, de caer, de pisar en falso, de bajar ese escalón de más con el que no contábamos.

Y así estuve semanas. Cada noche esa mano que me atosigaba con prisas, gritos y mandatos, volando por campos y ciudades, soltándome y cayendo en mi cama con estrépito, llanto y crujir de dientes. Como todo en la vida, solo era cuestión de perderle el miedo. Un buen día, algo debió convencerme de que yo era capaz de volar solo, adquirí confianza, fui yo mismo quien soltó la mano al instructor de vuelo y ahí estaba yo, flotando plácidamente en el aire. Y sonriendo orgulloso.

Venga Antonio, utiliza el plexo solar como tu sabes, me dijo él. Lo hice, proyecté energía desde el pecho hacia el suelo y no solo vi que eso me sostenía en el aire sino que también me permitía girar y tomar una nueva dirección. Enseguida aprendí también que aumentar a voluntad el caudal de energía, me permitía regular la altura de vuelo.

Dominadas esas dos técnicas, dirección y altura, me convertí en el rey del vuelo sin motor.

Y la verdad es que lo disfruté. Ahora ya sí. Parar una flecha o un tren era pura supervivencia, pero el vuelo se podía gozar. Sí, me encantaba volar y a partir de ese día esperaba con ilusión cada noche, la mágica aparición de esa mano amiga. Pero todo lo bonito se acaba y mis profesores no estaban dispuestos a perder el tiempo.

Mirando hoy por el retrovisor, debo reconocer que, aparte de mi experiencia hospitalaria tras un grave accidente de moto, esa lección de vuelo ha tenido poca incidencia en mi vida, tanto terrenal como espiritual. De mayor apenas he vuelto a volar, y menos de manera voluntaria, por lo que ésa es una lección a la que no le veo sentido en el global de mi vida. Pero en fin, doctores tiene la Iglesia.

CAPÍTULO 8

Crónica de una muerte anunciada

Y llegó la primera vivencia. Seguía teniendo 9 años, viví la muerte de mi padre tres meses antes de que sucediera y lo hice con un lujo de detalles estremecedor. En esa terminología particular que he tenido que elaborar para definir mis experiencias, distingo vivencia de videncia. Videncias las he tenido a cientos, más o menos profundas, más o menos duraderas y más o menos relevantes.

Las vivencias que he tenido, sin embargo, son pocas. Apenas pueden contarse con los dedos de la mano en toda mi vida. Le llamo vivencia o pantalla panorámica de 360 grados.

De repente se abre un decorado a mi alrededor, arriba y abajo. Yo no estoy sentado en platea mirando desde fuera. Yo estoy dentro, no lo veo, lo vivo con tremenda intensidad y la sensación afecta a mi ánimo. Estoy allí y puedo notar el aire, el olor o la temperatura. La experiencia es tan sobrecogedora que en cuanto aparece debo recluirme buscando la soledad y la oscuridad (he llegado a encerrarme en el baño) y esperar a que termine porque no puedo detenerla. No tengo el mando a distancia y simplemente he de esperar el The End.

Aquella primera vivencia no la olvidaré jamás. Ocurrió en la cama, como siempre a esa edad. Nada mas apagar la luz de la habitación, apareció la pantalla panorámica. Primero
vi unas manos, después unos diarios y revistas cuyas hojas volaban con el viento. Quien sabe si eso era una alegoría al paso del tiempo. Y a continuación no vi, sino que viví, el entierro de mi padre. Debo decir que por aquellas fechas, mi padre no estaba enfermo, gozaba de una salud espléndida y nada hacía presagiar que en tres meses iba a dejarnos.

No me gustaba lo que estaba viendo y me tapaba con la almohada, me escondía bajo la cama para no estar ahí, pero todo fue inútil. Yo estaba ahí tanto si cerraba los ojos como si no. Si los abría, los muebles de la habitación, transparentes, quedaban en un segundo plano por detrás de la escena principal. Si los cerraba solo veía, vivía, la escena panorámica.

Y ahí me tenéis. Muy elegante, con la cara lavada y recién peinado, andando por la calle junto a mi hermano y mi madre, todos vestidos enteramente de negro y ella llora desconsolada. Andamos detrás de un automóvil que avanza muy lentamente. A través del cristal trasero del coche, veo una caja de madera con las letras A.J.A., las iniciales de mi padre, Antonio Jiménez Ayllón, que en aquel momento yo no identifico.

En ningún momento de la vivencia soy consciente de que estoy asistiendo al entierro de mi padre. Uno, a los 9 años, no sabe que la gente muere y menos aún cómo la entierran. Y menos aún en aquellos tiempos.

Me angustia saber que detrás nuestro hay mucha gente, todos muy tristes, elegantes y con cara de circunstancias, también andando lentamente en procesión. Qué iba a saber yo de cortejos fúnebres. Una multitud caminando que ocupa toda la anchura de la calle desde la vía del tren, que entonces todavía pasaba por la superficie, hasta las viviendas. Reconozco perfectamente ese paisaje urbano.

En el paso a nivel volvemos en sentido contrario y nos cruzamos con el gentío que todavía va de camino. No puedo comprender qué demonios hace tanta gente andando detrás nuestro. ¡Todos tan tristes! Llegamos a la Parroquia de Gracia, ofician la ceremonia fúnebre y todo el mundo nos cubre de besos y abrazos a mi madre, a mi hermano y a mí. Yo siento todas las emociones, lo estoy pasando mal y solo quiero huir, salir de allí corriendo.

Curiosamente ni siquiera echo de menos a mi padre en esas imágenes. Ni siquiera pienso en él en todo el tiempo que dura la vivencia, unos 20 minutos. Del cementerio solo recuerdo cuatro detalles y que la película, por decirlo así, finaliza con una cruz negra clavada en el suelo con un rosario colgando de unos de sus brazos. Todo muy cinematográfico. Solo faltaba el The End.

Por fin me encontré otra vez en la cama con la respiración agitada y poco a poco me fui tranquilizando. Qué mal trago. Quedé destrozado. Acababa de sufrir mucho, mucho. No dudo que fuera otra lección del Jefe para que me acostumbrara a ese tipo de experiencias y empezara a configurar mi propio concepto del tiempo. Hoy creo profundamente en los diversos planos temporales paralelos. No he tenido más remedio que creer en ellos puesto que los he vivido. Una de mis frases favoritas es *Somos un eco del*

pasado, lo cual nada tiene que ver con la reencarnación en la que, repito, no creo. Pero eso es harina de otro costal. Baste decir por ahora que esa vivencia me graduó de veras en el mundo espiritual.

Tres meses después, el 7 de mayo de 1965, pasando yo el verano con mi abuela en Castellar del Vallès, un pueblo de montaña donde se suponía que yo tomaba aires sanos por mi delicada salud, el sonido de un automóvil rompió la paz del entorno, aparcó frente a mi casa, bajaron unos hombres, hablaron con mi abuela y yo, que veía la escena desde lejos, me dije: papá ha muerto. El tenía 42 años, yo 9.

Efectivamente, bajamos corriendo a Sabadell y al entrar en casa vi a mi padre inerte tumbado en la cama. Dale un beso, dijo mi madre. Me negué. Pensé que si lo hacía no volvería a verlo más, mientras que, si no me despedía de él, quizás tendría una oportunidad de retenerle.

El entierro fue exactamente igual a como yo lo había vivido tres meses antes. Idéntico a mi vivencia hasta en los más mínimos detalles. Incluso mis propios sentimientos se reprodujeron fielmente uno tras otro: asombro, incomodidad... Solo un aspecto difería: ahora yo sabía qué estaba haciendo ahí, estaba asistiendo al entierro de la persona que más amaba en el mundo y a la que iba a echar de menos el resto de mi vida de una forma desgarradora.

Me quedaba solo con una madre depresiva y un hermano ausente que me ignoraban. Y eso presagiaba un futuro de espanto, como así fue.

CAPÍTULO 9

Un padre en las estrellas

Solo habían pasado cuatro días desde la muerte de mi padre. Como siempre, estaba yo en cama, dándole vueltas a la cabeza sobre el negro futuro que me esperaba, y dándole también vueltas al cuerpo que no terminaba de encontrar la

posición. Colocar piernas y brazos no siempre es fácil entre sábanas y ahí estaba yo debatiéndome en mi inquietante duermevela.

Al girarme a la izquierda vi a mi padre, metido en mi cama y con su rostro, muy luminoso, a solo un centímetro de mi nariz. Lo que salió de mi garganta no fue un grito, fue un bramido, un alarido, un rugido de auténtico pavor. La visión era tan espeluznante que me dejó petrificado. Apenas me dio tiempo a verlo de cuerpo entero e incorporarme chillando todavía. Mi ruidosa reacción ocasionó la explosión de mi padre. Su figura luminosa salió disparada por los aires y se desintegró, estalló en miles de lucecitas, estrellas que llovieron lentamente desde el techo de la habitación como fuegos artificiales, como copos de nieve depositándose suavemente sobre la colcha, la mesita de noche, la alfombra y el suelo de la habitación. Una suerte de lluvia estelar a cámara lenta que también fue cubriendo de luz mi tembloroso cuerpo, aún aterrado por la aparición.

A partir de ese momento supe que hice bien en no besar su cadáver cuando me lo pidieron. Mi padre iba a estar siempre conmigo para ayudarme y así fue. A partir de ahí y en los próximos veinte años, la voz del Jefe se iría alternando en mi cabeza con la de mi padre que también me aconsejaba. Otra cosa es que su consejo fuera o no el mejor.

CAPÍTULO 10

Jugando a buscar tras las paredes

Llegado este punto, mi iniciación espiritual sufrió un ligero cambio. Mis superiores confiaron en mi aprendizaje voluntario, espontáneo. Yo continuaba siendo un niño así que, si me lo permitían, era cuestión de aprovecharlo y aprender jugando. Me inventé el juego de adivinar quién va a entrar por la puerta.

Las salas de espera eran especialmente adecuadas para este juego. Mi madre las frecuentaba, ya fueran consultas médicas, notariales o municipales. Por algún motivo que se me escapa, ella consideraba que yo debía acompañarla en todas esas gestiones y en las largas esperas aprendí a detectar quien andaba tras la pared, a qué distancia y si terminaría abriendo o no la puerta. Me encantaba jugar a eso.

El juego consistía en conectar el radar de mi plexo solar y rastrear las paredes, escanearlas de uno a otro extremo y sorprender alguna entidad espiritual tras ellas. La dificultad estribaba en que el chorro de energía que salía de mi plexo era unidireccional (siempre lo ha sido y ése ha sido siempre mi problema). Así es que para escanear la pared de una punta a otra debía girar mi cuerpo de izquierda a derecha con movimientos muy lentos, sentadito en mi silla, para no llamar la atención de mi madre, que sin duda me hubiera dado un buen cachete sin siquiera levantar la vista del Hola o el Lecturas.

Generalmente vaticinaba con precisión quién iba a entrar por la puerta, paciente, enfermera o secretaria, y el momento exacto en que lo haría. Nada me hacía más feliz que ver como la puerta se abría y entraba esa persona. Adquirí confianza con la práctica y terminé por buscar las paredes más gruesas para plantearme mayores dificultades.

De pronto, sin embargo, caí en la cuenta de algo curioso: no siempre acertaba. En ocasiones entraba en la sala alguien que yo no había previsto ni detectado con mi radar. ¿Y ése de dónde sale ahora? Esto me sorprendía y no supe dar respuesta al misterio hasta años más tarde. Viendo lo que luego he sido en la vida y como me especialicé en la localización de espíritus en mis trabajos como exorcista, la respuesta es clara. Yo, en mi niñez, solo detectaba a través de las paredes las personas que iban acompañadas por un ser espiritual, que son la mayoría, pero no todas. Algunas personas van limpias y ésas eran las que abrían la puerta

para mi sorpresa y sin avisar. Es decir, yo no conectaba en realidad con la persona física, sino con el ser espiritual que acompañaba al paciente, al cliente, a la enfermera o a la secretaria.

CAPÍTULO 11

El ángel ciclista

Mi adolescencia fue especialmente traumática. Abandonados por mi hermano mayor y sin dinero, mi madre y yo apenas sobrevivíamos con el escaso sueldo de mis trabajos esporádicos como repartidor de pastelería, carpintería, textil, ayudante de pintor, socorrista de piscina, buscador en vertederos, un sinfín de ocupaciones todas ellas tan efímeras como mal pagadas.

Especialmente significativo resulta la causa por la que abandoné voluntariamente el trabajo de pintor de brocha gorda. Gracias a ser un niño me metía en todas partes porque mi cuerpecito cabía hasta en los rincones más angostos. Un día, realizando obras de renovación en el cementerio de Sabadell, los pintores veteranos me obligaron a introducirme en los nichos del cementerio para pintar la parte del fondo. Esa aproximación al mundo de los muertos me ponía la piel de gallina. Me estremecía con solo pensar que pudiera quedarme encerrado en un nicho. Me producía tal respeto que, atenazado por el pánico, me negué en redondo, me enfrenté a mis superiores y por ello perdí el empleo. Poco podía yo imaginar que, en el futuro, el trato con los muertos iba a ser, precisamente, mi medio natural.

Mi aprendizaje espiritual corría paralelo a una vida terrenal no solo económicamente miserable, sino también de una tristeza sobrecogedora. Yo era solo un niño y el hombre al que más admiraba y amaba en el mundo, el que más me amó jamás y me llevaba consigo a todas partes entre risas y como colega, había muerto. Ya nadie me daba un beso en la

mejilla, ni siquiera una caricia, una palmada en la espalda ni una palabra de cariño. En la escuela mis amigos dejaron de hablarme porque yo era el niño sin padre y todos los castigos recaían siempre sobre mi. Durante un par de años mi madre me cambió de escuela hasta cinco veces (Maristas, Academia Taulé-Viñas, Escolapios, Rocblanc y Academia Tatché). Nunca fui expulsado, pero no me adapté a ninguna. Creo que mi madre me cambiaba de escuela por motivos económicos. Cuando por fin abandoné los estudios definitivamente, ya ni siquiera tenía amigos. Mi soledad era abrumadora.

Pero dicen que Dios aprieta pero no ahoga y quizás tengan razón porque el Jefe se apiadó de mí y decidió no tensar más la cuerda. Un día apareció un ángel. Y no me refiero a un ser espiritual, sino a un hombre de carne y hueso que llegó un buen día a nuestra casa, llamó a la puerta y se presentó a mi madre como amigo de mi padre, un compañero de excursiones en bicicleta a quien le había prometido cuidar de mi si algún día faltaba.

El hombre solicitó a mi madre algo extraordinario viniendo de personaje tan elegante y discurso tan venerable. Le pidió permiso para que yo le acompañara a pasear en bicicleta. Directamente noqueada en la mandíbula por tan insólita demanda por parte de un hombre gentil, mi madre autorizó a aquel buen caballero a venirme a buscar cada sábado y domingo para salir y montar juntos en bicicleta como buenos amigos. Tenía 12 años y el cielo se había apiadado de mi. Un rayo de luz aportaba algo de ilusión, esperanza y autoconfianza a la oscura tristeza de mi vida.

Josep era un sabadellense ilustre, culto, padre del cicloturismo en Catalunya, miembro de la burguesía acomodada local, periodista histórico de Diari de Sabadell, temeroso de Dios y fiel devoto de la parroquia de la Puríssima Concepció, en la Via Massagué de Sabadell. Como pionero y divulgador del cicloturismo, esa modalidad hoy tan en boga que consiste en zamparse cientos de kilómetros de asfalto cada domingo por la mañana, Josep Carreras había

pedaleado en compañía de mi padre y eran buenos amigos. Realmente pioneros pues estamos hablando de mediados de los 60.

A mi ese hombre me hizo de padre, de ángel de la guarda y de coach deportivo. Yo, que me creía el rey de la bici por dar cuatro cabriolas en el aire, me percaté de mi escasa forma en las largas distancias a las que él me acostumbró. Al principio en tándem, luego en una bici cada uno. Y cada día trayectos más largos. ¡Cómo lloraba yo de agotamiento en las subidas, con la lengua fuera y siempre en silencio para no decepcionarle! En una mañana podíamos ir a desayunar a Vic un buen estofado con patatas y regresar (160 kms.). Otro día salíamos al mediodía, cenábamos en Girona (120 kms.) y al día siguiente nos levantábamos a las 6 para acudir a la concentración de cicloturistas franceses de Roses y volvíamos a Sabadell (300 kms.) de una tirada.

El señor Josep me enseñó que en la vida para llegar lejos hay que andar despacio. Importante lección que siempre más he intentado aplicar a mi vida.

Jamás le hablé de mis facultades (de las que en realidad por aquel entonces apenas era consciente) ni le confesé hasta qué punto sufría yo en la vida. El sí me hablaba de religión y mucho. Pero salir con él cada fin de semana y recibir un coscorrón afectuoso o una palabra de ánimo, bueno, eso era para mi más de lo que podía soñar y me reconcilió con la vida.

Yo hubiera matado por aquel hombre. Pero él no pedía tanto, se conformaba con que montara en la bici con toda la fe y subiera a lo alto de aquella cima. Qué feliz era yo pedaleando junto a él y cómo mejoró mi forma física sin apenas darme cuenta. Ya tenía yo 14 años cuando un día vencí a chavales de mi edad e incluso mayores en un duro ascenso de puertos de montaña. Llegué el primero contra todo pronóstico. Me jalearon, me aplaudieron, él me abrazó

efusivamente y yo no podía contener las lágrimas de la emoción. Fue el día más feliz de mi corta vida.

El también me tomó afecto, se creó entre ambos una relación muy limpia. Tan necesitado de cariño estaba yo en aquella época que su amistad fue un regalo que me brindaron desde arriba para hacer mi vida más respirable. Siempre lo he creído así y con el tiempo no he hecho mas que consolidar ese convencimiento. El pequeño Antonio estaba al borde del abismo, el Jefe supo poner remedio a una vida insostenible y envió un ángel de la guarda… ¡ciclista!

Poco a poco, fui entrando en su domicilio familiar, no en una barriada obrera como la mía, sino en el mismo centro de Sabadell. Intimé con su hija Inmaculada, de mi misma edad, que me daba clases de repaso pues yo había reemprendido la escolaridad aunque con poco éxito. Hablábamos, reíamos, nos hicimos amigos de verdad. Seguramente me estaba enamorando de aquella niña, ya no tan niña, sin saberlo siquiera. Pero parece que el guionista de la vida se entretiene en sorprendernos y, un mal día, Inmaculada murió de repente para estupor de todos. Ignoro todavía si fue un súbito problema de estómago o de apéndice. Pero sé que lloré aquella muerte amargamente. Era muy injusto: una amistad pura e inocente que moría antes de crecer. Aquella tragedia desarmó mi fe en Dios. El dolor me destrozaba hasta tal extremo que que pocas veces he llorado con tanta rabia. Fue la primera de mis muchas crisis de confianza en el Jefe.

Uno de los hermanos vino a buscarme, me llevó a ver el cuerpo sin vida de Inmaculada en el salón de su propia casa y no pude resistir el dolor. Me aislé, me senté en el suelo, en una esquina del señorial jardín de aquel caserón y rompí a llorar desconsoladamente. El mundo entero se había desplomado sobre mi cabeza. Sollozaba y le echaba la culpa a Dios en un ataque de ira: Qué injusto eres conmigo, por qué permites esto, dices que eres mi guía, mi ángel protector, pero me arrebatas a Inmaculada, lo único que tengo. Cuando

la vida ya no me puede ir peor, cuando nadie me ama ni en casa, ni en los trabajos, ni en las escuelas, me quitas lo única amistad de verdad que tenía, Inmaculada. No sé si eres Dios o mi padre, pero entre los dos me estáis volviendo loco, ya os confundo a los dos, me pregunto si no seréis una creación de mi mente. Si de verdad existierais no permitiríais cosas así. ¿Por qué no me matabais a mi que no tengo nada? A mi nadie me hubiera echado en falta. Dios, demonio, quien seas, devuélvele la vida a ella y llévate a mi contigo, a mi que no tengo nada ni nadie que me ame ¿Qué culpa tenía la dulce Inmaculada?

El desengaño fue inmenso por lo que dejé de creer en todo, ni en Dios, ni en mi padre, ni en mis facultades, ni en nada relativo a mi espiritualidad aún en ciernes. Lentamente me fui distanciando del Jefe, me negaba a oír su voz y menos aún a seguir su consejo. Para mi desdicha, empecé a atender únicamente a la voz de mi padre, ya fallecido, lo que, como se verá más adelante, fue un dramático error que iba a ejercer en mi la peor de las influencias hasta bien entrados los 30 años.

CAPÍTULO 12

La Ouija

Huid de la Ouija como de la peste. No la practiquéis. Es la forma ideal para que un ser espiritual maligno, o cuando menos bromista, se pegue a vosotros e incluso se introduzca en vuestro cuerpo físico. ¿Por que no va a hacerlo si vosotros le habéis invocado, es decir, le habéis abierto cordialmente las puertas de vuestra casa y le habéis invitado a entrar? Así es como él lo ve.

Digamos, para quien no lo conozca, que la Ouija es una práctica oculta para contactar con seres de otro mundo. Sobre un tablero con las letras del abecedario, se coloca un

vaso invertido. Los asistentes posan suavemente su dedo sobre él, se invoca a una entidad, se le formula una pregunta y el vaso corre de una letra a otra, formando palabras que, no siempre pero casi, constituyen una respuesta. ¿Quién eres? Napoleón. ¿Dónde está mi madre? En el cielo y dice que te quiere ¿Voy a casarme? Sí, el año que viene. Por supuesto, si quien responde es Napoleón, Sócrates o Donald Trump hay que desconfiar. A los espíritus burlones les encanta la impostura y se presentan como famosos personajes de la historia. Nada les divierte más.

En mi consulta de ayuda espiritual tuve que atender a decenas de pacientes que venían con una entidad adherida a su cuerpo a raíz de una sesión de Ouija. Uno de ellos terminó colgándose de una soga en la buhardilla de su casa. Repito, no lo hagáis. No es que el fenómeno sea falso. Es que es demasiado real, la entidad espiritual, siempre de escasa calidad, está realmente ahí, pero como le tome cariño a alguno, ya no le suelta amargándole, a partir de aquel momento, toda su vida. La Ouija solo atrae a los seres del más bajo astral, nunca a seres de sabiduría.

Mi época de Ouija transcurrió de los 14 años hasta mi grave accidente de moto a los 19. Primero con amigos, luego solo. Lo consultaba todo y por la vía rápida. Nada de letras. Me bastaba un papel mal recortado con un SI bien grande y otro con un NO. Recuerdo especialmente cuando perdí a Lady, una perrita a la que amaba. Desapareció, me puse nervioso y consulté a la Ouija. ¿Está Lady en Sabadell? No. ¿En Santa María de Barberà? Sí. ¿Junto a Cerdanyola? No. ¿Junto a Ciudad Badía? Sí. ¿En aquellos huertos de siempre? Sí.

Me faltó tiempo para tomar la bici y lanzarme como un rayo a los huertos de Badía, entonces Ciudad Badía. Era una zona donde yo solía jugar y conocía bien. La Ouija me había señalado exactamente el lugar, llegué y encontré una choza con la puerta abierta. El hortelano vecino, muy enfadado, me dijo a voces y con malos modos que era él quien había

abierto la puerta permitiendo la huida a todos los perros allí encerados. Estaba ya harto de ladridos. Por lo visto, alguien guardaba ahí perros robados y entre ellos, no tengo la menor duda, a mi Lady. A los tres días, Lady me estaba esperando en la puerta de casa meneando alegremente su colita. Había encontrado el camino de vuelta ella sola.

Fue también a causa de la Ouija que experimentaba horribles sensaciones a la hora de comer. Tenía un muslo de pollo en el plato y en el momento de llevármelo a la boca, lo veía como una rata lo que me producía un asco tremendo. Otras veces ya tenía la carne de pollo en la boca y alguien se divertía proyectándome sensaciones gustativas como si me estuviera comiendo a mi perrita Lady, lo que me obligaba a abandonar el plato inmediatamente. Y aún, en la cama, alguien sujetaba una rata por la cola frente a mi cara y la acercaba hasta la punta de mi nariz para mordisquearme el rostro. Cuando reaccionaba y era consciente de que se trataba solamente de una falsa imagen, era yo quien, en un arranque de valor, intentaba morderla a ella. Con eso el animal se desvanecía. Nunca hay que acobardarse ante una aparición del bajo astral. Si demuestras valor, el monstruo siempre se bate en retirada. No son tan valientes.

Años más tarde, supe por la Ouija que una amiga mía iba a morir. Fue triste porque ella me tomó confianza y me contaba ilusionada que estaba a punto de casarse, que ya tenían piso, que estaba muy feliz con su novio... Yo sabía que no se casaría y que no pasaría nada de cuanto me estaba contando, pero nunca se lo dije. La boda nunca se celebró, ella murió repentinamente poco días antes.

La Ouija funciona, sí. Puede dar información relevante, sí. Pero es mucho más frecuente que te tome el pelo y eso en el mejor de los casos, pues lo habitual es que haga daño. No vale la pena correr ese riesgo y menos por el mero placer de pasar un buen rato en una aburrida tarde de domingo con los amigos.

De mayor, en otra sesión con amigos, mi cuñado se había estado riendo toda la noche de nuestra estúpida confianza ena la Ouija. Al final de la sesión, cuando ya nadie tocaba el vaso, éste se deslizó solo a toda velocidad sobre la mesa, salió disparado e impactó con fuerza contra el pecho de mi cuñado descreído. Le costó un buen rato recuperar la respiración.

Yo mismo fui víctima de la Ouija durante cinco años. ¡Cuántos accidentes tuve en aquel tiempo! ¡Me pegaba cada trompazo! Solo en automóvil he volcado seis veces. En las pistas de La Molina me puse unos esquíes sin tener ni idea y me lancé a tumba abierta por una bajada sin saber girar. Me metí la castaña de mi vida arrastrando a cinco personas conmigo. Salí ileso de milagro. Ahí ya el Jefe dijo basta y me puso aquel Seat 1430 ante la moto como contaré en su momento.

Hay también quienes practican la Verónica, esa técnica con apariencia de ritual diabólico que consiste en clavar unas tijeras en una Biblia. Es todavía peor que la Ouija, pero no vamos a dar más ideas.

CAPÍTULO 13

Lidia

Lídia ha sido la mujer de mi vida, la única. Nos llevamos tres años y nos conocimos de muy jóvenes. Yo tendría 16, ella 13 y nos enamoramos como lo que éramos, unos críos. En mi época de acrobacias ciclistas, mi amigo íntimo Armando y yo pasábamos cada tarde por la Plaza Barcelona, camino del barrio de Les Termes donde teníamos la cuadrilla de amigos. Esa chica me gusta, me decía Armando cada día al pasar por esa plaza y verla con un grupo de jóvenes. Él estaba avergonzadísimo y era tan tímido, todo lo contrario que yo, que me solicitó introducirle en el grupo de ella para entablar relación. Lo hice sin reparos, charlamos

un rato y le dejé con ella. Pero a los cinco minutos ya estaba otra vez en Les Termes con nuestra peña, los voladores locos de la bicicleta.

Pero Armando ¿no te la habías de ligar y pasar la tarde con ella? Es un rollo, tartamudeaba el pobre Armando, no me hace ni caso, no sé qué decirle. Al día siguiente le acompañé de nuevo y le dejé con ella, pero al poco rato ya teníamos otra vez a un frustrado y triste Armando con nosotros. A la tarde siguiente y por tercer día consecutivo, volvíamos a la Plaza Barcelona y revelé el secreto a nuestros nuevos amigos. Mirad, la verdad es que venimos aquí cada tarde porque a Armando le gusta Lídia. Sin avergonzarse un pelo, Lídia tomó la palabra ante todos y mirándome fijamente a los ojos respondió: Eso ya lo sé, pero es que a mi el que me gustas eres tu. ¡Glups!, me tambaleé rojo de vergüenza. Eso trastocó todos mis esquemas. Había tenido mis amiguitas, pero nada serio. Y ahora esta Lídia, que bien mirada sí que era guapa de verdad, se plantaba con desparpajo ante mi. Pues tenemos un problema, me hice el duro, porque tu a mi no me gustas. La verdad es que ya me había pescado y para toda la vida.

Pronto averigüé a qué hora sacaba las basuras de casa y «casualmente» siempre pasaba yo por ahí a esa hora y coincidíamos. Las conversaciones, yo en mi bici, ella con su bolsa en la mano, eran cada día más largas hasta que un día me preguntó si yo sabía nadar. No, mentí solo por hacer una gracia y sin imaginar cómo esa broma iba a complicarme la vida. Pues mañana mismo nos vamos a la piscina de Sabadell, al Club de Natación, y te enseño a nadar. Cómo iba a negarme a un plan tan seductor, baño, piscina, intimidad y Lídia en bañador.

Acepté de inmediato y al día siguiente, en la piscina olímpica del club, yo simulé ignorarlo todo sobre el arte de la natación. Con el agua al cuello, simulaba temor y me aferraba tembloroso al borde de la piscina mientras ella, muy puesta en su papel de instructora, se esforzaba en sus lecciones

agarrándome y tocándome en una sensual instrucción que me volvía loco. Hasta que me cansé del juego y en un momento de descuido la arrastré al medio de la piscina. Ella, que nadaba lo justito, se agarró a mi cuello presa del pánico para no hundirse. Me puse a reír y, cargando con ella a la espalda, nadé como un loco entre carcajadas. Al verse engañada, desató toda la ira de que es capaz, no mucha, y la tuve enfadada un buen rato, en realidad todo el día. Lógicamente se sentía dolida, pero a partir de ahí, entre mis disculpas e intentos de reconciliación, se forjó una relación de confianza y respeto que ha perdurado hasta el día hoy.

Diez años más tarde, en 1981, nos casábamos en el altar mayor de Montserrat.

CAPITULO 14

Mi transfiguración

Que yo recuerde, lo que voy a contar a continuación es la única vez en mi vida que me he transfigurado o, por lo menos, que otra persona ha visto en mi al ser espiritual que me ocupaba. Yo tenía 16 años y mi hermano Manel, 22. Él conducía por las Costas de Garraf, una carretera endiablada de curvas peligrosas sobre el mismo acantilado de Sitges, y me sentaba a su lado.

Se produjo entre nosotros uno de esos extraños momentos de intimidad entre hermanos. Surgen temas trascendentes y fluye una confianza fraternal como pocas veces pasa en la vida.

Me recriminaba que mi padre siempre me había querido más a mí que a él, lo que sin duda era cierto. Mi respuesta no podía ser más evidente, nuestra madre siempre te quiso y te sigue queriendo aún más a ti, pensé. Pero no lo dije, siempre fui muy reservado en estos temas, desconfiado incluso, y no me fiaba un pelo de la reacción que pudiese tener mi hermano.

De repente sentí un temblor en todo mi cuerpo, como un trueno en mi interior, es una sensación difícil de explicar, como si algo me entrara por la cabeza. Mi hermano debió notar algo porque, todavía con las manos al volante, giró un momento su rostro hacia mi, me miró y se estremeció de tal manera que el coche dio un trombo y salimos de la carretera.

Cuando paramos en la cuneta y nos tranquilizamos ligeramente, me dijo que había visto a nuestro padre a su en el coche justo en el asiento que yo ocupaba. Me encontraba tan aturdido que respondí como pude y le indiqué con gestos que pusiera el coche en marcha y continuara el camino, dando a entender que yo me había quedado mudo de la impresión y que ya hablaríamos más tarde. No lo hicimos. No hablamos de ello ni mas tarde, ni nunca más en la vida. ¿Qué iba a decirle? ¿Que veo espíritus desde los tres años? ¿Qué los tengo integrados en mi vida cotidiana? Lo cierto es que esa vez, yo mismo me asusté. Jamás nadie había visto en mi a otra persona ni jamás había sentido yo una sensación de posesión tan diáfana. Ahora ya sabía lo que se siente cuando a uno se le mete dentro una entidad espiritual. Eso sí me iba a servir en el futuro.

CAPÍTULO 15

El lago

En mi período de aprendizaje hay un antes y un después de lo que yo siempre he llamado «el suceso del lago». Ocurrió el verano de 1972 en el pantano de Sant Ponç (Solsonès) donde estuve a punto de morir ahogado, si no es que realmente llegué a morir durante unos segundos. Tenía yo 17 años y eso marcó el resto de mi vida. La técnica que utilicé aquel día in extremis «por imperativo divino» a varios metros de profundidad y con toneladas de agua sobre mi cabeza es la misma que aprendí de niño en la cama para detener flechas y trenes. Proyectar energía desde mi plexo solar tal como hice ese día de manera rudimentaria y en

situación límite es la base de la técnica que utilicé más adelante en mis trabajo de ayuda espiritual y que fui depurando con el tiempo.

Ese día estábamos con Lídia, su hermano y unos amigos bañándonos junto a la presa. Yo era joven y chulillo, me hice el gallito En medio del pantano se erguía un pilar altísimo, quizás del alumbrado. Tenía que demostrar que yo era Antonio sin miedo, así es que me encaramé y me tiré de cabeza desde aquella altura insensata. Después supe que nunca nadie se había lanzado al agua desde aquel punto. Recuerdo como impactó el agua en mi cabeza, ¡pum!, un golpe sordo, fortísimo. Y recuerdo como me iba sumergiendo bajo el agua a toda velocidad, más y más profundo. Y todavía más y más profundo sin poder siquiera abrir los ojos de tanta como era la presión del agua en mi rostro. Cuando por fin pude abrirlos, no había nada, solo oscuridad. Sin respirar empecé a nadar hacia arriba y cuando empecé vislumbrar algo de luz sobre mi cabeza, pero aún me quedaba mucho trayecto hasta la superficie, se agotó el aire de los pulmones.

Creo que ahí sufrí una muerte clínica y que eso afectó a mi corazón con las consecuencias que aún padezco a día de hoy. Recuerdo que en aquel momento de peligro real no fue mi padre quien me habló. Fue el Jefe, reconocí su voz y no tuve ningún inconveniente en escucharle atentamente pues se disponía a salvarme. O le atendía o adiós a la vida.

Tranquilo Antonio, me dijo el Jefe, no te preocupes, yo te sacaré de aquí. Pero tienes que hacer exactamente lo que yo te diga. Lo primero y más importante es no tragar agua. Bien. Ahora recuerda la flecha, recuerda el tren y repite esa operación conmigo. Cierra el plexo solar como tú sabes, hasta la asfixia si conviene.

Llegó la asfixia provocada desde el plexo solar y noté un golpe en mi interior que me propulsó unos metros hacia arriba. Eso me aproximó a la superficie, pero no lo suficiente. Me quedé otra vez paralizado. Repetí la operación y ascendí unos metros más. Así hasta tres veces y hasta dejarme

exhausto. Pero todavía me quedaba un buen trecho hasta la superficie, me rendí y perdí el conocimiento.

En ese momento viví una de las experiencias más mágicas de mi vida hasta entonces. Yo creo que ahí estaba ya clínicamente muerto, pero desde algún plano de existencia pude sentir como, por instrucción del Jefe, dos ángeles espirituales muy luminosos me recogían en sus brazos y me ascendían a la superficie. A los pocos segundos, me despertaba flotando en el agua como una boya, como un auténtico cadáver flotante. Sin quererlo, abrí de nuevo el plexo solar, tosí y me atraganté, pero volví a respirar y llegué a nado, agotado, a esa playita del pantano donde me esperaban Lídia y mis cuñados. Acababa de vivir la experiencia más alucinante de mi recién estrenada juventud, pero no les conté nada de cuanto me acababa de ocurrir. Jamás contaba nada a nadie. Una vez mas apliqué la ley del silencio que yo mismo me había autoimpuesto.

La pregunta legítima es de dónde salieron ese par de «ángeles socorristas» que me salvaron la vida. Tengo indicios que me permiten elaborar una teoría. No estaban ahí por mi, sino para recoger el espíritu de una niña que había fallecido ahogada, ella sí, en ese mismo lago.

No puedo asegurar que eso sea cierto. Pero hay indicios para creer en ello. Me explico: cuando yo ya estaba a salvo en la playita tomando el sol con mi cuñado y los amigos, llegó un coche, bajó de él un hombre, extendió una manta a su lado, se encendió un cigarrillo y se puso a esperar tranquilamente oteando el horizonte. Al poco tiempo salieron del agua dos buzos con el cuerpo de una niña muerta en sus brazos, lo envolvieron en la manta y se la llevaron.

Adivino que serían algún cuerpo de bomberos o voluntarios de un servicio de rescate. Eso me hizo comprender por qué estábamos tan solos en aquella pequeña playa que, en otros fines de semana, solía estar ocupada por multitud de domingueros de radio-casete y sombrilla. La

policía había evacuado esa playa poco antes para recuperar el cadáver y supongo que nosotros, aún no sé cómo, nos colamos sin querer. Cuando marcharon los bomberos, abrieron de nuevo la playa al público y la zona se llenó otra vez de bañistas. Por todo ello, y a la vista de mi experiencia profesional posterior con muertes infantiles, pienso que los ángeles que bajaron a llevarse el espíritu de la niña muerta son también los que me ayudaron a mí a salir vivo del agua. Tuvo que ser así. No hay otra explicación.

A partir de esta experiencia que yo llamo «del lago» me reconcilié nuevamente con el Jefe. Pero no por mucho tiempo pues a lo largo de mi vida he roto más veces con el Jefe que con mi novia. Siempre para terminar, con el tiempo, admitiendo su autoridad moral sobre mi y siempre para reconciliarme de nuevo.

En el lago comprendí la importancia de dominar el plexo solar, comprendí que yo iba siempre acompañado y comprendí que si me ocurrían desgracias en la vida todo estaba bajo control y todo era por algún motivo. Una idea dramática ya que me conducía directamente a futuras desgracias, como así fue.

En mi vida la palabra «el lago» es una clave, una referencia. Muchos años después trabajando en el Centro de Ayuda Espiritual con M. Àngels, tratando a un paciente, a menudo perdía la visión. En esos casos, el de dentro me decía haz aquello del lago. Yo tomaba por la boca y sin disimulo tanto aire como me permitían mis pulmones y lo retenía como si estuviera bajo el agua. Mi trabajo es el mismo que el de un submarinista pero en apnea, sin botella de oxígeno. Por eso he castigado tanto a mi corazón y me canso tanto en la actualidad. El problema es que al retener el aire, me bajan las pulsaciones y el corazón casi se detiene. Algo que con el tiempo ha terminado provocando mi reciente angina de pecho y esas arritmias que están marcando mi vida hoy en día.

CAPÍTULO 16

La ley del silencio

Como se ha visto en el capítulo anterior, llegué a la juventud sin compartir absolutamente con nadie ninguno de mis secretos. Algo me decía que debía guardarlo todo para mí.

Cada vez que intentaba compartir mis experiencias con alguien, salía malparado. Voy a contar uno de esos casos en que intenté sincerarme con el mundo sin el menor éxito. Tendría unos 16 años cuando soñé andar con una amiga por la calle. Soñé que mientras caminábamos sostenía con ella una conversación alegre e inofensiva, pasábamos por delante de una administración de lotería, ella dijo mira que número tan bonito vamos a comprarlo, y lo comprábamos a medias.

Al día siguiente en la terraza del bar donde nos reuníamos la pandilla, ella dijo ante todo el mundo, Antonio a qué no sabes que he soñado hoy. ¿No será que tu y yo andábamos por la calle y comprábamos un número de lotería?, dije estúpidamente, en mis delirios de grandeza adolescente, para darme importancia. Ella se quedó lívida y se hizo un silencio incómodo en el grupo. Pero aún quiso ponerme a prueba: ¿ah si?, ¿y, a ver, cuánto nos gastamos? Doscientas cincuenta pesetas cada uno, respondí. ¿Nos tocó el premio? Apenas nada, contesté, solo una terminación. Ella confirmó todos los detalles y ante el asombro de los demás, debatimos los pormenores de su sueño y el mío y coincidimos en todo. Habíamos soñado lo mismo y ni ella ni yo podíamos dar crédito a una experiencia tan insólita. Como no podía ser de otra manera, el chulillo del grupo se enfadó con nosotros, nos acusó de tener el numerito preparado de antemano para llamar la atención y la reunión acabó como el rosario de la aurora. Un motivo más para mantener, a partir de ese día, la boca cerrada y bien cerrada.

Si por azar salía el tema con un amigo y me atrevía a preguntarle si alguna vez había visto un fantasma, solían

decirme que sí, que por supuesto. Algunos presumían de poderes, pero cuando pedía detalles y me contaban su experiencia sabía que mentían. Y lo sabía de inmediato. Simplemente no acertaban ni una. Lo decían todo al revés y eso me inducía a batirme en retirada y buscar refugio en otra persona… que nunca hallé. Nunca, en toda mi vida, llegó nadie de confianza. Ni siquiera de adulto, cuando busqué un substituto para los cientos de pacientes a los que he tenido que abandonar por culpa de mi enfermedad. Lamento mucho no haber tenido un sucesor a quien adiestrar en las artes espirituales pues eso significa que todo cuanto he aprendido en esta vida y en la otra se va a perder conmigo, irá conmigo a la tumba. El caso es que ya en aquel entonces me extrañaba que tantos hablaran del tema sin tener ni idea. Con el tiempo he comprobado que son legión. Eso me confundía mucho y me reforzaba en mi silencio.

Me ocurría también con programas esotéricos de radio y televisión, incluso revistas especializadas. Pronto aprendí a no prestar atención a los medios sobre el tema espiritual. Todo el mundo hablaba de boquilla y nada de cuanto relataban se correspondía con los hechos que yo vivía casi a diario. Todas esas informaciones de platillos volantes, pirámides de Egipto, secretos mayas, energías poderosas, estados alterados de conciencia, rituales indígenas, sustancias alucinógenas o apariciones marianas no arrojaban la menor luz a la confundida mente de un Antonio adolescente primero y joven después. Todo lo contrario, me ponían tan nervioso que pronto aprendí a rehuir toda información mediática. Me declaré objetor absoluto de esoterismo en prensa, radio y televisión y bien que cumplí mi promesa.

Tomé pues una doble decisión: no contar nada a nadie y no buscar información en ningún medio. Con ello me condenaba a mí mismo, estaba rechazando la mitad de mi ser y la posibilidad de crecer espiritualmente. Pero mis facultades me avergonzaban, las sentía como una deficiencia psíquica.

Yo solo quería ser normal. Me importaba un comino la espiritualidad.

Además, yo ya tenía novia, Lídia, de la que me enamoré perdidamente, mi primera y única mujer y mi gran compañera de vida. Y eso, hay que reconocerlo, también influyó para que mi vida terrenal resultara mucho más interesante que la espiritual. ¡Tenía 17 años!

CAPÍTULO 17

El accidente de caballo

Como apunté anteriormente, el período entre los 14 a los 19 años fue pura locura. Parecía que buscara la muerte, arriesgaba en todo. Tentaba a la suerte, coqueteaba con la Ouija y por tanto con los seres más malignos del bajo astral lo que me llevaba a encadenar un accidente tras otro, cada uno más espeluznante que el anterior. Curiosamente, sin embargo, el accidente más grave hasta entonces no fue de moto (ése llegaría más tarde), sino hípico.

Tenía 18 años y ocurrió en un pueblo próximo a Sabadell, Sant Cugat del Vallès. Un amigo y yo habíamos contratado una tranquila excursión a caballo, pero el animal se puso a galopar desbocado y yo, no solo perdí el equilibrio, sino que lo hice con tan mala fortuna que mi pie quedó enganchado al estribo. Fui arrastrado durante decenas de metros golpeando mi cuerpo y cabeza contra las piedras del suelo. Tras varios intentos frustrados de enderezarme, perdí el conocimiento. De repente, aún no sé cómo, logré incorporarme sobre la silla. Pero para cuando el animal detuvo su paso, ya no sabía ni donde me encontraba, ni qué me estaba sucediendo, ni quien era mi amigo ni quién era yo.

Estaba completamente aturdido, pero no perdí el conocimiento y aunque mi estado físico y, sobre todo mental, dejaba mucho que desear, aún pude tomar el coche y conducir a mi amigo hasta su casa. A medio camino, sin embargo, tuve extrañas alucinaciones producto del fuerte

golpe en la cabeza. Me parecía ver los vehículos que cruzaban ante mí en peligrosas eses y como los árboles que flanqueaban la carretera se doblaban sobre mi cerrándome el paso.

Consciente de mi mareo, me detuve en una fuente de Bellaterra y aunque era pleno invierno, me tumbé y coloqué todo mi cuerpo bajo la helada agua que brotaba de los siete caños de la fuente con la intención de recuperar la lucidez. Con las ideas algo más frescas, pero empapado de arriba abajo, tomé nuevamente el volante y ya no reconocí a mi amigo al que sin embargo fui capaz de acompañar hasta su domicilio en un extraño estado de semi-inconsciencia.

De ahí, como un zombi, llegué a la floristería de Lídia, a quien no reconocí. Ni a ella ni a su madre en la trastienda donde entré como sonámbulo. Pedí a mi suegra donde estaba el lavabo y ella, sorprendida por la pregunta puesto que cada día estaba yo en aquella casa, me lo indicó. Apenas tuve tiempo de llegar para empezar a vomitar compulsivamente. La conmoción cerebral empezaba a producir sus efectos. Me tumbé en una cama sin querer reconocer mi grave estado hasta la llegada de mi cuñado quien, viéndome en tan deplorable estado, creyó primero que iba borracho hasta que percibió que me ocurría algo más grave y avisó a la ambulancia.

Fui trasladado e ingresado en la Clínica la Alianza de Sabadell donde me diagnosticaron conmoción cerebral severa con un pronóstico de pocas semanas de vida. Permanecí allí quince días prácticamente inconsciente y otros quince en la Alianza de Barcelona. Yo no mejoraba y todos creían que iba a morir. Sorprendentemente mi hermano Manel, acudió y se despidió de mi llorando de rodillas al lado de mi cama. Yo le miraba y, aunque no sabía quien era aquel chico tan triste, me dolía en el alma verle tan desconsolado. No mejoraba, pero tampoco moría, se conoce que el Jefe tenía otros planes para mi. Anduve tres meses convaleciente de un centro

sanitario a otro y en cuanto pude, salí por mi propio pie, pero con un vacío absoluto de memoria.

Yo no era el mismo. No sabía ni quien era. Apenas hablaba, tenía la mirada perdida, andaba por la calle como un zombi y acudía rutinariamente a los lugares de siempre, pero sin conciencia. Años más tarde, ese estado de aparente sonambulismo me ayudó a comprender a las almas en pena con las que tanto trato iba a tener en el futuro. Como yo en mi convalecencia, ellos vagan también por este mundo sin objetivo, sin saber qué quieren ni quienes son. Acuden, por rutina o por nostalgia, a la Oficina de Empleo, al cajero automático o a la farmacia. Siguen sus rutinas de cuando vivían, igual que hacía yo en aquel período de mi vida. Todo por un motivo, no saben que están muertos. Yo no sabía si estaba vivo.

Un médico me recetó una extraña cura para recuperar la memoria y por lo tanto mi identidad. Yo la bauticé con el nombre de «mentalidad blanca» y resultó providencial. Había que aislarme de todo, darme semanas y meses de silencio sin preocupación alguna, sin teléfono, radio ni televisión. Mi ángel ciclista de la guarda, Josep solicitó a un amigo que me hospedara en su casa de campo, una masía en un pueblo de Tarragona llamado Cornudella de Montsant.

Allí me trasladaron y allí residí varios meses sin hablar con nadie por severa prescripción médica. Mi vida se volvió de repente muy solitaria, muy tranquila y muy silenciosa. Ni siquiera mis anfitriones hablaban conmigo, pero me cuidaban a distancia y me vigilaban de cerca. Cada mañana, al levantarme me encontraba el desayuno preparado, lo tomaba y salía a pasear por los alrededores donde me esperaba un maravilloso paisaje de tierras bajas, huertos, mucha naturaleza, mucha soledad, mucho silencio, caminos infinitos y colinas asequibles. Dejaba transcurrir las horas paseando, descansando bajo un árbol, o tomando algún producto de los huertos para mi propia alimentación, pequeños hurtos agrícolas a los que me acostumbré como una rutina más.

Cornudella de Montsant es un pueblo pequeño donde todo el mundo se conoce y los campesinos permitían que aquel joven de Sabadell que pasaba por un mal momento les robara de vez en cuando algún fruto u hortaliza. Al anochecer regresaba, me encontraba la cena preparada, cenaba y me acostaba. Eso era todo. Y me sentaba bien.

Mis escasos recuerdos de aquel período de mi vida son de una felicidad primaria, casi animal, pero muy tranquila. Ese estado me ayudó a comprender, mucho tiempo después, a las personas con alzheimer o demencia senil. Perder la memoria no hace sufrir, al revés provoca paz. Pero no por eso son buenas las enfermedades mentales de la memoria ya que esa paz es aparente, superficial, solo en el plano material. El espíritu sigue padeciendo. El caso es que, en aquel período de mi vida, aquella paz interna resultó de gran eficacia pues lentamente, muy lentamente, empecé a recuperar retazos de memoria

Un día con el desayuno encontré una carta para mi. La abrí y pude leerla. Curiosamente no había perdido la noción de la lectura. Era de una persona llamada Lídia que se interesaba por mi salud. En las próximas semanas recibí tres cartas más de esa simpática señora, la última con una fotografía. Era una chica joven y agraciada que me gustó enseguida y que me interpelaba directamente desde la foto con su mirada franca y sus graciosos rizos. Parecía decirme «venga Antonio, ¿te animas a vivir otra vez? Con lo bien que lo pasábamos tu y yo juntos». Esa foto removió recuerdos en mi interior más remoto. En una hoja aparte alguien había escrito: «respóndele». Y lo hice, respondí brevemente a la carta con otra carta agradeciendo a aquella simpática joven su interés por mi.

La cura de la «mentalidad blanca» funcionó y en pocos meses empecé a recuperar la memoria, la conciencia, la alegría y las ganas de vivir. Nunca he llegado a recuperar completamente toda la memoria, pero las lagunas eran cada

vez más pequeñas y en cuestión de meses volvía ser yo con, prácticamente, todos mis recuerdos.

La recuperación no fue inmediata pues a mi regreso a Sabadell sufrí una parálisis facial que me torció el gesto en boca y ojo derecho llegando incluso a babear como un niño. Y sin tratamiento de fármacos terminó también en quince días con esta última y aparatosa secuela de la conmoción cerebral.

Mirando mi vida en retrospectiva puedo comprender la parte positiva de casi todas las penalidades que he sufrido, y el accidente hípico con su posterior terapia de «mentalidad blanca» no es ninguna excepción. Esa experiencia me ayudó a entender luego a algunos pacientes que llegaban a nuestra consulta con patologías parecidas. Andar como un zombi por la vida me hizo comprender cuán perdidos se sienten esas pobres almas en pena que vagan sin rumbo por nuestro plano temporal. Y la tristeza y el aislamiento me ayudaron a empatizar con muchos pacientes en mi posterior vida profesional. Sí, Cornudella de Montsant fue para mi una lección de vida gracias a que el Jefe me había puesto, una vez más, al borde de la muerte.

CAPITULO 18

Vivencia de mis hijos

A los 18 años vivía aún con mi madre y en mi convalecencia aprendí a coser pañuelos en casa con lo que me sacaba algún dinero. Lídia trabajaba en la floristería de sus padres. Pero siempre la tuve a mi lado, me ayudaba a recuperarme, a reincorporarme a la vida activa y, sobre todo, a mitigar los envites de mi madre, cada vez más agresiva conmigo y ahora también con ella.

Fue en esa época cuando tuve, en la cama y esperando el sueño, la segunda vivencia de mi vida con cámara envolvente de 360 grados. Si la primera vivencia había sido el entierro adelantado de mi padre, ésta vaticinaba

también una situación futura y bien familiar, pero relativa a mis dos hijos, unos hijos que aún iban a tardar más de 20 años en nacer.

Hoy mis hijos tienen 32 años (Antonio) y 25 (Manel). En mi vivencia tenían unos doce y tres aproximadamente. Antonio estaba jugando con el pequeño Manel, por no decir molestando como hacen siempre los hermanos mayores. La escena tenía lugar en el comedor, en el que también estaba yo, con unas baldosas rojas muy determinadas y una pared de piedra granulada muy concreta. Nunca olvidé esas baldosas ni esa pared de piedra. Yo tenía la convicción de que esos niños eran mis hijos y que algún día iba a presenciar esa misma escena en la vida real.

Muchos años después, mi mujer y yo, ya casados y con un hijo, decidimos no tener más niños y ella se colocó un Dispositivo Intrauterino, DIU. Pero aun así se quedó embarazada y fue un embarazo tan difícil que lo llevamos en secreto sin compartirlo con nadie. El médico cada día nos repetía que Lídia abortaría de manera natural cualquier día. Y Lídia se reía de mi: tú serás muy vidente, pero dos hijos como viste no los vamos a tener nunca porque éste se va a morir seguro. Era tan claro que el niño iba a fallecer antes de nacer, que no anunciamos el embarazo ni siquiera a mis suegros. Pero el embarazo iba adelante, el esperado aborto natural no se producía y yo, en mi fuero interno, estaba convencido de que iba a nacer. Cuando empezamos a temer un parto de alto riesgo, tal como presagiaban los médicos a causa del DIU que todavía llevaba mi esposa en su interior, nada malo sucedió. Fue un parto feliz y sencillo y Manel nació sin complicaciones y creció sano y fuerte.

Yo no olvidaba mi vivencia de años atrás y me preguntaba si, ahora que tenía dos hijos, la vería algún día cumplida en la vida real. No olvidaba aquellas baldosas rojas y aquella pared granulada. Me desanimaba el hecho de que en mi domicilio no existía comedor de tales características lo que restaba muchos puntos a la posibilidad de ver cumplida

mi premonición. Cuando menos lo esperaba, tuvimos que mudarnos de domicilio y, la verdad, es que no reparé en la nueva terraza hasta que un buen día, cuando Manel tenía ya tres años, sucedió. Lo recuerdo perfectamente, era un domingo por la tarde, todos estábamos ociosos, bastante aburridos y de repente todo se produjo tal y como yo lo había visto veinte años atrás.

Era el presente real, en nuestro plano, exactamente la misma escena que había vivido yo a mis 18 años. Ahí estaba mi hijo mayor, Antonio, jugando con Manel en aquella terraza de baldosas rojas y junto a aquella pared de piedra granulada. Yo miraba la escena admirado y sonriente desde exactamente el mismo ángulo. Me emocioné tanto que grité ¡Lídia mira! Ella se acercó corriendo y al ver que no ocurría nada me miró con sorpresa y solo acertó a reprobar a Antonio su actitud de hermano matón frente al pobre Manel. Yo, divertido, les dejé hacer hasta que luego, en la intimidad, le revelé mi secreto a Lídia. ¿No te das cuenta?, ha sido exacto a mi vivencia de hace años, no han fallado ni las baldosas rojas, ni la pared de piedra.

Quizás sea pertinente remarcar aquí la actitud de mi mujer con respecto a mis facultades. Yo nunca se las oculté y ella nunca las negó, pero tampoco nunca les ha dado mayor importancia.

CAPÍTULO 19

El accidente de moto

A mi regreso de la «mentalidad blanca» en Cornudella de Montsant y en cuanto me vi vivito y coleando, empecé de nuevo a jugar con la vida, a ponerla en riesgo. Reemprendí mis locuras, especialmente con la moto, hasta que el Jefe, que ya debía estar de mi hasta las narices, decidió terminar de una vez por todas con mi peligrosa frivolidad existencial. Y lo hizo de manera radical.

Junto con la experiencia del lago, aquel gravísimo accidente de moto a los 19 años que me retuvo otros seis meses en el hospital y dos años en silla de ruedas con una lesión en la cadera, varias intervenciones, una prótesis y una leve cojera que todavía arrastro, fue también la experiencia más relevante en mi máster como ayudante espiritual.

En el hospital aprendí a desdoblar mi cuerpo como sedante contra el dolor y también allí renové, una vez más, mi fe en el Jefe con quien volvía a estar enfadado y a quien ignoraba despóticamente.

No albergo la menor duda de que fue él (Él?) quien puso delante mío aquel maldito Seat 1430. Pero no le guardo rencor e incluso le comprendo. Tan bobo era yo en esa época que ponía mi vida en riesgo una y otra vez. Por aquel entonces mi pasión era el mundo del motor y trabajaba de aprendiz en un taller mecánico de Sant Quirze del Vallès. Mi máxima ilusión era que me mandaran a por piezas de recambio a algún municipio próximo. Terrassa era mi destino favorito pues me permitía colarme furtivamente en el circuito de motocrós de la antigua Mancomunidad donde cada año se celebraba el Campeonato del Mundo de esta especialidad motociclista. Allí saltaba por los aires a alturas de vértigo, me cubría de polvo y barro con la adrenalina desatada y hasta aprendí a recorrer el circuito en sentido contrario con subidas casi verticales. Mi moto y yo imitábamos a mi admirado James Bond y demás héroes del celuloide que me fascinaban.

Es normal que el Jefe quisiera atarme corto, no estaba dispuesto a perder un aprendiz de ayudante espiritual después de tantas lecciones invertidas en mi. Y no se le ocurrió nada mejor que castigarme con mi propia medicina y acabar de cuajo con mi frivolidad.

Era de noche, regresaba de Castellar del Vallés con mis dos novias, mi querida moto y mi querida Lídia de paquete. Excepcionalmente, y paradójicamente, ese día

conducía lento y muy tranquilo. Pero al salir de una curva me encontré de frente con dos vehículos en paralelo, invadiendo ambos carriles en lo que era claramente una carrera ilegal entre jóvenes alocados. Se me activó el PAUSE automáticamente.

Llamo PAUSE a esa sensación que muchos conoceréis. En situaciones límite de máximo peligro, el tiempo se detiene y todo ocurre en cámara lenta. Unas décimas de segundo en el mundo físico fueron muchos segundos para mi en ese otro plano que yo viví en aquel instante. Las imágenes no solo se ralentizan, es la situación entera que se congela y eso me dio tiempo a pensar. Recuerdo muy bien que pude calcularlo todo.

Primero pensé en pasar entre los dos coches: descartado, iban demasiado pegados y sin espacio para mí. Me planteé luego girar a la izquierda: imposible, no daba tiempo. A la derecha tampoco: Lídia y yo nos hubiéramos dado de bruces contra un bordillo demasiado alto. Hay que recordar que en aquella época (1974) todos los motoristas circulábamos sin casco. La mejor forma de protegerla a ella era buscar el impacto frontal, embestir de cara uno de los automóviles, levantar mi rueda delantera e intentar subirme al capó.

Si le damos ahora al PLAY, veremos cómo eso es exactamente lo que ocurrió. Sujeté el manillar con fuerza y aún tuve tiempo de levantar la rueda, como en mis acrobacias de motocross, montarme al capó del coche y rajarle la chapa que se abrió como una lata de sardinas. Pero el golpe fue tremendo. Lídia salió disparada en vertical y cayó sentada sobre el vehículo con fractura de anilla de pelvis. Yo golpeé con la cabeza y salí igualmente disparado, pero hacia el barranco en una caída de 15 metros. Los enfermeros de la ambulancia tardaron su tiempo en encontrar mi cuerpo allí abajo, inconsciente, desangrándome y con una pierna doblada hacia atrás.

El tremendo impacto que sufrí me ocasionó el siguiente parte médico: triple fractura de cadera, ruptura de boca del fémur, pierna desencajada de la cadera, fractura de hombro y pérdida de sangre por ojos, oído, nariz y boca, con su correspondiente conmoción cerebral. Comenzaba el peor calvario hospitalario que he sufrido en toda mi vida, y no han sido pocos.

CAPÍTULO 20

Desdoblamiento

En 1972 el departamento de traumatología del Hospital de Sabadell estaba dirigido por el Dr. J.R., un médico mediático por sus progresos en la re-implantación de dedos y manos, pero con otra faceta menos conocida y bastante más lúgubre, por no decir sádica: practicaba con perros… y con inocentes desvalidos como yo. El hombre lesionó uno de sus perros con las mismas fracturas que sufrí yo al objeto de comparar ambas evoluciones.

Por si eso fuera poco, el Dr. J.R. convenció a mi madre de que yo, sin seguro ni dinero, no tenía derecho a ser atendido por lo que él se haría cargo de los costes de la intervención y el tratamiento si ella firmaba unos papeles. Hoy veo aquel trato como una salvajada cruel, pero sobre todo como un timo puesto que yo sí disponía de seguro de la moto. Pero en aquel momento no estábamos para detalles, ni mi madre ni yo, y ella firmó todo lo que le pusieron por delante.

El famoso doctor, su eminencia el Dr. J.R., tenía ya las manos libres para hacer conmigo lo que le diera la gana. Y a fe mía que lo hizo. Dio instrucciones severas a las enfermeras de que no me administraran ni un solo calmante. No sé que pretendía demostrar con aquello. Para él sería un experimento más, para mi un infierno. Aquel dolor era insufrible. Mis aullidos resonaban por todas las plantas

poniendo de los nervios al resto de pacientes y personal sanitario. Las enfermeras se disculpaban ante mi llanto desesperado, pero por mas que les suplicara no podían darme ni una aspirina. En aquellos años los médicos estrella podían realizar estas barbaridades.

Pero fue precisamente el sufrimiento que me infligió su maldito experimento el que me llevó a descubrir otra de mi facultades, el desdoblamiento de mi cuerpo astral. Los tres primeros días estuve rogando a Dios que me matara, cosa que por supuesto no estaba en sus divinos planes. Pero como ya hemos visto, Dios aprieta pero no ahoga así que me brindó otra solución, muy a su estilo.

Una noche en que el dolor era más insufrible que nunca, recordé mis lecciones infantiles, especialmente las clases de vuelo. Sabía que el cuerpo energético puede abandonar el cuerpo físico durante unos minutos o incluso horas y deseé con todas mis fuerzas salir de aquel amasijo inerte de carne, huesos rotos, heridas abiertas, vendas sanguinolentas y sobre todo aquella cadera fracturada que me producía un dolor insoportable.

Y de repente yo estaba a mi lado de mi otro yo. En aquella primera ocasión fue simplemente la intensidad del deseo, y probablemente una ayudita del Jefe, la que provocó el desdoblamiento y me demostró que ahorrarme el dolor era posible. Mi cuerpo luminoso se situó en paralelo al físico, fuera de la cama, flotando a un metro del suelo y compartiendo un brazo con el cuerpo físico, desde el codo hasta la mano. Así permanecimos un tiempo como dos amantes cogiditos de la mano.

Mi conciencia estaba en el cuerpo energético por lo que los dolores desaparecieron de inmediato, me parecía estar en el cielo. Seguía viendo la habitación del hospital, la ventana, el soporte del suero y la mesita de noche, pero ahora todo eso era un paisaje bellísimo e incluso

placentero. Eso sí era un descubrimiento y no el del mataperros Dr. J.R. ¿O será que ya he muerto y estoy en el paraíso?, pensé.

Una enfermera se encargó de responder a mi pregunta y devolverme cruelmente a la realidad. Abrió la puerta de golpe para realizarme alguna cura y regresé de inmediato al interior de mi cuerpo. Reconocí esa sensación de caída, aquel tropezón con el que de niño volvía siempre a la cama tras mis clases de vuelo. Ocupar de nuevo mi cuerpo físico supuso volver al sufrimiento, pero ahora todo era más llevadero porque sabía que solo tenía que depurar la técnica y usarla a voluntad en momentos de dolor.

La verdad es que no fue tan sencillo. Los primeros intentos fueron un fiasco de mucho cuidado. Tuve que probar una y otra y otra vez. Combinaba el deseo con la respiración y, como siempre, activaba de diversas maneras el plexo solar. A esas alturas de mi existencia ya sabía que el plexo solar como activador u obturador de energía era la clave de cualquier fenómeno que pudiera ocurrirme en la vida. Yo sabía que era posible porque lo había experimentado y eso me daba una voluntad de hierro.

Y empecé a jugar: respiraba, retenía el aire, exhalaba de golpe, exhalaba lentamente, canalizaba, acumulaba energía en distintos puntos de mi cuerpo, abría y cerraba el plexo, tensaba todo el cuerpo, lo relajaba y cuando menos lo esperaba, ¡zas!, estaba fuera. Cada día probaba cosas nuevas y cada día conseguía salir en un momento u otro, sin saber muy bien cómo lo había hecho. Finalmente descubrí que solo eran necesarios tres requisitos, cerrar los ojos, desearlo intensamente, y retener la respiración al máximo.

Le fui cogiendo el tranquillo hasta que terminé por dominar la técnica a voluntad. Terminé por desdoblarme de diez a veinte veces al día, siempre tomados ambos cuerpos por el brazo. Mi otro yo canino, el pobre «perro de

indias» del Dr. J.R. fue sacrificado tras sufrir terribles dolores. Yo sobreviví y a los seis meses salía del hospital en silla de ruedas, pero con un pronóstico desesperante: jamás volvería a caminar.

CAPÍTULO 21

Rehabilitación

Confío plenamente en los médicos, admiro su sabiduría y la entrega desinteresada de la mayoría de ellos por sanar realmente a sus pacientes. Pero a veces se equivocan, especialmente en los pronósticos de futuro. Y si el Jefe me decía, como era el caso, que yo sí caminaría y que no me olvidara de realizar cada día ejercicios de rehabilitación, pues iba a hacerlo aún en contra del consejo médico.

Me jugaba demasiado por lo que, contra todo pronóstico, pasé los dos años siguientes sentado en mi silla de ruedas, pero cada día menos sentado. Concentré toda mi voluntad en mi recuperación en casa. El progreso fue desesperadamente lento, pero tenía una fe ciega en la curación y siempre tuve a Lídia a mi lado con quien compartía la oculta esperanza de volver a andar.

Los facultativos me habían advertido con meridiana claridad que, con ese tipo de lesiones, jamás volvería a andar por lo que podía ahorrarme todo ejercicio de rehabilitación. No vale la pena que sufras puesto que vas a quedarte toda la vida en un silla de ruedas, me decían.

Pero en mi interior resonaba la voz del Jefe igual de contundente: Antonio sigue adelante, has de someterte a la recuperación. Evita a toda costa la atrofia muscular y verás como un día los médicos te dirán que vuelvas a andar. Cómo me animaban esas palabras, reforzaban mi espíritu con tal vigor que me entregué en cuerpo y alma a realizar mis ejercicios cada día durante horas. Algunos días

practicaba hasta doce horas porque sabía que valía la pena, que me esperaba un futuro mejor... si yo me lo ganaba. Confiaba en la voz del Jefe mil veces más que en la de los médicos.

Tardó dos años, pero por fin llego el día tan esperado. En una de las revisiones médicas el Dr. J.R. me dijo: mira chico lo tuyo es un milagro. A partir de hoy vendrán otros médicos a observarte, no lo permitas ni respondas a sus llamados, mándamelos a mi y yo les contaré. Y ahora regresa a casa, ponte de pie y anda. No me preguntes cómo ni por qué, simplemente hazlo.

Llegué a casa, me dirigí a una sala grande semivacía que teníamos, puse la silla junto a la pared y, por primera vez en dos años, me enderecé sujetándome sólo en la pared. Me apoyé de espaldas en ella y llorando de emoción recordé las palabras del Jefe dos años antes. Había llegado el día que me habían augurado.

Pero aún tenía que atreverme a dar un paso hacia delante ¿Sería capaz? En ese momento noté la presencia de mi ángel ciclista. Recordé como él me había ido preparando, muy despacito y de manera progresiva. Si tantas veces montaba tras suyo llorando de fatiga sin jamás bajar de la bici por no defraudarle, ¿cómo voy ahora a defraudar al Jefe? Ah no, eso de ninguna manera. Y puse un pie delante, basculé el peso de mi cuerpo hacia él, solté la mano de la pared en que me apoyaba sin muletas ni bastón. O mejor dicho con el bastón inquebrantable de mi fe que era la que me estaba sujetando en ese momento, uno de los más felices de mi vida.

La anécdota divertida de la jornada fue que empecé a pasear por casa, justo delante de la cocina donde mi madre andaba atareada en sus labores culinarias. Queda mucho para comer le iba preguntando andando por delante suyo y ella respondía, despreocupada sin darse ni cuenta de «mi milagro». Por fin me pregunta ella, por cierto qué te ha dicho

hoy el médico. Que ya puedo andar y... mira mamá! ¿No lo ves? ¡Estoy andando! Sí ya veo, respondió sin inmutarse

No debo culparla por ese desinterés, pues lo mismo les sucedió a familiares, vecinos y amigos. A todos les costó más asimilar que yo ya andaba que a mi andar. ¿Fue realmente un milagro? Mi opinión es que sí, un milagro que me endureció mucho en la vida. No tengo la menor duda de que el Jefe me puso delante todas esas penalidades que tanto dolor me causaron para que yo me hiciera más fuerte y desarrollara nuevas facultades.

La minusvalía nunca pudo con mi ánimo ni tampoco con mis ganas de trabajar. Mis miserias infantiles me han dado un insaciable espíritu de trabajo y siempre he tenido claro que la inactividad es la peor de las enfermedades. Me siento orgulloso de pertenecer a la clase trabajadora y nunca olvido lo que eso significa: trabajar. En lo que sea, pero trabajar.

Así que en mi larga convalecencia en silla de ruedas, practiqué las faenas más insólitas con tal de poderlas realizar en casa y que fueran remuneradas. Primero trabajé cosiendo pañuelos, artesanía que ya conocía de mi anterior convalecencia. Luego en el cosido de piezas de piel de conejo. Eso me duró unos meses. No iba a hacerme rico, pero saldríamos adelante.

CAPÍTULO 22

El curro

Ganarme la vida me ha obsesionado. Cual Vivien Leigh en *Lo que el viento se llevó,* yo también prometí que nunca mas volvería a pasar hambre. Y tras el accidente de moto se abrió un período de trabajos continuados. Durante ocho años fui viajante, concretamente comercial de artículos de cosmética.

Como mis facultades espirituales no me servían para nada, más bien me incomodaban, decidí zambullirme en el mundo terrenal. Quería casarme, quería dinero y los espíritus no iban a dármelo así que cerré la puerta a toda experiencia espiritual, un mundo al que no le debía nada, y me convertí en un viajante. Durante los siguientes ocho años estuve yendo de aquí para allá en mi coche, siempre cargado con pesadas maletas de muestras y productos de belleza. Me gusta conducir y me encanta el trato humano, así que enseguida disfruté de mi nueva actividad. Por lo general cubría las rutas comerciales de Catalunya. Pero aprendí rápido, ensanché mi ámbito de ventas y no era raro que mis proyectos me llevaran también a los principales aeropuertos de la península.

Primero vendí bolsos de piel. Fueron tres meses de conducir horas y horas por la costa catalana y muchas noches durmiendo en el coche. Después fui viajante de colonias Chupetín de Pervisa, la multinacional de Prenatal. Me gustaba vender productos que anunciaban en televisión y recordaba a mis clientes con alegría la canción del spot: Los niños no vienen de París, Chupetín lo sabe. Más adelante fiché por Briseis y vendí por toda Cataluña colonias Verónica y desodorante Tulipán Negro hasta que firmé como representante de jabones Magnum La Toja, «el único que hace espuma con agua de mar», decía el anuncio.

Pese a nuestra pésima relación, por esa época vivía aún con mi madre. Pero al casarme y comprarnos un piso, ella suplicó que no la abandonara. Cosa extraña pues hasta entonces siempre me había dicho lo contrario: que ganas tengo de que te vayas ya de casa. Cometí el error de apiadarme y Lídia y yo fuimos a vivir con ella. Duramos año y medio. La convivencia era insostenible y el día que me gritó «¡ojalá te hubieras muerto en aquel accidente!», Lídia y yo hicimos las maletas, marchamos para siempre y rompí definitivamente con mi madre y su tóxica relación.

Cuando La Toja fue absorbida por Gillete (era la época del «y da un gustirrinín»), firmé nuevo contrato con la multinacional americana Procter & Gamble en la división de perfumería y distribuí Nacido de la Tierra, Activo y Suavizante Silkins. Fueron años de hiperactividad desenfrenada. Me defendía bien en la venta comercial y terminé abriendo rutas de nuevos clientes en toda España, volando incluso a Madrid, Málaga y otras capitales españolas.

Hasta que Lídia se cansó de no tener marido en casa y me dijo basta Antonio, estoy cansada de que siempre estés fuera, hasta aquí hemos llegado. Me ofreció trabajar en la Floristería lo que para mi, espíritu libre acostumbrado a volar a mi aire, representaba un suplicio, pero accedí. Nada me apetecía menos que estar todo el día tras un mostrador, pero no tuve más remedio.

En poco tiempo me adapté al trabajo o, mejor dicho, adapté el trabajo a mi carácter inquieto. Llevaba poco tratando con plantas, injertos, tierras, abonos y macetas, cuando una clienta me pidió ir a su casa a podar un geranio que parecía enfermo. Con tal de salir de aquellas cuatro paredes y notar el aire en la cara, aceptaba lo que fuera. Me faltó tiempo para visitar a la pobre mujer y logré dar con el remedio para el geranio, que en pocos días recuperó fuerza y salud.

A partir de ahí comencé a ser yo mismo quien ofrecía a los clientes un nuevo servicio de jardinería a domicilio para cuidar sus plantas e incluso jardines enteros. En cuanto prosperó ese nuevo servicio, compramos una furgoneta, le estampamos un precioso rótulo de Floristería Escuer y aceptaba cualquier encargo con tal de conducir un rato y sentir la luz del sol en mi piel. Me desplazaba a jardines públicos y privados, creaba y montaba jardines, con su sistema de riego, iluminación y

parterres. El negocio iba viento en popa, tuvimos nuestro primer hijo y mis suegros estaban contentos conmigo.

Me gustaba sentir la tierra en mis manos, trabajaba con seres vivos y descubrí que, ciertamente, las plantas responden a estímulos humanos como el cariño. Experimenté con ellas y llegué a la conclusión de que cuanto se dice en ambientes alternativos es cierto: las plantas tienen sentimientos y un geranio al que saludas cada mañana con amor crece mejor que otro al que ni le diriges la palabra.

CAPÍTULO 23

El fantasma de la curva

Pero por más que me engañara, por más que me cegara con la vida terrenal, mi interior no dejaba de recodarme que yo era diferente. Fue en mi época de jardinero, y contra mi voluntad, que aprendí una lección importantísima para mi futuro profesional: yo podía ayudar a los muertos. Lo hice sin querer y lloré de emoción.

Son ya legendarios el chico de la curva y los famosos Road Ghost americanos. Todos los países occidentales, cada región, cada carretera, cada pueblo aislado que se precie, tiene su conductor que una noche de niebla se ve obligado de repente a dar un volantazo brusco para no atropellar a un fantasma, a menudo sangrando y accidentado, que aparece de la nada en medio del asfalto. Pues bien, yo también dispongo en mi currículum fantasmagórico de mi particular chico de la curva.

Ni era de noche ni había niebla. Lucía el sol y mi compañero y yo habíamos trabajado todo el día en el jardín de una casa señorial en Esparraguera. Regresando a casa por la autovía, vi en el arcén un motorista malherido, con cazadora roja y casco, gesticulando muy enfadado.

Lo vi solo unos segundos, en dos o tres flashes. Suficiente para comprender que se trataba de una entidad espiritual, por lo que seguí mi ruta sin prestarle atención. No me sirvió de nada, él sí me vio y lo que es peor, vio que yo le había mirado. Se me cuela dentro de la furgoneta y empieza a chillar, hecho un basilisco, justo detrás de mi asiento. Me explica todo el accidente, todo eran insultos contra aquel loco del Citroën AX que se me ha echado encima, que si me ha patinado la rueda, que si ya veremos si me lo pagará el seguro, que si... Todo a gritos junto a mi oído.

Mi compañero no se enteraba de nada, claro. Yo seguí conduciendo en silencio y procuré mantener la calma, como suelo en estos casos. Pero no pude ignorarle por mucho tiempo, al final tuve que responderle telepáticamente. Intentaré ayudarte, le dije, tranquilo, no pasará nada, solo tienes que volver donde está la moto, vendrán a buscarte y te acompañarán arriba. Pero aquel chico estaba desquiciado, no atendía a razones. Al llegar al peaje de Martorell me dijo bueno adiós y desapareció.

A los quince días, en la misma carretera y en el mismo lugar, el chico volvió a montarse a mi furgoneta. Y otro vez la misma canción, venga a gritarme al oído. Intenté calmarle y hacerle entender de buenas maneras que él estaba muerto y que lo vendrían a buscar unos ángeles... pero él iba a su rollo y pasaba de mí olímpicamente. La semana siguiente se repitió la misma escena por tercera vez. Se me subió de nuevo a la furgoneta y, la verdad, lo que sucedió a continuación fue muy bonito. Por fin me entendió.

Supongo que era su momento. A los pocos minutos me dice pero... vamos a ver ¿así yo estoy muerto? Le digo sí, pero no vas al cielo porque te mueves demasiado, no estás donde te toca estar. Tu has de permanecer en aquella curva, junto a la moto que es donde te vendrán a buscar. Solo te tienes que tranquilizar un poco y cuando te relajes vendrán a recogerte, subirás hacia arriba y en aquel momento te

pasarán todos los males, físicos y mentales. Porque el chico se quejaba de dolores en todo el cuerpo.

Lo entendió, me dio las gracias y no le he vuelto a ver nunca más. Este caso me produjo una gran satisfacción. Aquel día comprendí que yo podía ayudar, no solo a la gente de aquí, sino también a la gente de allá. Quise creer que la multa que me perdonó el guardia unos kilómetros más allá por no llevar el cinturón fue por su intercesión.

Pero esa no fue la única vinculación de la jardinería con el mundo de los muertos. A menudo nos encargaban coronas de flores para el entierro de algún cliente fallecido y por supuesto era yo, el repartidor, quien debía llevar esas flores al tanatorio. Me gustaba ese tipo de encargos porque en aquel templo de los muertos podía suceder cualquier cosa como, de hecho, sucedía a menudo.

Al entrar en la capilla mortuoria veía a menudo el hombre o mujer fallecido de pie mirando consternado su propio cuerpo en el ataúd. Aunque menos frecuente, no era raro encontrarles también en la ceremonia de su propio funeral. Eso me dio a entender, como confirmaría años más tarde, que los muertos suelen quedarse entre nosotros algunos días.

Tomar conciencia de la propia muerte no es fácil. ¿Acaso nosotros somos conscientes de que dormimos cuando dormimos? Pues es algo parecido. Normalmente, transcurridos unos pocos días, vemos esa luz, comprendemos nuestro nuevo estado y la seguimos hasta allí arriba, al plano donde nos corresponde. Pero no siempre, eso solo «normalmente». Otras veces, si no hay suerte, permanecemos aquí meses, años o peor aún, décadas.

CAPÍTULO 24

Mi primera premonición activa

Fue también en esa época, trabajando yo de jardinero, cuando tuve una premonición diferente a las anteriores. Por primera vez en mi vida, actué de acuerdo con las órdenes que el Jefe me enviaba directamente a la cabeza. Me enfrenté a personas queridas y les llevé la contraria incluso con mala educación. Pero al final mi premonición resultó cierta y el resultado fue el feliz reencuentro entre dos ancianos que les alargó la vida.

Todo empezó cuando mi suegra, llorando desconsoladamente, me pidió acompañarla a ella y a sus familiares en coche para visitar a su hermano José al hospital aquejado de una repentina dolencia cardíaca. El pobre hombre intubado hasta las cejas y conectado a toda esa parafernalia de maquinaria que tienen en las UCIs, se encontraba en las últimas. Mi sorpresa fue cuando sus familiares, a través del cristal, le mentían una y otra vez sobre el buen estado de su esposa que, a su vez, sufría calladamente un cáncer en su domicilio. Ella está bien, le repetían, venimos de verla, nos ha hecho un café, hemos charlado y hemos visto la tele, comentaban con buen humor.

En ese instante, una voz poderosa resonó en mi interior y yo, sin la menor confianza con ellos para hacer tal cosa, me escuché a mi mismo llevándoles la contraria. No les crea José, es todo mentira, solté de manera desvergonzada ante el asombro de los demás, su esposa está muy enferma y muy grave, pero está deseando verle y ellos no se lo permiten. El pobre hombre abrió los ojos como platos y, con un hilo de voz ordenó con la poca fuerza que le quedaba, que le trajeran inmediatamente a su mujer. Salimos del hospital, los familiares de mi suegra me regañaron lógicamente por mi irrespetuosa conducta. Pero me seguían necesitando como chófer y les conduje de regreso hasta la casa donde se repitió la misma situación.

Hemos estado con José, le dijeron a ella, y se encuentra maravillosamente, pronto se pondrá bien y... ¡No! corté yo otra vez envalentonado por una fuerza interior que ni sabía de donde salía. Ramona, le dije, José está muy enfermo, casi agonizando, pero sobre todo está deseando verla a usted, tiene que ir a visitarle. Ahí ya las regañinas fueron mayúsculas, pero ni yo mismo podía defender mi postura puesto que yo mismo era el primer sorprendido de mi propio arrojo, tan descortés con mi familia política. No tenía ni idea de por qué estaba haciendo eso y menos con unas personas con las que apenas tenía relación.

Esa misma noche, el hijo de ellos, se presentó en mi casa. Me dijo que a pesar del mal estado de su madre, quizás valdría la pena probar una visita de ella a él en el hospital y que tuviera el coche a punto para el día siguiente a primera hora. La mujer lo estaba suplicando y ellos no tenían valor para negárselo.

Al día siguiente volví a hacer de chófer con la pobre señora en muy malas condiciones, pero haciendo de tripas corazón para soportar un viaje breve, pero para ella agotador. Ya en el hospital la alegría de ambos al poder volver a verse fue extraordinaria. Al verla, él se arrancó los tubos, salió disparado de la cama con una sonrisa nueva y una mirada llena de esperanza. Ella, sacando fuerzas de donde no las tenía, aguantó estoicamente una hora de pie, cosa hasta entonces inimaginable. Hablaron, rieron, lloraron, se miraron a los ojos y se tocaron cuanto pudieron.

En vista del éxito, las visitas se sucedieron a diario y la recuperación de ambos fue progresiva y tan milagrosa que los mismos médicos que ya habían desahuciado a José, le dieron el alta las pocas semanas. Regresó a casa y la feliz pareja vivió todavía en feliz harmonía unos pocos años más. Se habían dado fuerza mutuamente.

Esa fue la primera premonición, por llamarla así, que me impulsaba a actuar, a tomar cartas en el asunto en la vida de los demás. Por mi parte, yo aprendí que a la voz interior hay que hacerle caso siempre. Jamás se equivoca y, por

extrañas que puedan parecer sus órdenes, siempre van destinadas a un buen fin. Había intervenido contra el orden establecido, había actuado y había ganado. Es decir, había ayudado a los demás... y me había gustado.

CAPÍTULO 25

Salir del armario

He utilizado en varias ocasiones la expresión salir del armario en referencia a los treinta años largos en que estuve reprimiendo mis facultades. Y me parece muy acertada. Yo no quería saber nada de esas facultades porque me aislaban del mundo, pero tampoco podía reprimirlas. No me asustaba ver entidades espirituales por la calle, en el trabajo o en casa, pero me incomodaba porque no sabía como valorar esas visiones.

De pequeño creía que a todo el mundo le pasaba como a mi. De mayor me costó mucho tiempo asumir que la gente normal no va por el mundo viendo fantasmas y que, por consiguiente, yo era un bicho raro. Y no me apetecía nada ser un bicho raro. Mi máxima aspiración era ser normal.

Pero con la madurez llega ese punto de lucidez, conciencia y aceptación de uno mismo, no te puedes seguir engañando. Ahí estaba yo con mis videncias, mis vivencias, mis transfiguraciones… un mundo interior oscuro que no dejaba de crecer. Hasta que un día, con toda serenidad, decidí agarrar por los cuernos al toro de mi vida y quise saber, saberlo todo sobre mi, descubrir quien era yo.

Así llegué, yo que no he leído mas que un libro en toda mi vida, a la conclusión de que debía encontrar el libro adecuado que arrojara un poco de luz sobre mi propia existencia. Siempre he pensado, quizás por ignorancia, que los libros encierran una sabiduría que no existe en radio, televisión ni mucho menos en revistas esotéricas.

Y en ésas andaba, cuando desayunando en un bar y hojeando Diari de Sabadell, vi la siguiente noticia: «La

exorcista sabadellense M. Àngels publica *Mis vivencias sobre posesión*, libro en el que relata sus experiencias sobre el mundo espiritual…» Mis ojos quedaron clavados en esa gacetilla y por algún motivo pensé que esa mujer sabía algo que yo necesitaba y que sería ella quien iba a recomendarme el ansiado libro que iba a iluminar la faceta más oscura de mi personalidad.

Como supe más tarde, aquella nota que iba a cambiar mi vida de arriba a abajo, estaba redactada por el periodista de Diari de Sabadell, Víctor Colomer, con quien muchos años después íbamos a tener una larga relación profesional y de amistad.

Llamé a la redacción del diario y me informaron que en la misma Avenida Barberà, casualmente muy cerca de donde yo vivía, funcionaba desde hacía un año el llamado Centre d'Ajuda Psicològica i Espiritual Àngels, dirigido por la autora del libro. Se evitaba la palabra exorcismo pues en aquellos primeros años 90 el término exorcista todavía asustaba y daba una imagen poco seria. Aunque muy anterior, la terrorífica película *El Exorcista*, que tanto daño ha hecho a la causa, tenía buena culpa de ello. Personalmente soy mucho más partidario de la simpática película *Ghost*.

Si realmente quería salir del armario, aceptarme a mi mismo e incluso ser capaz de mostrarme a los demás tal como era, debía armarme de valor y pedirle cita a la tal M. Àngels para que me recomendara el libro de mi vida.

CAPÍTULO 26

Mi padre no es mi padre. Es un impostor

Yo entonces no me fiaba de nadie y menos aún en estos temas. Pero fui, llamé el timbre, me abrió la propia M. Àngels y le dije que me recomendara un libro. Ella dijo que de acuerdo, pero que antes me quería mirar espiritualmente. Más adelante aprendí ese lenguaje, pero entonces yo no comprendía qué significaba «mirar espiritualmente». Es sencillo, se trata de detectar si aquella persona va «acompañada» por alguna entidad espiritual, es decir, si está poseída. Hay varias técnicas para averiguarlo. La de M. Àngels era tomar a la persona de las manos, concentrarse y notar vibraciones. Yo con el tiempo desarrollé otra técnica completamente diferente que explicaré más adelante.

Respondí a M. Àngels que yo no estaba dispuesto a que nadie me mirase nada y que solo quería que me recomendase un libro. Y ella que sí y yo que no y venga a marear la perdiz. Empezaba a comprender que M. Àngels no solo era una mujer muy seria y muy habladora, sino también muy tozuda. Nunca se le puede llevar la contraria. Se puso tan pesada que, con tal de que al final me recomendara un libro, dije bueno pues vale, mírame espiritualmente.

Me cogió ambas manos y me dijo solemnemente que me acompañaba una entidad.

Eso ya lo sé, respondí. Es mi padre y ni se te ocurra tocármelo. Gracias a él, que me ha protegido desde la niñez, no he muerto en todos los accidentes que he tenido en mi vida. Quiero conservarlo conmigo y ahora que ya me has mirado quiero que me recomiendes un libro.

No me hizo ni caso, ella es así, muy suya. Me soltó un discurso larguísimo sobre mi padre y la necesidad de que él siguiera su camino. Tú por egoísmo no puedes

retener a tu padre contigo, me espetó para avergonzarme. Debes permitirle que vuele a un plano superior. Si tu quieres, yo puedo extraerlo de tu interior y entregarlo a los seres superiores que se encargarán de su alma y le mostrarán un nuevo camino de luz…

…y blá-blá-blá y venga charla y tan pesada se puso que le dije que vale, que me sacara a mi padre de encima si luego me aconsejaba un buen libro para entender estas cosas. No creía en absoluto que pudiera hacerlo, pero ahí fue ella quien me llamó pesado a mi con mi dichoso libro. La verdad es que yo, cuando me pongo, soy también bastante cabezón. La situación se estaba poniendo bastante tensa. ¿Cómo iba yo suponer que esa mujer iba a ser mi compañera profesional en los próximos 25 años?

Practicó todo su ritual tal como ella lo hacía en aquellos primeros años, normalmente con la ayuda de una chica que tanto podía colaborar presencialmente como por teléfono desde la distancia. M. Àngels siempre fue consciente de que para este trabajo necesitaba un ayudante y por ahí entré yo en su vida.

Su puesta en escena era muy espectacular. Seguidora de la tradición de otro exorcista sabadellense ya fallecido, heredero a su vez de los espiritistas de la República, el popular Jordi, en sus ceremonias todo eran invocaciones a gritos, gesticulación ampulosa, complicados movimientos de manos, amenazas a los demonios y mucha plegaria a Cristo Nuestro Señor y Todos los Angeles del Cielo. «¡Yo te conjuro en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!, clamaba M. Àngels , ¡Te invoco a que salgas de este hermano, yo te arranco de él, te ato con esta cuerda de luz y te entrego a los ángeles!».

No dije nada, por supuesto, pero yo con mi videncia percibía todo cuanto allí ocurría en los planos invisibles y enseguida me percaté de que ella no veía nada. Usaba solamente el sentido de la vibración. Por lo tanto, lo que menos podía imaginar es que, con todo aquel

teatro grandilocuente, pudiera suceder algo real. Pero M. Àngels conocía bien su trabajo, de eso no cabía duda.

¡Y vaya si sucedió!

Lo primero que sentí fue un dolor muy intenso en el pecho, como si me clavaran un palo lentamente, removiendo y rasgando las vísceras de mi interior. Llevaba tantos años con mi padre ahí dentro que lo tenía bien incrustado y extraerlo no iba a resultar cosa fácil. Luego el movimiento se invirtió, no entraba algo sino que salía. Sentí cómo si me arrancaran una inmensa ancla de barco del interior de mi pecho. Y eso aún dolió más.

A medida que esa entidad espiritual iba emergiendo de mi cuerpo, yo le iba viendo diferentes rostros, todos diabólicos, de muy mala persona. Ese espíritu espantoso, mi supuesto padre, no paraba de insultarme y dirigirme a gritos todo tipo de improperios y amenazas aterradoras. Comprendí de inmediato que él no era mi padre, que me había tenido engañado durante más de treinta años y que el causante de toda mi mala suerte en la vida había sido siempre aquella entidad tan maligna, un auténtico farsante.

Admitir un engaño incubado tanto tiempo fue muy duro para mi. Lejos de protegerme, ahora entendía que la inmensa mala suerte de mi vida me la había provocado precisamente ese impostor a quien yo le había dado cobijo en plena consciencia y en quien había confiado ciegamente, más incluso que en el Jefe, en no pocos períodos de mi existencia.

Fue muy duro, pero también una lección más en mi evolución. A partir de ahí no volví a confiar jamás en ninguna otra entidad espiritual, ni jamás ninguna ha vuelto a engañarme.

Como veremos más adelante, multitud de entidades se me han presentado en las formas más atractivas con tal de seducirme o asustarme y hacerme renunciar a mi

objetivo. Jamás las creí, nunca más volvieron a engañarme. Suelo decir en broma que aunque se me aparezca el mismo Jesucristo, lo primero que haré con él será cazarlo. No hay riesgo pues, si realmente se trata del mismo Jesucristo, cosa difícil, tampoco podré cazarlo en modo alguno y no obtendré mas que una humillante carcajada por su parte. Pero me he convertido en cazador, ése es mi oficio y simplemente cazo todo lo que se me pone por delante, guapo o feo, cándido o violento. Como John Wayne, primero disparo y después pregunto.

Ya desconfiaba de todo antes, pero después de aquel desengaño, mis recelos y sospechas aún se incrementaron.

Al final mi falso padre se desmoronó y cuando ya se vio totalmente arrancado de mi cuerpo, un metro por encima de mi cabeza, me sometió a una nueva tortura. Adoptó nuevamente un rostro idéntico al de mi padre, se echó a llorar y en un mar de lágrimas me suplicó: por favor, no me dejes marchar así, hijo mío, como puedes permitir que me hagan esto. Con todo lo que yo he hecho por ti en la vida y ahora me echas sin compasión, me destierras para siempre. ¡Por favor Antonio, yo soy tu padre!

M. Àngels lo apresó con sus cuerdas invisibles y, efectivamente, unos seres de luz bajaron a por él y lo condujeron arriba para siempre. Nunca más le he vuelto a ver, oír ni sentir, pero aquel incidente cambió radicalmente mi vida en lo material, en lo espiritual y hasta en lo profesional. Ya lo creo que salí del armario, me convertí en todo un cazador que, durante los siguientes 25 años, iba a tener demasiado éxito.

2ª Parte

EL CAZADOR

CAPITULO 27

La Jefa

No fue fácil empezar a trabajar con María Àngels. Tras la dolorosa experiencia con mi falso padre, yo me seguí mostrando indiferente hacia ella. Pero ella vio algo en mí, me dijo que necesitaba un ayudante, alguien con videncia que confirmara sus labores de extracción de entidades espirituales y que contaba conmigo. Quería que yo trabajase con ella y me dijo que me esperaba el próximo lunes a las 9,30h de la mañana. Era más una orden que una oferta de trabajo. Por naturaleza, cuando una persona se muestra arrogante, yo me bato en retirada de buen principio, nunca entro al trapo, rehúyo siempre la batalla. María Àngels es de ésas, directa y mandona, por lo que yo me negué a considerar siquiera su supuesta oferta.

Le respondí que por favor, que un respeto, que yo tenía trabajo fijo de jardinero, que trabajábamos mucho, que no tenía ningunas ganas, ni menos necesidad, de cambiar de trabajo y que estaba muy contento con mi vida. Que yo solo quería un libro. ¡Ah! Y que, por si acaso ella se había imaginado que yo tenía facultades, que se lo sacara de la cabeza porque yo de facultad no tenía ninguna. Y además, añadí, soy incapaz de engañar a nadie o sea que si no veo nada, no puedo decir a la gente que veo algo.

No me hizo ni caso e insistió en que me esperaba el lunes a las 9’30h. Yo por mi parte insistí también en que hiciera el favor de recomendarme un

libro que es a lo único que había ido allí. La tensión fue creciendo y ella que qué pesado con el libro y me dio uno de los suyos que tenía por ahí en cajas. Toma, ya tienes tu libro, ¿estás contento? Se puso seria y mirándome a los ojos y alzándome el índice amenazadoramente, me soltó un discurso fenomenal, contundente y no desprovisto de razón, que procedo a resumir en cuatro líneas:

Mira Antonio, tú tienes facultades, pero las tienes en bruto. Si vienes a trabajar conmigo las desarrollarás y será bueno para mí, bueno para ti y bueno para la gente. Ayudar a los demás es lo más bonito que hay en la vida. Vienen aquí muy enfermos y salen sanados, felices y muy agradecidos. Si es voluntad de Dios, el lunes estarás aquí a las 9'30h. Y ahora adiós… ¡y no te dejes el libro!

Salí de allí con un libro bajo el brazo, pero totalmente desconcertado. Intuía que esa mujer me abría las puertas a un nuevo mundo que podría darme la información que más deseaba: quién era yo.

Sí, era cierto, trabajando con ella podría ayudar a los demás y encima aprenderlo todo sobre los diversos planos de existencia que yo me había negado durante tantos años y que en conciencia no podía seguir negando. Una vez más desconfiaba de todo: de ella, de su trabajo y hasta de mí mismo.

Decidí buscar excusas y me pasé el fin de semana hablando con mis amigos más escépticos, esos que niegan a los fantasmas y se burlan de lo paranormal. Solo a ésos fui a pedirles consejo porque, como es sabido, cuando pedimos consejo, en realidad estamos deseando la respuesta que nos interesa e ignoramos todas las demás. Queremos que nos digan lo que queremos oír.

Yo buscaba un unánime no, y encontré un unánime sí. A todo el que consultaba sobre mi extraña oferta de trabajo, por más agnósticos que fueran, todos me recomendaron que aceptara. Y cuantos más agnósticos, más insistían en que debía considerar tan interesante oferta. Realmente, los caminos del Señor son inescrutables.

Ahí empecé a sospechar de los incrédulos y a elaborar mi particular teoría: Todo dios cree. Cuando hablas en serio con alguien, hasta el más escéptico te reconoce una pequeña experiencia espiritual vivida por él mismo o por algún amigo o familiar. Todo dios cree. Todo el mundo sabe que mi mundo, supuestamente oculto, misterioso y hasta terrorífico, es un mundo real. Lo niegan, pero todo dios cree. Iba a comprobarlo ampliamente en los siguientes 25 años de mi vida.

Pero en aquel momento no quería ni escucharles. Tan obcecado estaba yo con el tema, asustado quizás, que de repente fue el Jefe quién dio un puñetazo sobre la mesa y una sola palabra resonó enérgicamente en mi cerebro: ¡Acepta! El lunes a las 9'30h en punto entraba yo por aquella puerta.

CAPÍTULO 28

Mi trabajo natural

Volvió a abrirme la propia María Àngels quien no mostró la menor sorpresa. Me saludó con un indiferente ah eres tu, te estaba esperando. Me invitó a pasar a su consulta, me señaló la silla del rincón más oscuro, llamó a su primera paciente y me dijo, tu siéntate aquí y trabaja.

Me enfadé claro, le dije que si estaba loca, que yo solo había ido a hablar sobre el tipo de trabajo que me asignaría, que iba a aprender y que esperaba que

ella me enseñara. Tu ya estás enseñado, respondió, y lo que te falta yo no te lo puedo dar porque hacemos trabajos diferentes. Siéntate aquí y ayúdame con la primera clienta. Me senté, vi a la señora y vi que efectivamente la acompañaba una entidad espiritual. Pero le dije a María Àngels que no veía nada. Me negaba a ser «el vidente» oficial de la señorita.

Me sorprendió mucho comprobar lo fácil que era, la verdad es que estaba chupado. Nunca habría podido imaginar que lo que a mi me ocurría a diario pudiera ser un trabajo y que, encima, pudiera liberar a las personas de tan extravagantes dolores del cuerpo y del alma. Era como si lo hubiera hecho toda la vida, pero no en este plano, sino antes de nacer, en los anteriores planos de energía que existen allá arriba. Y repito que no estoy hablando de reencarnación. Yo no creo en la reencarnación, pero ciertamente sentía que yo estaba muy habituado a hacer aquello, sentía que era mi trabajo natural y que era, justamente, lo que había hecho toda la vida.

Entró otra señora con su marido fallecido a cuestas. Y a María Àngels no se le ocurre nada mejor que presentarme como su vidente. Ahí ya no pude más. Aquello me sentó como un tiro. ¡Qué rabia me dio! En cuanto nos quedamos a solas le dije, escucha María Àngels , haz el favor de no presentarme nunca más como tu vidente, máximo ayudante. Como siempre no me hizo ni caso, quién era yo para darle órdenes a ella.

Fueron pasando pacientes y en todos veía algo, todas las variantes desde una entidad espiritual perfectamente antropomorfa detrás o a un lado de la persona o pegada a ella por un parte de su cuerpo, hasta una mancha borrosa de energía que también merodeaba a la persona. Pero no me gustaba que me llamaran vidente, nunca me ha gustado, así que continué diciendo a M. Àngels que no veía nada.

Estuvimos allí toda la mañana y toda la tarde. Me molestó que no hubiera un descanso para desayunar, detalle poco importante para M. Àngels , pero sagrado para mi exigente estómago, además de una buena excusa para descansar. Ese fue otro detalle que no me gustó y que por más que se lo planteé durante años, ella nunca consiguió valorar en su justa medida. Quizás por eso aquel primer día, ante las preguntas de M. Àngels, yo insistía una y otra vez en que no veía nada

Al final de la jornada me levanté de la silla a la que me había tenido sujeto toda la mañana sin comer ni un triste tentempié y le dije, bueno mira, lo he intentado y no ha salido bien. ¿Vendrás el jueves?, me pregunta. No lo sé, respondí. Tranquilo hombre, es normal que el primer día estés un poco nervioso, ya te irás acostumbrando con el tiempo. Te espero el jueves.

Seguí yendo cada lunes y jueves. Un día simulé que me parecía que empezaba a ver algo, otro día algo más... Y ella me preguntaba si estaba a la derecha del paciente o a la izquierda. Yo, solo por probarla, la engañaba expresamente y le decía el lado equivocado. Entonces me di cuenta que ella no veía, pero sí sentía. Ya lo creo que sentía. Nunca conseguí engañarla. Ella me estaba probando a mi, igual que yo la estaba probando a ella. Nos tanteábamos el uno al otro porque la desconfianza era mutua.

Teníamos sistemas diferentes. Como he dicho anteriormente, ella no veía, pero tomando a la persona de las manos sentía el ser que la acompañaba, notaba su vibración e incluso era capaz de situarlo a izquierda o derecha del paciente. Yo, a diferencia de ella, no necesito tocar porque veo, por eso ubico más exactamente a la entidad y puedo valorar mejor su poder energético.

Con el tiempo fui comprendiendo que a mí solo me quería para confirmar lo que ella ya estaba sintiendo tomando las manos del paciente entre las suyas. Y luego, y aún más importante, me necesitaba también para asegurarse que la entidad había marchado al cielo definitivamente.

Los exorcismos fallidos no son habituales y aunque la entidad pueda alejarse de la persona a una distancia prudente, cabe la posibilidad de que vuelva a apegarse a ella si no ha sido enviada correctamente a los planos superiores. Para eso me necesitaba María Àngels. Yo veía si los ángeles de luz descendían realmente a nuestra consulta y se llevaban realmente a ese espíritu. Es decir confirmaba que nuestro trabajo estaba bien hecho y podíamos cerrar el caso con absoluta profesionalidad.

Durante un tiempo estuve alternando la jardinería con mi nuevo trabajo. Cumplí con todos los encargos que tenía pendientes, pero lentamente fui abandonando abonos, tierras, plantas y parterres. Cerramos el servicio a domicilio, Lídia se quedó solo con la floristería y yo la ayudaba en los días clave del año como Sant Jordi o San Valentín.

Así es como, poco a poco, M. Àngels y yo nos fuimos cogiendo confianza y acabamos formando un buen equipo. De hecho un equipo formidable que trabajó ininterrumpidamente durante 25 años en toda España y parte del extranjero tratando un mínimo de 60.000 personas y llamando poderosamente la atención de los medios de comunicación durante unos años, hasta que nos cansamos de ellos por su falta de seriedad.

Éramos una empresa legalmente constituida y aprobada por la Generalitat correspondiente al sector de la «Asistencia Social» que gestioné yo mismo. Pero mi

principal motivación era ayudar a los demás y eso es lo que realmente me llenaba.

A los medios les atendía ella en exclusiva. Pero con el tiempo, y a medida que yo perfeccionaba mi técnica y me iba convirtiendo en mucho más que un mero ayudante, ella fue abriendo poco a poco la mano de su generosidad mediática. En su cuarto libro, hizo una leve referencia a mi persona y en el quinto, *Eternidad*, más escrito por mí que por ella y publicado en el año 2000, hay 27 páginas sobre este humilde narrador con fotografía y todo.

Y es que llegó un punto en que la jefa no pudo ignorar por más tiempo que yo formaba parte intrínseca del Centre Espiritual d'Ajuda Psicològica i Espiritual Àngels. Los pacientes agradecían la sensibilidad, calor humano y empatía con que les tratábamos. Conmigo los días de visita pasaron de solo lunes y jueves a cada día de la semana y de pocas horas al día, a diez, doce o incluso más horas diarias. Conmigo la sala de espera se llenaba cada día, llegábamos a atender cincuenta o más personas diarias y los más madrugadores ya hacían cola en la calle a las 7 de la mañana. Sonará a inmodestia, a petulancia incluso, pero es un riesgo que asumo: el Centro se cerró en 2016 porque yo, por motivos de salud, tuve que abandonar la ayuda espiritual. Me iba la vida en ello.

CAPÍTULO 29

La técnica

Las primeras semanas supuse que el Jefe me había colocado en aquella tesitura para aplicar por fin todo el conocimiento adquirido en los años anteriores y hacer con él un bien a los demás. No me equivocaba, pero a ese razonamiento le faltaba un detalle. También estaba allí para seguir aprendiendo todavía más.

Durante los primeros meses, mi trabajo se limitaba a ver la entidad espiritual y a decir a María Àngels entre susurros donde se encontraba, con qué aspecto se presentaba, si sus intenciones eran o no amenazadoras, y qué fuerza tenía, es decir, si tendríamos que luchar con ella a brazo partido con todo nuestro arsenal espiritual o si, por el contrario, nos enfrentábamos a una entidad débil y aquello iba a ser coser y cantar.

Culminado el trabajo, yo debía dar fe de que los ángeles de luz, siempre dos, habían venido a por ella y se la habían llevado arriba con lo que nuestra labor se podía dar definitivamente por zanjada. Al principio ése era mi único cometido: ver y narrar.

Con los años, sin embargo, fui ampliando mis funciones. Y eso empezó con la correspondiente crisis. Es habitual retroceder o parar antes de dar un gran paso adelante. Antes hay que tocar fondo. Poco a poco empecé a perder videncia. Cada día veía menos, no podía cantarle a María Àngels cómo era el espíritu con el que íbamos a trabajar porque lo veía borroso o, directamente, no lo veía. Fui empeorando hasta que María Àngels, que lo detectó desde el primer día, me preguntó si estaba cansado. Me haces trabajar muy rápido, respondí. No me das tregua, no podemos tratar tantas personas en un solo día y a tanta velocidad. Por eso estoy perdiendo facultades.

La situación siguió empeorando hasta el extremo en que empecé a plantearme dejar la ayuda espiritual y regresar a la jardinería. Pero ahí es cuando apareció el Jefe, como siempre en los momentos clave de mi vida. No trabajes tanto con la videncia, me dijo con voz poderosa, empieza a utilizar el plexo solar como te enseñé en el lago. Lo probé y salió bien a la primera. A partir de ese día mi método cambió. «Veía» la mayoría de pacientes sin videncia, es decir, proyectaba el láser desde el plexo solar, barría con él el cuerpo del paciente y analizaba su energía. El nuevo método era mucho más seguro y María Àngels se alegró, pues no solo me recuperó, sino que incluso le permitió acelerar de nuevo y trabajar a la rapidez deseada.

Pronto aprendí a extraer yo mismo el espíritu del interior del paciente y, lo más sorprendente, «encarcelarlo» bajo llave en un lugar del que no podría escapar, mi propio cuerpo, hasta la llegada de los emisarios de luz.

Así era nuestro ritual: M. Àngels y yo nos sentábamos de lado, frente a la persona presuntamente poseída, sin ninguna mesa por medio. Ella en silla fija y yo en silla giratoria, para mí imprescindible para dirigir en todas direcciones el chorro energético de mi plexo. A partir de aquí seguíamos tres pasos.

El primero era ver con quién nos las teníamos. Simplemente cerraba los ojos y procuraba no buscar nada en mi interior… ni en ninguna parte. En ese estado ¡plas! aparecía algo y se abría una imagen en mi cerebro. Veía a la entidad espiritual como a cualquier persona de la calle: Cabeza, cuerpo, vestido, edad, aspecto. Si era una entidad vieja, con años o siglos en el inframundo, es que también era lista y muy negativa.

Se podía manifestar como mujer cuando en realidad era un hombre, en formas diabólicas, en un animal salvaje o en cualquier monstruo con tal de no

dejarse atrapar por mí. Todo con tal de asustarme porque esas entidades tan viejas me identifican inmediatamente como su enemigo y perciben el peligro que yo supongo para ellos. Yo sabía que ésos se iban a resistir porque los espíritus malignos nunca quieren abandonar este mundo nuestro que con tanto deleite habitan y manipulan.

El segundo paso consistía en calibrar su fuerza, es decir, medir su energía. Yo canalizaba la energía que me entraba por la coronilla hasta cualquiera de los chacras de mi cuerpo. Esa energía puedo proyectarla al exterior por las manos, por el cuello, por el estómago...
en total tenemos siete chacras, pero casi siempre utilizo el plexo solar que es con el que estoy más familiarizado y el que me funciona mejor.

Al rayo de energía que proyecto por el plexo solar yo le llamo el láser y es solo un poco más grueso que el de La Guerra de las Galaxias. Pues bien, el láser lo utilizaba para escanear lentamente al paciente de izquierda a derecha, algo parecido a esa línea luminosa de las fotocopiadoras que repasa el documento de un extremo al otro. El láser solo me sale recto por el pecho, no puedo darle una inclinación, debo girar mi cuerpo para orientarlo en otra dirección. Por este motivo necesito imperiosamente la silla giratoria, para mover lentamente mi tronco, ir desplazando el láser poco a poco sobre la persona y hacer así el barrido sobre su cuerpo. Sin silla giratoria me cansaría mucho más, me tendría que desdoblar y salir de mi cuerpo y eso es muy cansado. Lo he hecho más de una vez cuando ha sido necesario, pero es agotador. Tras muchas pruebas por el método ensayo-error, he llegado a la conclusión de que el láser es el método más fiable. Con el láser no hay errores.

Durante el barrido siempre había un momento que notaba un ¡clac!, era como un choque de dos

energías, como cuando se encuentran dos imanes y se atraen mutuamente. Ese clac lo podía detectar en la cabeza del paciente, en su pecho, en el hombro, en el estómago... Una vez lo había notado, retrocedía y volvía a pasar por el mismo lugar solo para asegurarme de que realmente ése era el punto, el punto exacto de su cuerpo en donde la entidad estaba absorbiendo energía a nuestro paciente.

Una vez detectado ese lugar, dejaba de ver la entidad, pero entonces ya no era necesario puesto que la estaba notando con toda claridad y sabía, además, cuánta energía estaba utilizando. Para mí esta operación era molesta y a veces incluso dolorosa porque notaba en mi cuerpo los males de la persona. Si a él le dolía la cabeza, el hombro o el estómago a mi me dolía la cabeza, el hombro o el estómago. Pero lo soportaba porque lo importante era conseguir que mi rayo de energía se fuera mezclando con su energía lentamente, como se mezcla lentamente la mayonesa. Cuando esa argamasa de ambas energías pacientemente elaborada era por fin uniforme, lo que suele ocurrir en pocos minutos, succionaba las dos hacia mí a través del láser, como un aspirador. Introducía en mi cuerpo las dos energías muy bien fusionadas y las retenía en mi interior como un bloque compacto.

Todo eso contra su voluntad pues ellos nunca quieren irse. Me reconocían enseguida como cazador, todos sabían muy bien que yo estaba ahí justamente para llevarles la contraria. Muchos se rebotaban conmigo y utilizaban todas sus armas y las estrategias más peculiares para deshacerse de mí. Querían venderme la moto y, como veremos más adelante, pretendían engañarme con las más excéntricas estrategias. La comunicación con ellos era siempre telepática, pero a veces los oía incluso por mis oídos. A

menudo insultaban y amenazaban, pero enseguida aprendí a no prestarles la menor atención. Estoy acostumbrado a ver y oír tantas falsas excusas que solo me concentraba en mi trabajo de cazador y lo hacía sin piedad, cual implacable caza-recompensas del Oeste.

A veces el combate era arduo y penoso. Hasta que no conseguía cazarlo y encarcelarlo, se me escapaba, lo volvía a apresar... Y cuanto más maligno era el ser, mayor su agresividad y más dolor podía provocarme. Como relataré más adelante, aunque normalmente solo hacían daño a mi cuerpo energético, algunos consiguieron herirme físicamente. Pero yo era cazador y nada de eso me asustaba. Mi trabajo consistía en cazar como fuera estos seres, sujetarlos bien, encadenarlos para que no se escaparan y meterlos en la prisión mejor custodiada que era mi propio cuerpo, la única de la que nunca podrían evadirse.

En ocasiones, si el caso era serio, tiraba de videncia, láser y desdoblamiento al mismo tiempo. Ese cóctel de tres técnicas era lo más eficaz, lo más rápido y lo menos peligroso para mí. Pero tenía dos problemas. El primero es que era un método tan poderoso que a veces mi energía traspasaba la pared y cogía sin querer entidades espirituales de personas que estaban en la sala de espera o incluso que pasaban por la calle. El segundo problema es que era agotador y quedaba yo tan débil que después de eso ya no podía atender ni a una sola persona más en todo el día. Esas visitas las dejábamos siempre para el final de la jornada, que casi siempre era pasada la medianoche.

Tengo que decir que en cada una de estas operaciones yo retenía el aire en mis pulmones, acelerando así el ritmo cardíaco. El cálculo es sencillo, a tres retenciones por paciente y cincuenta pacientes al día, son unas 150 apneas que con el tiempo han

terminado por provocar la angina de pecho que me ha obligado a abandonar este oficio.

Pero sigamos con la técnica. Una vez teníamos «la bestia» en el interior de mi cuerpo físico, un cuerpo quizás sudoroso si la lucha había sido larga, comenzaba el tercer y último paso, enviar la entidad apresada a los planos superiores para su posterior purificación. Ahí entraba en acción M. Àngels . Su misión consistía en rogar a Dios para que los ángeles de luz descendieran a recoger a aquel ser que ella les entregaba sacándolo, ahora ya fácilmente, de mi interior.

Se ponía de pie ante mí, rezaba a gritos una oración para que ellos bajaran a recoger «el paquete», otra para ligarlos con una cuerda de energía espiritual moviendo los brazos con grandes aspavientos como si manipulara unas cuerdas mágicas gigantes y, una vez inmovilizados, los arrancaba de mí rozando con sus dedos muy suavemente ambos costados de mi cuerpo hacia arriba... y los entregaba. Los dos ángeles de luz se presentaban siempre en pareja y siempre justo en el instante en que eran requeridos. Tomaban al reo bien esposado cual pareja de la Benemérita y lo conducían amablemente a los planos superiores.

Yo no rezaba casi nunca, solo cuando lo veía muy negro para curarme en salud. Pero ella era muy dada a rezar oraciones larguísimas, a evocar a santos ángeles y arcángeles, siempre en castellano y, al principio, con mucho teatro y griterío. Con el tiempo fue moderando su tono de voz. Nos gustaba decir que yo era la escoba y ella la pala puesto que yo los barría y ella los recogía.

CAPÍTULO 30

Los ángeles de luz

Puede sorprender una metodología tan compleja. Algunos me preguntan qué necesidad hay de succionar la energía de la entidad hasta el interior de mi cuerpo, en un estado intermedio, para que luego M. Àngels lo extraiga a su vez de mi interior. ¿Por qué no entregarlos directamente desde la persona poseída hasta los ángeles que vienen a buscarlos? Pues resulta que no es tan sencillo porque los ángeles de luz son un poco señoritos y no realizan su labor si no se les entrega el paquete previamente limpio e higienizado, bien envuelto, atado y bien atado y sin las impurezas tóxicas de este plano en el que vivimos. Por eso ni siquiera tocan jamás nuestro suelo. Son realmente puros y de una belleza sobrecogedora, tan luminosos que muchas veces tenía que girar la cabeza para que no me deslumbraran. Tanta luz me cegaba. Pronto aprendí a intuir su llegada por uno u otro lado y giraba la cara al lado contrario para no cegarme con luz tan poderosa; eso llegaba a molestarme mucho.

A esos ángeles que vienen en busca de los muertos, los define bien la esposa del guitarrista universal Narciso Yepes, Marysia Szunolakowska, en su libro *Amaneció de noche* (Edibesa), cuyo título ya hace referencia precisamente a la potente luz que el músico vio en plena noche en su lecho de muerte. En las páginas 192 y 193, ella evoca así las últimas palabras que el maestro le susurró al oído justo antes de expirar: «veo toda la habitación llena de luz, hay muchos vestidos de blanco».

La experiencia de esos fogonazos de luz, como lámparas de 5.000 watios que dañan mi vista, me ha sorprendido también en lugares de gran devoción, como en Lourdes o en la basílica de Montserrat a la que

acudo a menudo entre otros motivos porque es donde me casé. Son flashes poderosos que me sorprenden de repente y tengo que girar la cabeza rápidamente para proteger mi vista.

Algunas veces son puertas que se abren gracias a la fe de una multitud concentrada en un punto geográfico. Parecen columnas de luz, cilindros altísimos y resplandecientes que se forman de repente, solo durante breves minutos, y que dan paso al plano superior a las almas que lo deseen. En cuanto se abre una de esos canales de luz, todas las entidades espirituales corren hacia ese lugar y, a medida que se aproximan, su cuerpo energético se va desintegrando, perdiendo la poca materia que les queda, ya que es un acceso directo a los planos superiores. Es como una salida de emergencia de pocos minutos. No faltan, como siempre, unos cuantos gamberros que se lo quieren impedir, espíritus malignos que no les permiten entrar en ese cilindro de luz, luchan con ellos y les obligan a quedarse. La escena recuerda los saltos de emigrantes subsaharianos en la valla de Melilla. Sí, en el otro lado también tienen sus guerras.

A algunos les sorprende cómo hablo de los ángeles pues doy a entender que están organizados por categorías, que obedecen a un superior y que tienen cometidos particulares como cualquier empleado de una empresa. Pues bien, estoy en condiciones de asegurar que ese panorama tan terrenal tiene mucho también de celestial. Claro que no cobran sueldo ni hacen horas extras. Pero sin duda hay una organización y algún tipo de jerarquía. Existen diferentes planos de energía y ellos residen más arriba o más abajo, es decir en un plano u otro, según su grado de purificación. También nosotros, después de nuestra muerte, migraremos a uno de esos planos. Suelen trabajar en pareja y sí, algunas entidades están especializadas en trabajos

concretos: unos recogen a niños, otros a gente mayor, otros a accidentados y otros a entidades peligrosas o malignas. Cada cual tiene su función como aquí el bombero, el policía, el médico, la enfermera o… el cazador.

CAPÍTULO 31

Tres casos de impostura

Me molestan especialmente las películas de terror sobre fantasmas porque asustan al personal más aún de lo que ya lo está. Pero reconozco que en ocasiones están inspiradas en hechos que, o son reales, o podrían serlo. Nada que ver con la tontería de la niña de *El Exorcista* que gira la cabeza 360 grados. Como todos sabemos eso es imposible, una persona física se rompería las cervicales y moriría. Ahí el director se pasó tres pueblos. Y es una lástima porque de haber estado correctamente informado, los guionistas hubieran podido salvar con dignidad la escena más espectacular, icónica e intemporal de la película. Les bastaba con presentar ese giro de cabeza como una transfiguración creada artificialmente solo para los ojos del terapeuta, sacerdote católico en este caso. Eso sí es posible, que el ser maligno presente una falsa visión al exorcista. Este pudo ver como la niña giraba la cabeza aunque ello nunca hubiera sucedido en realidad y no fuera mas que una visión, inducida por la entidad que poseía a la pequeña Linda Blair. Por cierto, la película está basada en hechos reales y no fue una niña, sino un niño.

A mi me han engañado con falsas imágenes unas cuantas veces. Digamos mejor que lo han intentado.

Hablaré a continuación de tres transfiguraciones que recuerdo bien por su originalidad y por el ingenio

que mostraron ya fuera para asustarme o seducirme, pero siempre con la intención de hacerme desistir en mi cacería y permitirles quedarse en este mundo. Debo repetir, no obstante, que ni con todo su ingenio, jamás entidad espiritual alguna ha conseguido engañarme. Asustarme sí, un poco.

Trabajábamos con normalidad en el Centro en uno de esos días de rutina con profusión de espíritus débiles, facilones. Hasta que uno de los pacientes, un señor elegantemente vestido, se sentó ante nosotros y nos habló de su abatimiento general, una tristeza crónica que le situaba al borde del suicidio. Ningún médico, psicólogo ni medicamento le habían solventado el problema. Alguien le habló de nosotros y ahí estaba él, con más especticismo que otra cosa. El clásico por probar que no quede.

En cuanto visualicé el espíritu me vi rodeado de maleza selvática y plantas gigantes con un halo de oscuridad a mi alrededor. Sin salir del pequeño despacho en el que trabajábamos, de repente me encontraba en plena selva, en un entorno lúgubre e inquietante. De una gran roca, ahí al fondo, asomaban dos pequeñas luces brillantes. Se mostraban y ocultaban tras la roca en continuo movimiento vertical de forma amenazadora. Comprendí que se trataba de un par de ojos de pupila vertical y que me estaban mirando fijamente. Me enfrentaba pues a un ofidio de intenciones probablemente venenosas. Podía esperarme en cualquier momento uno de esos movimiento rápidos y agresivos con que los reptiles apresan a sus víctimas. Siempre supe que aquella cosa no era real, pero tenía que afrontarlo igualmente y no me apetecía nada tenérmelas que ver con una serpiente que parecía de grandes dimensiones. Jamás anteriormente me había hallado en semejante tesitura y ciertamente me incomodaba.

En uno de sus lentos movimientos tras la roca, el animal mostró por completo su enorme cabeza y, efectivamente, se trataba de todo un monstruo, algo parecido a una boa constrictor con todos sus detalles, lengua bífida incluida. No dejaba de mirarme directamente a los ojos con ese aire arrogante e hipnótico de los ofidios. Reptando en el aire los dos metros que nos distanciaban, lentamente, muy lentamente fue aproximando su rostro al mío en inquietante siseo, escupiendo y absorbiendo su lengua.

Más que miedo lo que me provocaba aquel bicho eran arcadas, una gran náusea por el color verde viscoso de sus escamas. Ondeaba su lengua cada vez más cerca de mi rostro hasta que comprendí que debía salir de mi ensimismamiento, dejar de mirar como un pasmarote y pasar a la acción. Yo era un cazador y la culebra ésa se iba a enterar. Si pretendía atacarme en un movimiento rápido y engullirme como a una rata como en los documentales de la tele, no lo consiguió pues le tomé la delantera y el más rápido fui yo.

Sabía que me enfrentaba a una entidad de gran fuerza psíquica, así que no era cuestión de ahorrar energía para próximos pacientes, tenía que darlo todo. Contuve con fuerza mi respiración y disparé el láser a máxima potencia desde mi plexo solar, mi energía la envolvió, ella se revolvió enfurismada dentro de mi red energética, pero conseguí succionarla hacia mi interior. Todo sucedió en pocos segundos, pero aún no era el final. Lo peor estaba por llegar y me dejó atónito. Una vez aquel bicho dentro de mí... ¡puag! ¡Qué asco! Me sentí como si me hubieran tirado un cubo de pintura verde por encima. Era una sensación de repugnancia horrorosa que me vació totalmente de energía. De tal modo me vacié que tuvimos que anular las visitas pendientes. Estaba agotado y me costó horas reponerme, pero ese tío ya no volvería a molestar a

nadie más. M. Àngels lo extrajo de mi interior, lo ató con su cuerda de luz, los seres luminosos vinieron inmediatamente a por él y a los pocos minutos ya estaba durmiendo en el cielo de los justos… y de los injustos como él.

Nuestro paciente se levantó inmediatamente de su silla con aspecto entre sorprendido y maravillado. No sé qué me ha hecho usted, dijo, pero siento un alivio extraordinario, me siento mucho más ligero, con ganas de vivir. Si yo te contará, pensé para mis adentros. Pero no estaba yo para contar nada. Después de un trance de tal magnitud solo necesito callar y descansar. M. Àngels se encargó de despedirle y comunicar a cuantos hacían cola en la sala de espera que, por aquel día, no habría más tratamientos. Marcharon sin comentarios. Hay que decir que nuestra clientela fue siempre de una obediencia y sumisión encomiables.

Otro caso paradigmático de transfiguración, más anecdótico que temible, fue el de la pobre bailadora de strip-tease. Era un trabajo complicado, aquella chica no se dejaba arrancar de la persona a la que poseía. Era pequeña, poca cosa, aparentemente un espíritu de poca monta, pero de improviso se me empezó a insinuar con una sonrisa que pretendía ser sensual, acompañada de un sugerente movimiento de caderas.

No podía creer lo que estaba viendo. Se iba desprendiendo de su ropa con movimientos supuestamente eróticos, contorneando todo su cuerpo, subiendo las manos hasta sus pechos y... ¡me estaba seduciendo con un strip-tease solo para mi! La cosa movería a risa si no hubiera sido tan patética. La pobre chica no tenía ninguna gracia ni bailando ni contorneándose. No fue nada agradable ver cómo se humillaba ante mí, más bien me despertó una triste compasión. Intenté decirle que no tuviera miedo hasta que, distraída como estaba ella con su danza de los

siete velos, la cacé sin problemas. En su momento todos los espíritus estuvieron vivos entre nosotros, adquirieron hábitos y eso es lo que reproducen luego, una vez muertos. Es fácil imaginar en qué mundo se movería esa pobre chica ante de fallecer. Su actitud insinuante fue más por miedo a lo desconocido, que otra cosa.

El tercer y último caso de impostura que aquí voy a relatar (hay muchos más) fue la entidad con la que cargaba un hombre venido a Sabadell directamente desde Argentina. Probablemente el impostor más ingenioso con el que jamás me he enfrentado pues, hasta cierto punto, ése sí consiguió engañarme.

Enseguida me di cuenta que se trataba de una entidad poderosa y me preparé para retarla en épica lucha. Pero lo que hallé me desconcertó tanto o más que la serpiente o la bailarina de strip-tease. Era un niño. Un chavalín de unos cuatro o cinco años, monísimo, con una mirada tan dulce que despertaba ternura. Yo sé que en el bajo astral no hay niños pues, al morir, los ángeles les dan siempre prioridad en un rápido ascenso a los planos superiores. Así que la imagen cantaba mucho. Pero ahí tenía yo al maldito crío y, por si fuera poco, se quejaba lastimero, no por favor, señor, ¡ay!, no me haga daño señor ¡ay-uy! ¡Como si yo lo pegara! Juro que no le había tocado ni un pelo. Ni siquiera había comenzado a proyectar mi energía y el niño mal criado estaba ya berreando. Y venga llantos y gritos «no me haga más daño señor, por favor, no me pegue, no me pegue, ¡ay-ay!, no lo haré más señor». Mismamente como si le estuviera yo torturando.

Por supuesto no tuve compasión del renacuajo. Yo lo cazo todo, es mi naturaleza. Como ya he dicho, primero disparo y después pregunto. Así que M. Àngels y yo hicimos cada cual su trabajo, sacamos la entidad y la enviamos arriba con menos problemas de lo

esperado. Ignorábamos que, en realidad, los problemas no habían hecho mas que comenzar. La sorpresa llegó después, cuando salí a la sala de espera a llamar al siguiente paciente, tal como era mi costumbre. Minutos antes yo mismo había visto las veinticuatro personas habituales, en otras tantas sillas, todas ocupadas como siempre. Pues bien, ahora misteriosamente, la sala de espera estaba vacía o casi vacía. Apenas quedaban dos chicas aterrorizadas mirándome con pánico en los ojos. Les pregunté ¿donde están los demás? Y respondieron han marchado corriendo Antonio, en cuanto han oído los chillidos de ese pobre niño al que estabas pegando.

La palabrota que solté sí que fue a gritos y es aquí irreproducible. Digamos solamente que empezaba por un me cago en… Resulta que la voz del muy canalla la estaba oyendo todo el mundo ¡Incluso en la sala de espera! Jamás me había ocurrido algo parecido. Yo pensaba que solo la oía yo telepáticamente, pero no era así, los otros también la oían. Lógicamente, pensaron que yo le estaba propinando a aquel bribón la zurra de su vida y huyeron despavoridos para descrédito de nuestro Centro. Invité a las dos chicas a entrar en todas las salas de nuestro local para que vieran que allá no había ningún niño. A los demás nos costó unos días convencerles de que yo jamás había maltratado crío alguno y poco a poco fuimos recuperando su confianza. Todo el mundo terminó comprendiendo, pero nos llevó su tiempo.

Hasta aquí pues tres casos de impostura, de los cientos que he vivido, que ilustran las diversas estrategias para disuadir al cazador de su labor de limpieza. Son solo tres ejemplos de estrategias inteligentes como el terror, la seducción erótica o la compasión infantil.

CAPÍTULO 32

Apariciones Marianas

Y hablando de transfiguraciones, eso que algunos llaman espíritus burlones por su habilidad en el arte del disfraz y la impostura, parece pertinente abordar las apariciones marianas. No seré yo quien decepcione a miles de fieles devotos de las vírgenes de Lourdes, Fátima o Medjugorje. Su fe me conmueve y soy consciente de cuánto se puede conseguir con tanta fe acumulada en puntos geográficos muy concretos. Cuando estuve en Lourdes vi tantísima fe en aquella multitud que me impresionó vivamente. El poder energético acumulado en aquella explanada, su cueva y sus capillas era tan extraordinario que tuve un pensamiento más poético que real, que jamás me ha abandonado desde entonces: «Si yo pudiera concentrar en mi dedo toda la energía de fe que vi en Lourdes y dirigirla hacia el Sol, el Sol explotaría».

Está claro que el ser humano necesita creer en estas cosas. Creer en algo nos mantiene vivos. Necesitamos las creencias como el aire que respiramos. Podemos creer en un equipo de fútbol, en un ideal político o en el amor a nuestros hijos, pero la creencia en Dios es una de las fuerzas más transformadoras tanto individual como colectivamente.

Una vez sentados estos principios, permitidme arrojar alguna duda y plantear la posibilidad de que alguna de esas vírgenes aparecidas a pastorcillas pudiera ser, simplemente, un espíritu burlón. Los hay a miles y les encanta hacerse pasar por Sócrates, el General Patton, Marilyn Monroe o el propio Jesucristo. He visto tanta impostura que no puedo menos que llamar a la prudencia a la hora de identificar una entidad espiritual. Lo digo porque ya es una epidemia: la Santa Sede aceptó no hace mucho como válidas

apariciones marianas nada menois que en Laus (Francia), Zeitun (Egipto), Vailankan (India), Narek (Líbano), Vang (Vietnam), Kibeho (Ruanda) y Akita (Japón).

Me consta por otra parte que esos lugares de peregrinación están invadidos por multitud de almas en pena, o directamente entidades perturbadoras, en busca de ayuda y en busca también de esa energía que desprenden los fieles tan devotamente. Yo tuve una muy mala experiencia en Lourdes.

Llegué como muchos, en plan turista, con mi cámara fotográfica y mis tres carretes, de 36 imágenes cada uno, ya que la fotografía es una de mis grandes aficiones. Me impresionaron aquellas multitudes, hombres, mujeres y niños de diferentes países del mundo, con devoción inmensa, rezando en las capillas, cada uno en su idioma, pero todos unidos por una misma fe en un mismo Dios. Con qué devoción llenaban sus botellas de agua milagrosa en las fuentes. Con cuánta esperanza se echaban el agua a la zona afectada de su cuerpo, confiando absolutamente en su sanación. Tenía ante mis ojos un espectáculo de fe tan impresionante que me vi ciegamente impulsado a tomar fotos.

Después comprendí que en Lourdes cada día se obran cientos de milagros. No sólo el que se levanta de la silla de ruedas es producto de un milagro. Otro piden a la Virgen un beneficio para un familiar o allegado o favores tan simples como que mi hijo apruebe el carnet de conducir. No hay ninguna espectacularidad en ello, pero debe contabilizarse también como milagro. Porque el milagro es lo que entendemos cada uno por milagro, nuestro milagro.

El caso es que no pude resistirme y empecé, disimuladamente, a tomar fotografías de tanto como

me emocionaban el ambiente de fervor que estaba viviendo. Tenía que capturar esas imágenes como fuera, pero no iba a resultar fácil. Al primer disparo con mi cámara, un batallón de espíritus se abalanzó sobre mi. ¿Qué haces insensato?, me increpaban. ¿Acaso ves alguien aquí tomando fotos? Y efectivamente, nadie hacía fotos de este tipo. Pero yo, que soy cabezón, seguí en mis trece. Imbuido de un insólito sentimiento de reportero espiritual, seguí pulsando el disparador sin hacerles el menor caso. Pero ellos cada vez eran más, me acechaban, me expulsaban de allí y no paraban de insistirme de malos modos para que dejara de hacer fotos de una vez por todas. Al final me salí con la mía, agoté los tres carretes de 36 fotografías cada uno y para cuando hube terminado ya no eran una docena las entidades que me acechaban. ¡Eran cientos!

Terminé por asustarme de verdad y tuve que salir de allí por piernas. Mi familia no entendía mis repentinas ganas de marcha. No comprendían, ni yo tenía tiempo de explicarles, que aquello era una fuga en toda regla, la gran escapada. Corrimos al parking, nos subimos al coche precipitadamente, y aún ahí, en el interior del vehículo, seguían los espíritus sermoneándome. Me acribillaban a reprimendas, riñas, gritos, insultos e impertinencias subidas de tono: cómo te has atrevido, te has saltado todas las leyes del Más Allá...

Huí de Lourdes como alma que lleva el diablo, y nunca mejor dicho, y no fue hasta bien superados los 100 kilómetros de autopista que por fin me dejaron tranquilo. Una vez a solas, paré el vehículo en un área de descanso. Necesitaba reponerme y respirar hondo. El estado de nervios en el que me hallaba no me permitía seguir conduciendo. Me puse a andar entre cafetería y surtidores de gasolina para reflexionar sobre cuanto acababa de suceder. Era un bonito día de verano, corría

una suave brisa, me fui tranquilizando y eso me ayudó a reconocer que, efectivamente, mis espíritus perseguidores tenían razón, me había comportado de una manera éticamente muy reprobable. Lo que había hecho estaba mal.

Ese acto de contrición no me impidió, sin embargo, que al día siguiente llevara los tres carretes a revelar a mi establecimiento habitual. Un par de días más tarde regresé ilusionado a recoger las copias de esas imágenes que tanto sufrimiento me habían causado, pero ocurrió lo peor. A decir verdad, lo que vi no me sorprendió, me esperaba algo así. Los tres carretes estaban completamente velados, no se conservó ni una sola del centenar largo de imágenes que había tomado. Conservaré siempre aquel recuerdo en mi corazón y aquellas imágenes en mi memoria. Pero en papel ni una.

Lo interpreto como un castigo a mi mal comportamiento. No pienso volver a Lourdes en mi vida. Tan mal lo pasé. Ni se me ha perdido nada en Fátima ni en Medjugorge, centros de peregrinación que jamás pienso visitar. Esos lugares están repletos de entidades, malignas muchas de ellas, y su actitud hostil me asustó para siempre. Os recomiendo que si vais, no intentéis fotografiar, lo que no se puede fotografiar. Y si vais con vuestra cámara fotográfica al hombro, hacedlo solo en plan turista y respetad la fe de los creyentes.

CAPÍTULO 33

La Iglesia, el Diablo y el aborto

¿Soy entonces un hombre religioso sí o no? La duda es razonable, la respuesta complicada. Soy cristiano, me siento católico, creo en Dios, voy a misa de vez en cuando y tengo grandes amigos sacerdotes.

Yo siempre he dicho que en esta vida hay buenos y malos sacerdotes, albañiles, carpinteros… Ser bueno en cada profesión viene de nacimiento, hay que sentirlo, hay que tener este don, como los grandes pintores o músicos de la historia.

Uno de mis mejores amigos es sacerdote, todo un señor sacerdote. Por la distancia que hay, no puedo ir a sus misas, pero de ser posible no dejaría de acudir a ninguna de ellas. El rompe la distancia entre púlpito y bancos y te hace partícipe de esta gran fiesta con Dios Siempre le digo tú no has de celebrar misa, sino enseñar a tus hermanos y ser maestro de sacerdotes.

Y sin embargo, mantengo ciertas discrepancias con el dogma católico. Ni leo libros ni me fio de nadie, así es que mis valores éticos se han ido forjando, exclusivamente, a golpe de experiencia vital.

¿Cómo no voy a creer en Dios si oigo la voz del Jefe retronando en mi cabeza? ¿Cómo no voy a creer en la cristiana resurrección de los muertos si he vivido en ese mundo toda mi vida? ¿Cómo no voy a respetar la figura de Jesús, el mayor apóstol del amor si, «en sus horas libres» era exorcista como yo? Recordemos que las Sagradas Escrituras recogen por lo menos tres episodios en que Jesús ejerce el exorcismo. Personalmente, me siento una herramienta de Dios y soy muy feliz de que Él me haya utilizado para ayudar a miles de personas.

Pero hay ciertos aspectos del dogma eclesiástico en los que, directamente, no estoy de acuerdo. Citaremos solo cuatro: ni el Diablo existe, ni abortar es pecado, ni la Virgen María era virgen, ni los sacerdotes tienen la más remota idea de cómo practicar un exorcismo. Mi opinión es que la Iglesia o se retira del exorcismo o reeduca a la totalidad de sus sacerdotes exorcistas los cuales, con todos mis respetos, lo ignoran todo sobre este arte. Su abrumadora falta de resultados lo demuestra.

Pero empecemos por el Diablo. Me entristece contradecir a la Curia, pero siento una extraordinaria vergüenza ajena cada vez que uno de esos cardenales insiste en la existencia de Satán. Mi trabajo me ha enseñado que, desde luego, existe el mal y que muchos seres del bajo astral lo practican contra nosotros. Sí, es cierto, estamos influidos por seres de otra dimensión que pueden impulsarnos a un suicidio o un asesinato y, en definitiva, arrojarnos al abismo. Pero el Diablo como entidad no existe. Solo hay gente mala en el bajo astral tratando de influirnos, pero van por libre. De la misma manera que hay muchos vivos, en nuestra misma comunidad de vecinos, que también ejercen las peores acciones sin necesidad de que ninguna entidad espiritual les conduzca a ello. En mis veinticinco años de profesión y trato constante con seres del otro mundo, jamás he visto al Diablo, jamás ningún espíritu maligno me ha hablado de un Jefe diabólico ni jamás me han insinuado siquiera su existencia. Creo que ello me avala para afirmar con contundencia que el Diablo simplemente no existe.

¿Por qué digo que abortar no es pecado? Me sonroja también ver en las noticias tanta polémica estéril entre colectivos sobre la fecundación del óvulo y el número de semanas que tarda en gozar de vida humana. ¿Legitima eso el aborto a las doce semanas o

a las catorce? ¿A partir de qué momento podemos considerar el feto un ser vivo y, por tanto, legislar el aborto? En EEUU los activistas anti-aborto han llegado a organizarse como grupo terrorista y colocan bombas en clínicas abortistas. Cuánta energía malgastada.

Pues bien, no estoy de acuerdo con ellos, las jóvenes, y no tan jóvenes, que han abortado con el corazón encogido por la duda ¿habré matado a un niño?, pueden respirar hondo y liberarse de toda culpa. Tranquilas chicas, no habéis matado a nadie e iréis al cielo igualmente por más católicas que seáis.

Abortar es como cortarle un dedo a la mujer, o una pequeña parte de su cuerpo, nada más. Tengo por seguro, y la experiencia como trabajador espiritual así me lo ha demostrado, que el alma no entra en el cuerpecito de ese bebé hasta el momento de nacer o, para ser más exacto, al cortar el cordón umbilical. Hasta entonces no era mas que un pedazo de carne de la madre. Parece lógico que en cuanto deja de proveerse de la energía de la madre, el bebé reclame otro tipo de energía. Cuando en el quirófano el médico espera aquel emocionante llanto, con el niño colgando cabeza abajo, bien agarrados los tobillos en su puño de látex, ése es el momento en que el espíritu infantil penetra en el cuerpo. Y el llanto lo confirma.

No lo deduzco, lo sé. ¡Vinieron tantas mujeres embarazadas a nuestra consulta! A todas ellas les «miré» el vientre. En nuestro argot, mirar es, como dije anteriormente, comprobar si alguna entidad espiritual acompaña a la persona. Siguiendo esa lógica, mirar un vientre es conectar con la energía del feto que lleva en su vientre la mujer embarazada. Nunca, o casi nunca, vi ahí ni menos aún sentí, una entidad espiritual, ni grande ni pequeña, ni buena ni mala. El feto es un pedazo de carne y nada más.

Pero he dicho «casi nunca». La verdad es que, para ser exactos, debo hacer una precisión. En algún caso muy especial, desde arriba pueden enviar el espíritu al feto antes del parto por algún motivo excepcional. En ese caso, sin embargo, esa mujer seguro que no abortará ni deseándolo con todas sus fuerzas. Yo mismo soy un ejemplo de ello. Mi madre hizo lo imposible por abortar de mi, pero yo tenía que nacer sí o sí en aquel hogar de locos. A ella le resultó imposible abortar y yo nací.

En todos estos años solo he encontrado tres mujeres embarazadas, entre cientos de ellas, que ya llevaban el espíritu en su feto. El caso de una de ellas fue muy interesante porque le arranqué la entidad que llevaba pegada a su cuerpo y, cuando ya iba a dar el caso por zanjado, percibí que aún llevaba una segunda entidad espiritual en su interior. No es extraño que una persona vaya acompañada por dos, incluso más, seres espirituales. Así es que me puse nuevamente a trabajar y también intenté arrancarle esa segunda entidad, como es mi obligación, pero me resultaba imposible. Retenía aire, proyectaba energía e intentaba cazar ese ser, pero todo era en vano. Por fin desde arriba me dijeron déjalo Antonio, es su hijo, esta mujer está embarazada. Abandoné y le pregunté a ella, perdona, ¿tú estás embarazada? Sorprendida respondió sí, pero de solo dos meses, ¿cómo lo has sabido?

Pero esto es la excepción. Lo normal es que el feto no adquiera un alma hasta el momento del parto. Calculo grosso modo que las mujeres que llevan en su vientre un feto «animado» no llegan al 5% y éstas, repito, nunca, pero nunca jamás, por más que lo deseen, podrán abortar. Ese alma está ahí por algún motivo y tiene celosos cuidadores ahí arriba que velan por su nacimiento. Hay en el cielo una larga lista de espera de niños a punto de nacer y todos llegan a

nuestro plano de existencia por el mismo procedimiento. Evoca bien este aspecto, y lo hace con desenfado y simpatía, la película *El cielo no puede esperar* (2001) de Nick Castle. (no confundir con *El cielo puede esperar* (1978) de Waren Beatty). En ella, uno de los niños a punto de encarnarse se niega a hacerlo y provoca un divertido colapso planetario. El ambiente de esa celestial sala de espera está muy bien logrado y funciona con un reglamento que bien podría acercarse a la realidad. Siempre que veo esas películas pienso que detrás tiene que haber algún guionista, asesor o director que sabe de lo que habla porque, como yo, lo ha vivido y, como yo, siente que debe darlo a conocer.

Sin querer parecer blasfemo pues respeto a la Iglesia Católica, tampoco acepto la virginidad de la Virgen María. No voy a extenderme sobre el tema, pero comprenderéis que eso de la Inmaculada Concepción y el Espíritu Santo no pega ni con cola. Cuando uno trabaja en lo mío y evoca el Evangelio, comprende que muchos milagros de las Sagradas Escrituras tienen su explicación, una razón de ser espiritual que yo comparto. Pero éste no. La virginidad de la Virgen no tiene ni pies ni cabeza.

En mis años de profesión no he vislumbrado ni remotamente un solo caso que me haga pensar en la posibilidad de que una mujer pueda quedar embarazada sin previa inseminación, un milagro, por otra parte, tan absurdo como innecesario.

CAPÍTULO 34

El exorcismo católico, un error

La cuarta de mis discrepancias con la Iglesia Católica merece capítulo aparte: el exorcismo practicado por sacerdotes. La Iglesia dispone de una vasta red de sacerdotes exorcistas y asigna, por norma, uno por diócesis. Solo en Madrid, por ejemplo, trabajan seis religiosos exorcistas. El problema es que la gran mayoría de ellos no tienen facultades. No voy a exigir que sean videntes si acaso eso sea mucho pedir. Bastaría con que sintieran de alguna forma la presencia de seres espirituales.

Es imprescindible que un exorcista pueda detectar y localizar el cuerpo energético propio del paciente para así distinguirlo de la entidad espiritual que le acompaña, maligna o no. Es también necesario saber medir la fuerza del enemigo antes de batirse con él y, por supuesto, disponer de algún arma realmente eficaz para liberarlo del paciente y enviarlo al plano superior que le corresponda, más allá de una perorata en latín. Una vez realizado todo ello, hay que asegurarse de que el trabajo se ha ejecutado con garantías y que aquel espíritu no volverá a molestar jamás en nuestro plano material. Si nos ponemos a limpiar, hay que limpiar a fondo y asegurarse de que el trabajo está bien hecho. Pero esos pobres sacerdotes, tan cargados de buena intención, lo ignoran todo al respecto.

El problema de la Iglesia Católica es que solo reconoce un tipo de posesión, la diabólica. Yo no lo creo así. Tras la ejecución de unos 60.000 casos, creo que estoy en disposición de asegurar que eso es falso. No porque yo no crea en el Diablo, sino porque la mayoría de las posesiones ni siquiera son malignas. La mayoría de entidades que yo he visto en mi vida profesional son de simples almas en pena, espíritus inconscientes de su

estado, más sonámbulos que malignos, nada tienen que ver con el Diablo ni siquiera tienen malas intenciones. Otra cosa es que, aún sin intención, su presencia sea perturbadora, como siempre sucede y, por lo tanto, deben ser igualmente conjurados.

El exorcismo oficial de la Iglesia, el *Rituale Romanum*, data de 1614. Los sacerdotes exorcistas deben leer ante el poseído una larga oración de tres folios, se dirigen al Diablo ¡en latín!, deben hacerlo «con voz imperativa» y le formulan preguntas como *Quomodo te vocaris?* (¿Cómo te llamas?). A continuación se le exige abandonar voluntariamente aquel cuerpo (*Contromisce et effuge*) lo que evidentemente jamás surte el efecto deseado porque ellos nunca marchan voluntariamente. Finalmente, se ruega el apoyo de las fuerzas divinas (eso sí puede funcionar) con la inestimable ayuda de armas «tan poderosas» como el agua bendita, el signo de la cruz y la imposición de la estola, tres elementos que se supone que van a poner tan rabioso al Príncipe del Averno que huirá de ahí precipitadamente.

En 1999, bajo el papado de Juan Pablo II, se corrigió el antiguo y farragoso *Rituale Romanum* por un texto supuestamente mas moderno y adaptado a nuestros tiempos. La gran actualización consistía en admitir psicólogos y psiquiatras a la sesión de exorcismo ya que la Iglesia, en su magnánima misericordia y presa de un arrebato de modernidad, aceptaba ahora que algunos pacientes pudieran no estar poseídos por Lucifer, sino simplemente padecer una enfermedad mental.

Debo decir que muchos de mis pacientes sufrían una enfermedad mental provocada precisamente por la entidad espiritual que les acompañaba, así es que una cosa no excluye la otra. La nueva normativa no supone pues avance alguno, sino más bien un retroceso, a la

vez que ilustra más todavía la ceguera en que se mueve la Iglesia en estos quehaceres.

El «moderno» manual de instrucciones publicado por Roma en 1999, *De Exorcismis et Suplicationibus Quibusdam* (A propósito de todo tiempo de exorcismo y súplicas), sigue siendo en latín (al parecer la lengua materna del Diablo, irónicamente) y tiene 90 páginas que fueron rigurosamente redactadas por un conciliábulo de cardenales durante nada menos que ocho años de intenso trabajo. Eso sí, delimita bien los signos del poseído por el demonio para distinguirlo del enfermo mental, a saber: hablar lenguas extranjeras, mostrar una aversión irracional contra Dios, la Virgen y los santos, conocer cosas ocultas y remotas y/o tener una fuerza física sobrenatural. Abstenerse pues de visitar el Vaticano políglotas, ateos, arqueólogos y campeones de halterofilia.

Yo me enfrenté en mi consulta a casos con síntomas muy parecidos, pero en ningún caso el paciente estaba poseído por Satán. Sencillamente le acompañaba una entidad espiritual no necesariamente maligna, que dominaba idiomas o «sabía cosas». Cazarla y enviarla al cielo a mi puede llevarme entre cinco y treinta minutos. A los prelados, sin embargo, ese trabajo les lleva todo un día pues cuando terminan la lectura de sus tres folios vuelven a comenzar, y aún así pueden fracasar. Si se me permite la broma, me parece a mí que si los espíritus malignos abandonan el cuerpo de un paciente de la Iglesia no lo hacen por el exorcismo, sino por aburrimiento. Pero en fin, reconozcamos que lo que cuenta es la voluntad de ayudar.

Cuentan que el propio Papa Woytila fue autor de un exorcismo en 1982. El cardenal Jaques Martin lo narra así en sus memorias: «el Obispo de Spoleto, Monseñor Alberti, se presentó en el Vaticano

acompañado de una mujer endemoniada para que Juan Pablo II rezara por ella. Éste lo hizo y recitó las fórmulas exorcistas tradicionales, pero no obtuvo resultado alguno. Entonces afirmó: Mañana diré la misa por ti. Lo hizo y la mujer quedó curada».

¿Es eso la historia de un éxito o de un fracaso? Que el ritual fracasó, obrado incluso por el Santo Pontífice, es evidente. En cualquier caso hubo curación, aunque complicada y parece más producto de una eventualidad cuyos mecanismos ocultos nadie acertaría a explicar. Pero lo más importante ¿dio alguien fe de que el ser que acompañaba a esa mujer fue realmente conducido al plano superior y no regresó más tarde? M. Àngels y yo sí nos asegurábamos siempre de ese detalle, que era marca de la casa y al que dábamos gran importancia. No queríamos que un paciente regresara una y otra vez acompañado por la misma entidad. Teníamos demasiado trabajo como para andar con repeticiones.

Sé que aún falta mucho para ello, pero sueño con un futuro exorcismo laico aceptado oficialmente por la sociedad, por las instituciones e incluso por la Sanidad Pública. Sueño que en ese lejano futuro, un enfermo pueda presentarse en el ambulatorio de la Seguridad Social, contarle sus males a la recepcionista y, según la condición de su enfermedad, ser derivado a su exorcista de cabecera: segundo piso, tercera puerta a la izquierda, entre el pediatra y el traumatólogo. Yo ya no voy a verlo, pero sueño con ello.

CAPÍTULO 35

Castigo de Dios

En este oficio me han enseñado a ser humilde a base de palos. Cada vez que me he ido de la lengua o me he dado más importancia de la debida, ahí estaba el Jefe para darme un buen coscorrón e impedir que se me subieran los humos. Con el tiempo he asumido con absoluta humildad que no controlo nada, que mis poderes no son míos y que yo no soy mas que una herramienta de Dios. Estoy aquí para ayudar a los demás, todo lo demás me está vedado y cualquier engreimiento tendrá consecuencias funestas para mi.

Uno de los toques de atención del Jefe, por no llamarle directamente castigo, llegó a los pocos meses de trabajar yo en el Centro. No llevaría ni medio año y, aunque la historia termina de manera simpática, lo pasé fatal.

En uno de esos momentos en que M. Àngels me dejaba a solas con el paciente, en este caso una joven muy agradable que iba solo de acompañante de su amiga, caí en la tentación y, cual superman de pacotilla, presumí de poderes. Cuando aún no era el momento, absorbí disimuladamente dentro de mí la entidad espiritual que la acompañaba y resultó ser un espíritu muy charlatán que me lo iba cantando todo. Para mí esto es normal, me sucede a menudo, hasta aquí ningún misterio. El problema fue que yo, para impresionarla, le empecé a relatar a ella toda su vida y milagros lo que en realidad, para mi trabajo, no tenía la menor utilidad. Cuanto mayor era su cara de sorpresa, más me crecía yo y le explicaba sus relaciones, sentimientos, emociones, enfermedades y esos secretillos que jamás había contado ni a su mejor amiga. Como digo yo, le canté hasta el DNI. Mudó su rostro en segundos y se quedó lívida.

Si quería impresionarla, desde luego lo había conseguido. Pero yo estaba haciendo algo incorrecto porque, como dije, mis poderes no son míos. Yo solo soy una herramienta del Jefe y no estoy aquí mas que para evitar sufrimientos a los demás, no para hacer números de circo ni asustar a jovencitas. Jamás debo excederme y aquel día me excedí. Toda aquella demostración de facultades paranormales no conducía a nada ni favorecía a nadie.

Entró M. Àngels en el despacho, la chica y yo disimulamos e iniciamos el trabajo habitual que no tenía por qué revestir mayores dificultades puesto que se trataba de una entidad de poca entidad, valga la redundancia.

Pues aquella entidad que en circunstancias normales hubiéramos expulsado en cinco minutos, justamente ésa se me quedó pegada como una lapa en mi hombro izquierdo con la mitad de su cuerpo dentro del mío y la otra mitad fuera. A veces ocurre que en su camino al cielo, los seres se agarran a lo que sea con tal de quedarse aquí. Se aferran como clavo ardiendo a lo primero que pillan que, no pocas veces, es una parte de mi cuerpo. Este eligió mi hombro y no hubo forma humana de arrancarle de allí.

Retuve la respiración, proyecté energía por mi plexo solar, utilicé todas las técnicas conocidas y M. Àngels, viéndome en un aprieto, me ayudó imponiendo sus manos en mi hombro. Extrañamente, esa última parte del ritual que suele ser la más fácil, estaba resultando la más trabajosa. No había manera humana de sacar de mi hombro aquel espíritu pegajoso con la mitad de su cuerpo en mi interior. Tampoco se puede decir que me causara ningún dolor, como hacen las entidades más poderosas. No me atacaba, no me insultaba, no era agresivo. Como si ni él mismo fuera consciente de lo que estaba ocurriendo. Pero estaba

apalancado en mi hombro, eso sí estaba claro, y no tenía la menor intención de marcharse de ahí. Por lo menos echamos una hora María Àngels y yo luchando contra aquel individuo pegajoso. Hasta que nos rendimos. Ni María Àngels ni yo podíamos más y terminamos por tirar la toalla. La pobre chica nos miraba atónita sin comprender nada de lo que estaba ocurriendo.

Aquello no tenía precedentes así que cavilé sobre el origen de aquella situación. Y por fin lo entendí. Aaah, me dije, el Jefe me estaba castigando por haber presumido de poderes. Claro, tenía que ser eso. Y todavía no sé cómo, me atreví a decirle al Jefe telepáticamente, pues mira chico, tú mismo, yo no tengo prisa, pero aquí fuera tenemos más de veinte personas esperando y con éste muerto encima yo no puedo ayudar a nadie más. Así que tú verás.

No es ése el tono con el que suelo dirigirme al Jefe. Pero aquel día no sé qué me pasó por la cabeza, y así es como reaccioné, vacilón. No lo pude evitar. Pero lo mejor de todo aún estaba por llegar: justo después de largar tal impertinencia al Jefe, noté interiormente que Él se ponía a reír. Una risa que me llenó de placer. Una sensación de bienestar en todo el cuerpo como nunca antes había sentido. Se ve que a Dios, o al Jefe, o a mi guía, o llamadle como más os plazca, le hizo gracia mi reacción y se echó a reír. Inmediatamente me dijo que M. Àngels lo volviera a intentar. Lo hizo con suavidad, pasándome las manos por ambos costados de mi tronco como acostumbraba, rozándome apenas con sus yemas, y, entonces sí, la entidad se despegó suavemente y sin el menor esfuerzo. El encadenamiento a mi hombro se desactivó justo en el momento en que yo comprendí que me había ido de la lengua de puro engreído. Aprendí la lección. A partir de aquel día, tocaba ser más humilde el resto de la vida. Jamás volvió

ni remotamente a pasar por mi cabeza la infeliz idea de presumir de poderes.

Seguramente fue a causa de esta anécdota, para mi tan relevante, que nunca simpaticé con los espiritistas de salón. No son pocos los que montan espectáculo alrededor de sus facultades. Ciertamente, como se verá más adelante, tuve yo una época en que caí en la tentación de los medios de comunicación, pero jamás acepté (y más de una vez se me propuso) convertir mis facultades en espectáculo.

Nunca me gustó el programa de Jordi González en Tele-5 *Más allá de la vida* con la vidente Anne Germain. Me pregunto cuál es la gracia de narrarlo todo sobre otra persona, si la entidad que te acompaña a ti, está hablando con la que le acompaña a ella y te lo está chivando todo. Para mí eso ni tiene mérito ni menos aún merece un show televisivo.

En el festival Magic de Barcelona a punto estuve de desprestigiar públicamente a la supuesta mejor vidente del mundo, la canadiense Marilyn Rosner, a quien yo no había oído nombrar en mi vida. Estaba bien dispuesto a sabotearle el espectáculo, me senté en primera fila e inmediatamente tuve controlado al ser que la ocupaba. Viendo mis intenciones, la entidad obligó a la organización, a través de la Rosner, a desocupar la sala. Todo el público tuvimos que abandonarla para volver a entrar de nuevo solo los visitantes acreditados. En realidad una simple artimaña para ganar tiempo y deshacerse de mi. Ya iba yo a entrar en la sala por segunda vez y sentarme de nuevo en primera fila, justo delante de la tal Marilyn para dejarla en evidencia delante de su público, cuando el Jefe, desde arriba, me dijo, Antonio no te metas, en este mundo cada uno hace su trabajo y esto no es cosa tuya. Le hice caso, qué remedio. Pero me enfadé tanto que ni me quedé a ver el espectáculo. Me fui con rencor

pues me hubiera encantado escarmentar bien a esa farsante espiritual y desenmascararla. Definitivamente soy poco amigo de shows.

CAPÍTULO 36

Del campo de batalla al hospital

En ocasiones la batalla cuerpo a cuerpo con espíritus malignos llegaba a perjudicarme físicamente y yo terminaba en algún hospital. Solía recuperarme pronto por lo que me daban el alta a las pocas horas sin mayores contratiempos. Normalmente la agresividad de las entidades más malignas afectan solamente a mi cuerpo energético y solo pueden, por ello, vaciarme de energía y sumirme en un estado de gran agotamiento. Pero algunas veces, afortunadamente pocas, pueden alterar también mi estado físico. Narraré a continuación dos de ellas que me llevaron directamente a Urgencias. No han sido las únicas, pero si las que mejor recuerdo.

Ese día noté enseguida que iba a enfrentarme a un espíritu viejo, todo un veterano. Pero pensé que no sería tan grave, le infravaloré y teníamos tanto trabajo acumulado (las veinticuatro sillas de la sala de espera estaban siempre ocupadas), que opté por no utilizar la videncia y reservar fuerzas para los demás. Decidí detectar la entidad solo con energía y me equivoqué, fue un grave error. De haber utilizado también la videncia, hubiera visto el arma que mi enemigo esgrimía en la mano y eso me hubiera dado cierta ventaja.

El caso es que no la vi y de repente noté una punzada en la espalda muy dolorosa. No un golpe seco, sino una punzada de algo muy frío que iba penetrando lentamente en mis lumbares. Y no una vez, sino varias. Aquellos pinchazos helados iban entrando y saliendo de mi cuerpo. No entendía lo que estaba sucediendo así

que activé la videncia, salí de mi cuerpo físico y me giré rápidamente desde mi cuerpo espiritual para ver quién había detrás de mí. Debo decir que cuando realizo una de esas operaciones complejas quienes están a mi alrededor no se percatan. Siguen viendo en mi a un señor gordito, quieto y callado, sentado en una silla giratoria, con la cabeza gacha y los ojos cerrados. O, como dijo de mi una paciente, «aquel señor que no hace nada y solo da saltitos en su silla». Desde fuera se verán ridículos, pero son «saltitos» de esfuerzo por retener la respiración.

Una vez me hube girado con mi cuerpo espiritual, no podía creer lo que estaba viendo, tenía ante mi a todo un médico nazi, de esos alemanes de los campos de exterminio, con bata blanca, pero también con sus medallas militares y con una jeringuilla en la mano. Era una jeringuilla antigua y grande, de ésas que ahora solo se ven en las películas de terror. Me la iba introduciendo a conciencia en lentas inyecciones en diversos puntos de mi zona lumbar. Irónicamente, lo primero que pensé fue, como me clave la jeringuilla en los testículos... Por lo visto él me leyó el pensamiento y con un gesto rápido eso fue precisamente lo que se propuso, pillarme desprevenido y clavarme dicha jeringuilla en mis partes íntimas. Pensándolo después, ese detalle fue para mi revelador, pues aquí me di cuenta que ellos pueden leer tu mente a la misma velocidad en que tu piensas. Una valiosa lección más en mi aprendizaje espiritual.

Pero en aquel momento no estaba para pensar. Aquel detalle soez me sacó de mis casillas, me sulfuró tanto que me revelé contra aquel individuo, pasé a la acción y por primera vez fui más rápido que él. En un gesto defensivo inconsciente fui capaz de proteger mis genitales con la mano pero, con tan mala fortuna que la jeringuilla fue a clavarse en el dorso de esa mano. Aún

así logré asirle por la muñeca y por ella le fui succionando todo el cuerpo hasta mi interior y fundirlo con mi propia energía ante su asombro e impotencia. Ganar la partida a un sádico medicucho de las SS me hizo sentir maravillosamente y respiré hondo con orgullo y… por qué no reconocerlo, también con alivio.

A partir de ahí el protocolo habitual no revistió mayores complicaciones. María Àngels se encargó de atarlo con la cuerda espiritual, lo vinieron a buscar los ángeles y se lo llevaron. Todo correcto, pero solo aparentemente porque al poco tiempo empecé a sufrir una migraña fenomenal que me impedía trabajar. Ni siquiera podía tenerme en pie sin sufrir mareos. Lo que fuera que me inyectó esa réplica barata del doctor Mengele me estaba afectando físicamente. Tan dolorosa era mi migraña que me llevaron al Hospital Taulí de Sabadell.

Allá no se les ocurrió nada mejor que, precisamente, volverme a pinchar en la espalda, pero esta vez de verdad, lo que no me hizo ninguna gracia. No podía decir a las enfermeras no por favor, eso ya me lo ha hecho un espíritu nazi hace media hora. Por lo que tuve que callar y aceptar. No fue a más. Tras unas horas en observación, me encontré mucho mejor y me dieron el alta.

Es importante remarcar que en el plano espiritual existen también objetos no-físicos, utensilios domésticos como esa jeringuilla, solo que no están compuestos de materia, sino de una energía que casi se puede materializar. Relataré a continuación lo que me ocurrió en La Coruña con un soplete de soldador.

Igual que el nazi de pacotilla, ese soldador era también una entidad muy vieja. Como dice el refrán, sabía más por viejo que por diablo. Era realmente inteligente, muy negativa y de poderosa fuerza energética. Los espíritus antiguos son una minoría, pero

suelen ser esencialmente malos porque ya lo habían sido en vida. Por más energía que tengan, siempre desean más ya que eso les hace fuertes y poderosos. No cesan en su búsqueda de víctimas propiciatorias y se apegan a quien mejor pueda servirles. A medida que debilitan a la persona física absorbiendo su energía, más capaces son ellos de materializarse físicamente, o casi, tanto a sí mismos como a la herramienta, o arma, que traen entre manos.

Cuando una entidad utiliza ese arma, yo siento la bofetada como una bofetada de verdad y el pinchazo como una pinchazo de verdad, pero nunca me saltarán los dientes por un puñetazo de una entidad. Ni me provocarán una herida, ni saldrá de mi cuello un chorro de sangre si me clavan un cuchillo. Y en el peor de los casos, sea cual sea mi tortura, en poco rato me recupero. Puedo tardar diez minutos o una hora, pero siempre me acabo recuperando. El caso de La Coruña fue una excepción porque llegó a alterar mi cuerpo físico, terminé en Urgencias y tardé varias horas en recuperarme.

En aquel caso la víctima era un pobre funcionario de la Diputación de La Coruña a quien conocimos en uno de nuestros muchos viajes asistenciales por toda España. Hizo cola como todo el mundo, aguardó su turno pacientemente durante horas como todo el mundo y cuando se sentó ante nosotros como todo el mundo, nada hacía presagiar que íbamos a sostener tan épico combate con la entidad que le acompañaba.

El hombre nos relató los clásicos síntomas de fatiga perpetua, depresión, abatimiento general y todo cuanto sucede a las personas que van perdiendo energía porque se la roba su «amigo inseparable». Hasta ahí normal, como tantos de nuestros pacientes.

Antes de iniciar nuestro trabajo con aquel hombre, sin embargo, debimos haber imaginado que aquello no iba a ser fácil pues él mismo nos advirtió. Quiero que vean algo, nos dijo a modo de introducción mientras se quitaba americana y corbata. Ante nuestro asombro, se quedó desnudo de cintura para arriba para que viéramos sus estigmas. Realmente tenía varias heridas en todo el cuerpo, ronchas oscuras con aspecto de quemaduras. Para él eran estigmas como los de Cristo en la Cruz. Ni siquiera M. Àngels, que es más devota que yo, quiso creer aquella descabellada teoría pseudo-cristiana que nos aproximaba a los pantanosos terrenos del milagro.

Ignoramos los supuestos estigmas y empezamos a trabajar como siempre. Mal hecho. M. Àngels le dio las manos y, ya ahí, empecé a notar tal actividad energética en la sala y con tal sensación de peligro que activé mi videncia rápidamente y puse en alerta todos mis instintos de cazador. Vi a un soldador, uno de esos fontaneros que manipulan tubos de plomo con su mono de trabajo azul y esas gafas oscuras que les protegen la vista de llamas y chispazos.

Llevaba en la mano uno de aquellos sopletes antiguos que consumían petróleo y desprendían una llama azul. Estaba apuntando el soplete a la cabeza de M. Àngels sin que ella percibiera siquiera el peligro. Justo antes de descargar su llama sobre su rostro, pude disparar el láser de mi plexo solar a la máxima potencia para protegerla. Pero no fue una operación limpia. Mi ataque solo aturdió ligeramente al oscuro fontanero que, al ver de donde procedía el laser, olvidó a M. Àngels para centrarse en mi. Me miró con sus gafas ahumadas y orientó hacia mi su herramienta. Intenté de nuevo envolverle en una nube de mi propia energía, pero se escabullía con mucha habilidad y cuando ya casi le tenía amarrado, disparó la llama azul contra mi brazo

para deshacerse de mi, lo que me provocó un gran dolor.

Pero fue su último coletazo. Le lancé un láser de lo más potente, lo cacé, lo apresé en mi interior y, a partir de ahí, entre M. Àngels y yo conseguimos dominarlo, atarlo y enviarlo al cielo. Lo peor había pasado.

Restablecida la calma noté un ardor en mi brazo, me subí la manga de la camisa y, para mi sorpresa, vi como enrojecía en la piel una roncha como la del pobre funcionario de la Diputación. El también lo vio y se puso a gritar ¡mire eso!, estigmas como los míos, ¿ve como no miento? ahora le ha pasado a usted. Cálmese, le dijimos, lo importante es que usted se encuentre bien. Entonces reaccionó y pareció comprender, tomó conciencia de su salud y sonrió con una divertida expresión de júbilo. ¡Anda!, pero si estoy fenomenal, exclamó, tengo una sensación de alivio tremenda, como si me hubiera sacado un peso de encima. Pues eso es lo importante, respondimos, y no se preocupe que a partir de ahora no volverá a tener molestias, vaya usted con Dios.

En cuanto aquel hombre salió por la puerta de la consulta, percibí diminutas manchas de sangre en la manga de mi camisa. Volví a mirarme el brazo y la roncha estaba tomando un aspecto tumefacto muy sospechoso. Lo malo era que, aparte del dolor, presentaba una constante supuración de sangre por todos los poros. Como pequeñas gotas de sudor de color rojo que resbalaban por mi brazo hasta caer al suelo. Fuimos limpiando como pudimos suelo y brazo con pañuelos de papel, pero la hemorragia no cesaba. Mi brazo no paraba de supurar gotitas de sangre.

Era una hemorragia lenta y poco aparatosa, pero imparable por lo que no tuvimos mas remedio que acudir a Urgencias del Hospital Universitario de A

Coruña. En los hospitales nunca digo la verdad cuando tengo que dar demasiadas explicaciones, así que mentí al médico y le dije que me había quemado con una sartén.

Pero el mismo doctor, joven, serio, voluntarioso y posiblemente de guardia por tratarse de un fin de semana, no acertaba a comprender. Esto es muy extraño, no lo entiendo, decía frunciendo el ceño. Lo secaba con gasas y algodones mojados en alcohol, aplicaba betadine, esperaba unos minutos y mi brazo volvía a «sudar» sangre. Me tuvieron tres horas de observación en Urgencias sin saber qué hacer conmigo. Al final me dieron un paquete de gasas y me dijeron, mire, no parece grave, así que márchese a casa y váyase curando usted mismo. Lo hice y a las tres horas mi hemorragia epidérmica, si se la puede llamar así, fue remitiendo y fin de la historia.

Se corrió la voz de mis «estigmas» y al día siguiente la cola de gallegos que esperaban pacientemente a las puertas de nuestra consulta se había doblado. Como siempre sucedía en nuestras visitas a toda España, la mayoría se iban a quedar sin tratamiento. No dábamos abasto.

CAPÍTULO 37

Síntomas habituales de posesión

Algunos nos acusaban a M. Àngels y a mí de diagnosticar posesión a todo el mundo. No era a todo el mundo, pero sí a una mayoría y hay dos respuestas para ello. La primera es que cuando alguien llegaba a nuestro Centro, había ya pasado por varios especialistas, médicos y/o psicólogos, que no le habían hallado solución, lo que aumentaba considerablemente

la probabilidad de que el origen de su mal fuera espiritual.

El segundo motivo es estadístico. En nuestro mundo hay varios seres espirituales por cada uno de nosotros. Los okupas de este mundo somos nosotros, que solo estamos por aquí de paso, apenas 80 o 90 años y luego nos vamos. Este plano de existencia es más el suyo que el nuestro ya que algunos de ellos llevan siglos viviendo entre nosotros. La posesión, maligna o no, es pues mucho más habitual de lo que la gente cree.

Para clarificar estos conceptos me propongo a continuación enumerar algunos de los síntomas más habituales de posesión. Aclaremos antes que no todo el que presenta alguno de estos síntomas estará ciertamente poseído. Si coinciden varios de ellos, sin embargo, tendrá muchas posibilidades de ir acompañado por un ser espiritual.

¿Cómo saber si una persona está poseída? Los primeros síntomas de alerta son tristeza injustificada, depresión, agresividad incontrolada hacia los demás o hacia uno mismo con autolesiones o intentos de suicidio, sensación de soledad, paranoia (miedos infundados), neurosis (manías y fijaciones),

esquizofrenia (trastornos de personalidad), palpitaciones y taquicardias, nerviosismo, ansiedad, temblores, histeria y epilepsia.

Por lo general la persona acompañada siente una gran confusión. Sabe que algo le ocurre, pero debido a su naturaleza espiritual (esa gran desconocida) le cuesta explicarlo. Los trastornos del sueño son determinantes en el diagnóstico, así como el sentimiento de culpabilidad injustificada o la agresividad hacia la pareja.

Evidentemente, si se dan fenómenos paranormales, no existe ya la menor duda. Por ejemplo ver objetos que se mueven o escuchar voces en la mente que incitan a hacer el mal. En otras ocasiones es tan sencillo como sentir la proximidad de alguien invisible y notar incluso que te toca, ver luces o figuras ya sean de aspecto demoníaco o divino, o ver animales, especialmente arañas y serpientes.

El siguiente paso es, lógicamente, buscar un exorcista, especialidad que, como ya he dicho, debería estar contemplada por el Sistema Sanitario público, pero como no parece que eso vaya a suceder a corto plazo, tendremos que buscar un ayudante espiritual. No hay tantos, y menos buenos, por lo que las personas que quieran ayudar a su ser querido pueden, si no hallan un buen especialista, intentarlo por su cuenta. Suplirán con amor la falta de técnica. La herramienta principal es la fe. Si un grupo de creyentes se reúne entorno a la persona poseída, colocan las manos sobre su cabeza, rezan con verdadera fe y piden al Supremo que esa persona quede limpia, pueden lograrlo. Sobre todo con entidades de menor calibre.

CAPÍTULO 38

Viaje astral inducido a un eco del pasado

Hasta la fecha, no he vivido más que un viaje astral inducido, es decir, provocado a voluntad. Fue de lo más instructivo pues confirmó mi teoría, ésa que no me canso de repetir: somos un eco del pasado. Os lo contaré y creeréis que, como en la película de Michael J. Fox, mi viaje fue un *Regreso al futuro*. Solo es una manera de verlo. Os suplico que lo veáis de otra manera, como un viaje a esa otra línea temporal que tenemos aquí mismo, justo a nuestro lado.

J.B., empresario de sistemas de sonido es amigo mío desde hace años. Tantos años que a veces pienso que ya éramos amigos, incluso colaboradores, antes de nacer y coincidir en este plano. Tengo la extraña sensación de que M. Àngels , J.B y yo compartíamos, antes de encontrarnos en este mundo, un mismo trabajo en el sexto nivel de purificación.

Si dividimos los planos de espiritualidad en diez niveles, podemos decir que el primero es el inframundo, el segundo el que estamos viviendo ahora, vosotros lectores y yo mismo. Del tercero para arriba los seres contienen cada vez menos materia y mas energía, hasta un décimo nivel de pura espiritualidad, santidad, nirvana… cada religión lo define a su manera.

Algo me dice que M. Àngels, J.B y yo somos viejos conocidos de aquel nivel sexto donde también ejercíamos una labor de ayuda a otros seres, antes de nacer en este plano terrestre que no deja de ser un purgatorio.

Pues bien, aquel día J.B. me propuso compartir con él un viaje astral provocado. El es un experto. Le apasiona la temática extraterrestre y tiene vídeos y grabaciones de sonido espectaculares que han publicado diversos medios de comunicación. Pero yo siempre le digo que los extraterrestres somos nosotros mismos en otro plano y eso a él no termina de convencerle. Él prefiere pensar que vienen de otro planeta. En eso no nos ponemos de acuerdo.

En el viaje astral compartido sí nos pusimos de acuerdo enseguida. J.B. siempre repetía el mismo viaje, volaba hasta un cierto punto y, cuando más interesante estaba la cosa, regresaba a su cuerpo sin quererlo. Se encallaba ahí, nunca pasaba de aquel punto. Si fuera un videojuego, podríamos decir que no superaba aquella pantalla.

M. Àngels y yo nos presentamos puntuales en su casa del Maresme, justo a medianoche, tal como habíamos quedado. En el piso de arriba, J.B. tenía una sala curiosa, una especie de laboratorio con techo de cristal piramidal para ver las estrellas. En diversas estanterías había varias brújulas que le indicaban la presencia de las energías que iban a ayudarnos a tener la experiencia.

Yo nunca había participado en un viaje astral provocado y menos aún compartido. Solo de niño, cuando me arrancaban de la cama, pero eso nunca fue a voluntad. Desde entonces alguna otra vez, pero siempre sin buscarlo. Eso, como todo, viene cuando viene y yo no puedo provocarlo. Pero J.B. aseguraba dominar la técnica y quería probar conmigo.

Nos repantingamos bien en dos sofás y M. Àngels nos puso el brazalete del tensiómetro para controlar la presión. Su misión era socorrernos en caso de que nuestros cuerpos astrales decidieran quedarse por ahí y no regresar a nuestro cuerpo físico. Bajamos la intensidad de la luz, entramos en somnolencia y todas las brújulas empezaron a girar como locas indicando con su aguja imantada todo menos el norte. De repente, en un ritmo cardíaco bajísimo, pasamos de la oscuridad al estado alfa y me vi volando al lado de J.B.

Sobrevolábamos una ciudad desconocida para mi, no era Sabadell ni ningún otro paisaje conocido. Me recordaba esas ciudades americanas de las películas. Veíamos casas bajas, calles bien asfaltadas y alineadas, coches y gente paseando, pero no me podía detener a observar nada con detalle. Como en esos viajes del Inserso que ni dejan parar a los pobres jubilados porque todo está programado. Así me sentía yo. Podía bajar, subir y hasta reducir algo la velocidad para observar mejor el paisaje que discurría bajo mi cuerpo. Pero si lo hacía, después me empujaban de golpe hacia

adelante, con un fuerte tirón, como sujeto a una goma elástica, para recuperar el tiempo perdido.

Todo iba muy rápido, los monitores del Inserso no tenían tiempo que perder. De repente vimos una entrada oscura, un embudo gigante que nos succionó a ambos como una aspiradora hacia un túnel de luz más estrecho en el que apenas cabíamos los dos. Luego aparecían bifurcaciones y nosotros teníamos que elegir rápidamente derecha o izquierda y salíamos de nuevo a otro espacio abierto. Otra ciudad, otro embudo, otro túnel, la goma elástica, las bifurcaciones y otro espacio abierto. Así una y otra vez hasta que en una de las bifurcaciones J.B. y yo nos separamos. El fue a un lado y yo al otro. Después me explicó que era el punto donde él siempre se encallaba.

Yo tuve más suerte. Recuerdo perfectamente todos los túneles por los que pasé a continuación, que mi sensación era de volar al futuro y que, poco a poco, por fin, la velocidad se iba reduciendo. Todavía no me podía detener, pero al menos podía mirar tranquilamente y lo que veía era... era muy triste.

Vi la tierra árida, recalentada por el sol, apenas sin vida. Vi edificios bajo tierra, pero no enterrados sino en una gran zanja de cuatro metros de profundidad y con casas a ambos lados. Parecía una gran grieta en la corteza terrestre. Y allí abajo calles desérticas, quemadas por un exceso de luz y de calor. Apenas circulaban unos pocos vehículos destartalados que no consumían ningún derivado del petróleo, sino que llevaban un extraño depósito acoplado alimentado por algún tipo de combustible desconocido por mi.

No estoy hablando de *Mad Max* ni de un futuro apocalíptico a consecuencia del cambio climático porque luego vi lo contrario, todo el planeta Tierra completamente oscuro, y aun así los hombres seguían combatiendo en guerras estériles. Había mucha destrucción. Luego volé sobre

un mundo reconstruido, pero sumido en la misma oscuridad. Había gente en las calles, pero todos abuelos, gente mayor de aspecto circunspecto hablando en círculos, muy preocupados. No podían procrear, era un mundo sin jóvenes ni niños. Esperaban algo, no sé si una medicina o unos salvadores, una solución que debía llegar de muy lejos. Quizás tan lejos como su pasado, que es nuestro presente, pensé. Percibí que necesitaban algo de nuestro mundo

Y supe que me acercaba al final de mi viaje, que no hacía falta seguir porque más adelante ya no había nada. Terminé mi periplo con la visión de unas bases militares y aeropuertos abandonados, todo sin vida, solo restos destartalados de aeronaves.

Ahí noté la goma elástica que tiraba de mi bruscamente hacia atrás, pero ahora a una velocidad de vértigo. Recorrí todo el camino de vuelta a velocidad supersónica, mucho más rápido que en la ida hasta que caí sentado en el sofá al lado de J.B. M. Àngels nos dijo que habían pasado unos 40 minutos. Repasamos todo el viaje con J.B. y lo recordábamos todo igual hasta que él regresó y yo seguí adelante.

La tierra quemada por el sol que vi en mi viaje astral ocurrirá algún día. Y la Tierra oscura con problemas de procreación también. No son imaginaciones de un loco que sueña mundos apocalípticos. Yo lo viví con tal intensidad que no albergo la menor duda sobre su veracidad. Nadie puede decirme que aquello fue un sueño ni producto de mi imaginación. No lo vi, lo viví. Todo está ahí.

Mi opinión sin embargo es que, aunque lo parezca, yo no vi el futuro o, por lo menos, no lo que se entiende vulgarmente por futuro. Solo se me brindó la posibilidad de ver diversos planos de tiempo que yo entiendo paralelos al nuestro. Por decirlo de alguna manera, aquello que vi es más presente que nuestro presente. Podríamos decir que somos nosotros quienes, en este plano, estamos

viviendo en el pasado. Por eso insisto en este mensaje, uno de los principales de este libro: Solo somos un eco del pasado.

Mi opinión es que la Humanidad en realidad ya ha llegado al año... yo qué sé, pongamos el 3.500. Por eso las personas que echan cartas o ven el futuro en una bola de cristal (muy pocas de las cuales son fiables), pueden pronosticar el futuro y aciertan. Porque el futuro ya ha pasado. Por eso algunos podemos verlo. La gente que intuye esa verdad lo afirma con el clásico aforismo: el destino está escrito. Y es cierto, poco margen tenemos para crear nuestra vida. La rama más avanzada de la Física Cuántica está llegando a la misma conclusión que yo, que no he tenido estudios y que no leo libros. Pienso una vez más y lamento repetirme, que no somos mas que un eco del pasado.

Sé que es difícil entenderlo. Pero ¿acaso entendemos la infinitud del universo con todas sus galaxias? No, nuestra limitada mente no es capaz de asimilar tanta magnitud y, sin embargo, creemos a los científicos cuando nos hablan de espacio infinito, de años luz y de agujeros negros. Con el tiempo pasa igual. Nos cuesta comprender que existan varios planos de existencia o, dicho de otro modo, varias líneas temporales paralelas, pero los científicos ya nos hablan de ello, así es que ¿por qué no vamos a creerles?

A mi no me cuesta entenderlo, no porque tenga el menor conocimiento científico de la cuestión, sino porque adivinar el futuro para mí no es ninguna novedad. Llevo años diciendo a la gente lo primero que me pasa por la cabeza, que en realidad es lo que me viene de arriba, y aquello se cumple al cabo de una semana, un mes o un año. Es algo innato en mi y estoy tan acostumbrado a este mundo, que sé positivamente que lo que viví en mi viaje astral es cierto. Lo aseguro con rotundidad.

Que somos un eco del pasado es una filosofía que aplico a todo y me permite vivir más feliz. La aplico incluso a este libro que no sé si algún día verá la luz o no.

Pero no me preocupa porque sé que el destino de este libro está ya escrito. Si ha de ser será, porque ya fue. Y si no fue, no será. Nada hay en mi mano que pueda cambiar eso. Por lo tanto tranquilos. No hay de qué preocuparse. Ni por el libro ni por ninguna otra cosa.

CAPÍTULO 39

El precio de la fama

Y llegó la locura de la fama, no en Catalunya, sino en toda España. No por poco tiempo, sino por varios años. Nuestra mínima experiencia con los medios, o mejor debería decir la de M. Àngels que es quien siempre daba la cara por los dos, se limitaba a unos pocos reportajes en Diario de Sabadell de la mano del periodista Víctor Colomer quien se hacía eco de nuestras novedades, libros, viajes…

Pero un día de 1995, el equipo de Las Mañanas de Primera, con Teresa Campos de TVE, se interesó por nosotros. Salimos por antena a la 1 del mediodía, cosa extraña ya que estos temas suelen emitirse a medianoche, y eso desencadenó un torbellino de apariciones mediáticas que ya no pudimos detener. Seguidamente, Pepe Navarro, quien debió saber de nosotros por ser también sabadellense, solicitó nuestra presencia en su famoso late-night *Esta Noche cruzamos el Misisipí*. La audiencia, ya alta de por sí, se disparó todavía más aquella noche de tal forma que a la mañana siguiente, en todas las plantas del edificio de Tele-5 colgaba un cartel con nuestro número de teléfono. Tal era la cantidad de llamadas que estaban recibiendo, para pedir nuestro contacto.

El año siguiente, en agosto de 1996. El párroco de El Calero (Gran Canaria), Andrés Viera, requirió

nuestra presencia en Telde para «limpiar» una casa embrujada que atormentaba a sus tres habitantes, una madre con dos hijos. El sacerdote rociaba la casa con agua bendita a diario, pero sin resultado, y la diócesis y el arzobispado declinaron hacerse cargo del caso. Finalmente el párroco que veía caer espejos y volar cuchillos que se clavaban en la pared y escuchaba ruidos a todo volumen en el interior de la casa, declaró a la prensa canaria que no veía «explicación humana alguna» a lo que allí sucedía. Contactó con TVE y los reporteros del programa *Fuerzas Ocultas* nos invitaron a M. Àngels y a mi a viajar a Gran Canaria, para resolver un caso de poltergeist cosa que hicimos muy a gusto. Tanta era nuestra confianza en nuestro saber y en nuestra técnica. *Know how,* le llaman ahora.

Durante nuestra breve estancia en Telde, todos nuestros movimientos fueron seguidos por la prensa local que nos llamaba «los cazafantasmas catalanes» y también registrados con todo detalle por las cámaras de TVE.

Nada más llegar allí contactamos con los reporteros televisivos con los que enseguida entablamos una excelente relación. Nos perdimos el miedo mutuamente y ellos, sobre todo, comprobaron que nosotros no éramos unos pedantes iluminados, sino personas normales con los que se podía dialogar tranquilamente, planificar el trabajo e incluso ir a tomar una copa y un pincho después del trabajo. Y eso les alivió porque en ocasiones cuando te colocan el sambenito, ya todos te ven raro y diferente.

Nosotros siempre hemos respetado a los demás, como personas o creyentes que puedan ser. No todos los miembros del equipo creían en nuestro trabajo, pero eso era lo de menos. Nosotros estábamos por lo que estábamos, para hacer nuestro trabajo y buscando siempre buen rollo.

Al día siguiente llegamos a la casa supuestamente afectada por fenómenos poltergeist. Para no llamar la atención de la población que ya estaba sobre aviso y mostraba signos de asustada preocupación, nos dirigimos a la finca en diferentes vehículos. Entramos en la casa con seis reporteros de TVE que quitaron el precinto de la policía con sus propias manos y nos abrieron la puerta. Nos miramos a los ojos y nos invitaron a ser los primeros en entrar, cosa que hicimos sin la menor precaución.

Pasamos al comedor, nos sentamos y María Àngels y yo nos pusimos hablar de todo menos de nuestro trabajo. Para no sugestionarnos, nos gusta empezar a trabajar sin saber nada o casi nada del lugar ni de las personas que lo habitan. Siempre preferimos empezar en blanco, sin información previa que pueda condicionar nuestro trabajo. Convertimos el comedor en nuestra base de operaciones y los técnicos empezaron a montabar sus equipos de iluminación, cámaras, micros y demás en un ambiente relajado. De repente uno de los periodistas lanzó un grito: ¡Callad! ¿No oís? Escuchad. Lo hicimos, nos quedamos en silencio, petrificados. Y, efectivamente, todos oímos con claridad como en una de las paredes que daban al vecino, sonaba un ruido, como si hubiera alguien tapiado dentro, entre pared y pared, arañando el muro y pugnando por salir. Enseguida ese mismo ruido cambió de lugar y pasó a la otra pared, después al fondo, luego al techo y al final al suelo. Por si eso fuera poco para el estado de nervios de todos los presentes, explotaron dos focos y una cámara de pie y la misma persona que gritó CALLAD nos dijo en voz alta y clara, a María Àngels y a mi, venga vosotros dos, poneos a trabajar. A más de uno se le pusieron los pelos de punta y alguno de los que no creían pasaron a ser creyentes para el resto de su vida.

Lo que ocurrió a continuación tiene poca historia. «Miramos» la casa detenidamente habitación por habitación, pero sin resultado. Allí no se ocultaba ser alguno. Queríamos aclarar el caso, pero nuestra intuición y experiencia nos advertían que a quien teníamos que «mirar» no era la casa, sino a la madre de la casa, Marina, y sus dos hijos.

Nuestro trabajo con ellos apenas duró una tarde. Cada uno de los miembros de esa familia iba cargado no por uno, sino por varios seres espirituales y algunos de la peor calaña.

El día siguiente volvimos a la casa ya que el fenómeno había sido visto y vivido por unas 60 personas, desde vecinos y policía hasta el propio párroco. Así que nos tocó limpiar a todos los que estuvieron vinculados con el edificio y la familia de Marina. A partir de esa noche todos los miembros de la familia durmieron a pierna suelta en su casa, por primera vez en mucho tiempo. Ésa y todas las noches siguientes. Resolvimos pues que no se trataba de una casa encantada, sino de unas personas poseídas. De haber dormido esas personas en otro domicilio, los fenómenos extraños hubieran ocurrido igualmente en la nueva vivienda. Nuestra investigación nos llevó a concluir que los espíritus malignos no vivían en la casa, sino que los llevaban ellos encima.

Suele ser lo habitual en las supuestas casas encantadas. Los espíritus se alimentan de nuestra energía, la de los vivos. Nunca residen en una vivienda vacía. Las casas abandonadas poseídas por espíritus o los famosos castillos encantados son pura fábula.

En el caso de Telde, sin embargo, insistimos, para mayor seguridad, en realizar un seguimiento y continuamos atendiendo telefónicamente desde Sabadell a Marina y su familia. Pero ella no volvió a

requerir nuestros servicios así que lentamente fuimos perdiendo el contacto.

TVE emitió el documental aquel octubre y partir de ahí la fama se desbordó. Nos solicitaban medios de toda España ya fueran radiofónicos o cadenas estatales de televisión que nos pagaban dietas y viaje a Madrid para asistir a tertulias a todas las horas del día, programas divulgativos o espacios esotéricos. En nuestra ignorancia del mundo mediático, aceptábamos alegremente todas las ofertas y llegaron los años de las tres efes: focos, fotos y fama, a causa de una cuarta efe que nosotros ya no pudimos evitar por más tiempo, la efe de fantasma.

Las palabras exorcismo, posesión, espíritu o fantasma suenan a película de terror y por este motivo no nos gustaba utilizarlas. Ni M. Àngels ni yo las usábamos por ese tufo sensacionalista que desprenden. Preferíamos expresiones como entidad espiritual, ayuda psicológica, limpieza, ir acompañado… Pero tras nuestra irrupción en los medios tuvimos que abandonar tanto matiz, tanto escrúpulo y tanta sofisticación. Los medios querían carnaza y no aceptaban mas lenguaje que el de toda la vida. Así es como poco a poco fuimos entrando también nosotros en su lenguaje y asimilando la terminología popular del fantasma, el espíritu, la posesión y el exorcismo.

Nos dejamos querer por los medios, ciertamente por vanidad, pero también porque el número de personas a las que podíamos ayudar se multiplicó exponencialmente.

En TVE1 nos entrevistó Laura Valenzuela y Augusto Rey para el programa *Dossier*, y otra periodista cuyo nombre no recuerdo para *Misterios sin resolver*. En la catalana TV3, Mari Pau Huguet nos invitó a su popular magazín de tarde y Montserrat Besses a *Vox*

Populi, además de otras apariciones en *Catalunya Avui, Amb el Cor a la mà, Entre línees* y *Catalunya Scaner*. En Euskal Telebista, Patricia Gaztañaga nos invitó a *Toma y Daca*. En Tele5 aparecimos, entre otros programas, en las noticias, en el magazine *Dígame,* en *Alerta 112* y en *Historias de hoy*. Sufrimos también la tortura en varias ocasiones de las tertulias más locas del valenciano Canal 9 como *Tómbola, Vostè parla o La Terrassa*. En Antena-3 nos invitaron a *De Buena Mañana, Otra Dimensión y Fenómenos extraños*… y de ahí a canales americanos como *Infinito*, que emitía en Argentina, Brasil, México y Miami.

Lo mismo ocurrió en la radio, con cientos de entrevistas en emisoras como RNE, la Cope, Cadena SER o Cadena 100 además de otras autonómicas o locales. Para nuestra sorpresa, un día empezaron a llamarnos del extranjero y a partir de ahí tuvimos que atender telefónicamente a emisoras de Argentina, Chile, Bolivia, Venezuela, Miami y Nueva York. Como consecuencia de una entrevista en Telemundo Network, el año 2000 se presentó en nuestra consulta una paciente venida directamente desde Miami con un cámara de ese canal, el canal hispano más importante de Nueva York. Nos hizo un reportaje que nunca pudimos ver.

La prensa escrita recogió también durante esos años nuestra actividad en medios tan dispares políticamente como ABC o El Periódico. Cuando veíamos en las noticias algún asesinato relacionado con ritual satánico o similar ya sabíamos que iban a llamarnos para pedir nuestra opinión y así era, el teléfono se ponía al rojo vivo y ya estábamos haciendo las maletas.

Pronto aprendimos a jugar con los periodistas tal como ellos jugaban con nosotros. El tema de la otra vida no es una verdad oficial y declararse abiertamente partidario resulta incómodo. Por este motivo muchos

profesionales de la información lo abordaban desde el humor, tono al que nosotros nos sumábamos siempre gustosos sin sentirnos por ello menos valorados. Hay que decir que, salvo en algunas tertulias del Canal 9 valenciano, por lo general siempre fuimos tratados con respeto. Sin duda porque en el fondo, tal como repito cual mantra pegadizo, «todo dios cree». También periodistas, presentadores, productores y guionistas de programas han tenido alguna vez alguna experiencia espiritual que no saben explicarse o la han oído mencionar a sus padres o abuelos o amigos de confianza. En teoría nadie cree. En la realidad todo el mundo sabe que es cierto o, cuando menos, se pregunta. Manifestarlo abiertamente, sin embargo, es en nuestra sociedad cosa de locos, de tontos, o, peor aún, de pobres analfabetos. Así de atrasados estamos todavía en este país.

Nuestra presencia en los medios de comunicación fue languideciendo en la primera década del siglo tan gradualmente como estalló y por un motivo muy claro. Empezamos a declinar muchas ofertas primero y al final todas. Los periodistas no podían comprender que no quisiéramos publicidad y que nos negáramos a publicar nuestro número de teléfono como así era. Pero estábamos ya muy cansados de dos cosas. Primero muy cansados de tanta feria mediática y tanto viaje estéril. Y segundo muy cansados por nuestro propio trabajo que se multiplicó y se había expandido por toda España y parte del extranjero.

Regresamos a la tranquilidad del hogar, a nuestro Centro de Sabadell que es donde nos sentíamos cómodos y ocupábamos el tiempo en lo que nos gustaba: ayudar a los demás.

CAPÍTULO 40

11S y 11M

La bomba mediática había conseguido que en el Centro los acontecimientos se precipitaran. El trabajo era cada día más intenso porque los pacientes nos habían visto en la tele como exorcistas y nos pedían consejos cada vez de mayor nivel. No era extraño que alguno nos pusiera entre las cuerdas con preguntas difíciles o que tuviéramos que disertar sobre las peculiaridades del más allá en una labor didáctica la cual, en el fondo, también nos agradaba.

Nos dejamos arrastrar por el torbellino del éxito lo que supuso un auténtico estrés pues a nuestra cartera habitual de «clientes» se sumaba ahora el imparable alud de pacientes a nuestro Centro procedentes de toda España. Aunque la sensación de ayudar al prójimo más y mejor era siempre gratificante, los horarios y las jornadas empezaban a ser infernales.

Trabajábamos hasta muy tarde. Teníamos por costumbre no dejar a nadie sin su visita por lo que a menudo M. Àngels y yo no salíamos del Centro hasta pasada la medianoche. Ambos vivíamos cerca y, antes de acostarnos, nos apetecía andar un rato al fresco por la avenida, entre los árboles y a la luz de las farolas. Ese silencio de la madrugada urbana y esa brisa invitaban a andar y charlar despreocupadamente de todo menos de la jornada de trabajo, ya que se trataba de desconectar. Sólo estirábamos las piernas y respirábamos el aire de la noche. Demasiada excitación en nuestra labor diaria, como para acostarse inmediatamente.

Y en uno de esos paseos nocturnos, ocurrió. De improviso se formó a mi alrededor mi vieja amiga, la pantalla envolvente de 360 grados. Como siempre, disimulé, intenté seguir andando sin decirle nada a M. Àngels. Pero ella debió notarme algo porque enseguida me preguntó qué te pasa. Me

detuve en medio de la acera y le retransmití en directo lo que estaba viendo.

Eran centenares, quizás miles de cadáveres enterrados bajo una altísima montaña de escombros. Ella me preguntaba ¿un terremoto? No, contestaba yo, un terremoto no porque estoy en una ciudad y otros edificios están enteros y en buen estado. ¿Una guerra? No, no parece ninguna guerra. ¿Un volcán? Tampoco es ningún volcán, aqui no hay nada quemado, esto es una ciudad grande, con sus calles, sus coches, el resto está todo bien.

Es solo esa montaña gigante de cascotes en cuyo interior miles de almas desconcertadas me miran sin saber a donde ir ni qué están haciendo aquí. Tiene que ser algún accidente, aquí ha ocurrido algo muy-muy grave. La vivencia se prolongó unos diez minutos y se desvaneció. Volvía a estar en la Avenida Barberà y reemprendimos la marcha con M. Àngels comentando tan extraño suceso. No podía dar crédito a lo que acababa de vivir, nunca antes había visto tantos muertos juntos. Sin saber cómo ni por qué, viví en mis carnes todo el dolor acumulado por aquellas entidades fallecidas. Aquello me causó una sensación espantosa. Tenía mis nervios tan alterados que al llegar a casa no pude menos que despertar a Lídia y contarle todo el dolor que sentía aún en mi pecho.

Medio año después, el 11 de septiembre del 2001, lo comprendí todo. Aquel día en el Centro no trabajábamos por ser la Diada de Catalunya. Estaba yo haciendo la siesta y mi amiga de Mataró, M.J., llamó a casa y me preguntó ¿estás viendo la tele? La conecté y vi como ardían las Torres Gemelas. Enseguida lo relacioné con mi vivencia y le dije a María José, el locutor está diciendo que no pueden caer, pero esta torre se desplomará, ya lo verás y producirá una montaña inmensa de escombros y de cadáveres. Y la otra torre también caerá. En el momento de la llamada nadie creía que eso fuera a suceder. Pero yo lo sabía no por haberlo visto, sino por haberlo vivido medio año

antes. Mi gigantesca montaña de escombros y cascotes eran las dos torres desplomadas con todos sus cadáveres presos en el interior. Había estado ahí pero, repito, aquello no era el futuro: solo nosotros somos un eco del pasado.

Por algún motivo que no alcanzo a comprender las grandes catástrofes humanas son más fácilmente predecibles por personas con facultades como yo. Es posible que la repentina muerte de miles de personas al mismo tiempo genere un acumulación de energía tan grande que se abra un cráter en el espacio temporal de nuestro plano y muchos podamos sentirlo antes de que suceda.

Ni yo mismo puedo explicarlo, pero sé que no soy el único que vio el atentado de Nueva York con antelación. Otros videntes dicen también haberlo sentido meses o días antes. Pero es curioso, ni ellos ni yo, pudimos evitarlo. Repito: ¿cómo vas a evitar una cosa que ya ha sucedido?

Lo que no comprendo, si la cosa va de catástrofes, es por qué nadie me advirtió del tsunami de Indonesia en el que murieron nada menos que 300.000 personas. Posiblemente influya el punto geográfico de mi residencia y su proximidad al lugar de la catástrofe. Seguramente por proximidad geográfica, tres años más tarde pude vivir, sin saberlo yo entonces, el atentado de otro día 11, el 11 de marzo de 2004 en los trenes de Madrid, el 11M.

Estaba yo trabajando en el Centro, con un paciente ante mí y con María Àngels a mi lado, como siempre. Empezó a formarse un paisaje urbano muy inquietante a mi alrededor y no pude seguir disimulando, les pedí que me disculparan y me retiré a la sala anexa. La pantalla panorámica no da tregua ni espera a nadie, cuando aparece hay que dejarlo todo y prestarle atención inmediatamente. Ahí estaba yo, intentando bajar las escaleras de una estación de metro de Barcelona, o lo que yo pensaba que era una estación de metro de Barcelona. Salía de ella una multitud a

empujones, todos amontonados y asustados. ¡Una bomba, una bomba! gritaban. Todos subían en dirección contraria a mi que, aún no sé por qué, me obstinaba en bajar. Súbitamente, la visión se disipó y aquí terminó todo dejándome en un mar de dudas y sin comprender nada.

Alertado por la vivencia de Nueva York tres años antes, nada más llegar a casa se lo comenté nuevamente a Lídia para que quedara constancia. Algo va a pasar en el metro de Barcelona, seguramente un ataque terrorista con bomba, le dije. Cada vez que iba a Barcelona me fijaba en las bocas de metro por si identificaba la de mi vivencia, pero nunca reconocí ninguna. Pasó el tiempo y tanto mi mujer como yo mismo nos olvidamos de ello. A los pocos meses la propia Lídia me arrancaba de la cama a las 9 de la mañana al grito de ¡ha habido un atentado con bombas en el metro! Pero no ha sido en Barcelona como tu decías listillo, sino en Madrid.

CAPÍTULO 41

El cura de Madrid

La publicidad en televisión revirtió lógicamente en el correspondiente incremento de trabajo. El Centro de Sabadell abría cada tarde hasta la madrugada y dos días a la semana, además, también por las mañanas.

Trabajábamos hasta catorce horas diarias. Las veinticuatro sillas de plástico de nuestra sala de espera estaban constantemente ocupadas y no descansábamos ni para comer, para disgusto de mi estómago y de mi humor.

No fueron pocas las ocasiones en que, en un descuido de M. Àngels , me escapaba para tomar un café con leche al bar de la esquina. Eso la disgustaba y me reprendía por ello. Lo siento, le respondía yo, pero si el cuerpo me pide un descanso y un poco de alimento, no se lo puedo negar. Viendo que ese argumento no borraba de su rostro aquella

expresión de reproche, añadía otro más terrenal: si no, no rindo. Eso ya la convencía un poco más y terminó por acostumbrarse a mis ausencias repentinas por razones tan imperiosas como un café con leche.

Además del aumento de clientela en Sabadell (ahora nos venían de toda Catalunya), también nos expandimos al «mercado exterior». Nuestra popularidad en los medios había provocado una nueva demanda, la de dar servicio presencialmente en toda España. Durante años estuvimos viajando todos los fines de semana. Empezamos por Madrid, solo por probar. Nos lo propuso el sacerdote, y a su manera también exorcista, Carlos, párroco de un barrio obrero de Madrid, con quien entablé una entrañable amistad personal que todavía perdura a día de hoy.

Su llamada telefónica desde Madrid nos desconcertó por las prisas. He leído vuestros libros, os he visto en la tele y necesito hablar con vosotros, nos soltó de entrada. Yo también procuro ayudar a las personas poseídas, pero solo me considero un humilde «liberador de espíritus» y para tratar un solo caso necesito todo un día, incluso dos si es grave. No comprendo cómo vosotros podéis tratar 40 y 50 casos en un solo día. Si os parece bien, tomo un avión para Barcelona, me presento en Sabadell mañana mismo y me explicáis vuestra técnica.

Y así lo hizo. Al día siguiente entraba por la puerta del Centro un sacerdote elegante, afable, muy vital y con unas ganas inmensas de compartir secretos, técnicas y experiencias para mejor ayudar espiritualmente a sus feligreses. Le dedicamos hora y media, le permitimos ver cómo trabajábamos, respondimos a todas sus preguntas y quedó tan complacido que nos invitó a atender pacientes en Madrid. Jamás habíamos pensado en trabajar fuera de Sabadell, pero el hombre nos convenció y, dos semanas más tarde, éramos M. Àngels y yo quienes volábamos a Barajas. Era jueves y no íbamos a regresar hasta el domingo por la

noche porque el cura nos había preparado una agenda de visitas verdaderamente intensa o, por decirlo sin eufemismos, agotadora.

Nada más llegar a la pequeña sala que él mismo nos había arreglado en su parroquia, ya vimos una larguísima cola de personas esperando de pie en la misma calle. Así fue todo aquel largo fin de semana. Víctimas de nuestra fama de rápidos, soportamos un extenuante maratón de trabajos espirituales. Nuestra ilusión de hacer un poco de turismo por la Plaza Mayor, Cibeles y el Palacio Real se desvaneció a las pocas horas de pisar Madrid. Allí íbamos a trabajar y no hicimos más que trabajar en tres jornadas extenuantes. A partir de aquel día estuvimos viajando a Madrid cada dos meses durante quince años, en ocasiones con conferencia para expertos incluida en el mismo monasterio del Escorial, hasta que dejamos el oficio por mis consabidos motivos de salud.

Fue entonces cuando el amigo Carlos declaraba en una entrevista: «M. Àngels y Antonio me han parecido siempre gente tremendamente seria. Saben perfectamente lo que se traen entre manos. Es un trabajo complejo, lleno de matices y basado en la creencia de Dios. Yo puedo dar fe de algunas curaciones espectaculares porque las he visto. Personas con depresión, con graves molestias o con miedos aterradores que, en apenas dos o tres sesiones, quedaban liberados de por vida de aquella posesión. Y hablo de todas las variables, desde casos demoníacos muy serios hasta simples entidades que contagiaban a la persona tristeza, miedo, ira, odio, depresión, enfermedad o temblores. También es cierto que algunos salían igual que habían entrado sin encontrar alivio alguno en aquella visita, pero ésos eran minoría. Si la labor de estos amigos catalanes no fuera seria, no hubieran trabajado tanto conmigo, con la confianza de tantos y durante quince años».

En los descansos hablábamos con él, siempre sobre ese «otro mundo» que está en el nuestro, lo que yo llamo planos

de existencia superpuestos. Recuerdo que un día, charlando sobre la cantidad de personas que van «acompañadas», él aventuró la impresionante cifra del 90% y la atribuía al ambiente, nuestro entorno social. Vivimos en un mundo demasiado propicio, decía el cura. Todo cuanto vemos en televisión nos conduce al odio, la tristeza, la depresión, la rabia, la frustración y el hartazgo de la vida. Sí, casi todos llevamos algo encima.

Hay que decir que Carlos nunca fue uno de los exorcistas oficiales del obispado de Madrid. Él iba por libre, gracias a lo cual había podido comprobar la ineficacia del ritual exorcista católico y había elaborado metodología propia.

Para él, las enfermedades espirituales eran como las del cuerpo. ¿Quién no tiene el colesterol un poco alto, algo de hipertensión o un dolor de espaldas?, explicaba didácticamente. Pues lo mismo sucede en la dimensión espiritual: hay enfermedades leves y graves y diferentes tratamientos para cada una. Y ya que cuidamos tanto el cuerpo, deberíamos de igual modo cuidar el alma. Igual que estamos expuestos a los gérmenes del mundo, también estamos expuestos a los gérmenes del espíritu. Pero la gente no se preocupa de esa otra salud y por lo tanto es normal que se vayan debilitando. Tenemos que cuidar el cuerpo físico, el mental y el espiritual. Basta olvidar uno de los tres, para que los otros dos se resientan. Pero reducimos el mundo espiritual a un ámbito tan íntimo, que la gente lo termina olvidando. En sus palabras, si das la espalda a la luz, te abocas a la oscuridad, te vas debilitando y cada día vas más cansado por la vida, decía el padre Carlos.

De hecho, mi sueño de que un día la Sanidad Pública cuente con la posibilidad de ayuda espiritual universal y gratuita, nació de una conversación con mi amigo el párroco de Madrid. Seguro que si existiera este servicio sanitario, insistía él bien convencido, habría menos agresividad en las calles y en las casas, menos guerras y menos terrorismo.

Pero lo hacemos a la inversa, cerramos iglesias y sacamos a Dios de las escuelas, concluía con pesar.

Fueron tantas nuestras visitas a Madrid que terminamos por tomarnos verdadera confianza hasta el punto de tomarnos el pelo. Cuando yo le contaba que había enviado al Vaticano los libros de M. Àngels, él reía: pero alma de cántaro, cómo os va a prestar la menor atención la Iglesia Católica. Vosotros para los obispos no sois más que otra moda pasajera new age, como esos hipis americanos que meditan en el desierto. Nunca os van a hacer caso porque no sois hombre ni mujer de Iglesia. Él sí era abierto de miras, tanto que siempre creyó en el exorcismo laico. No hay que ser cura para hacer esto, reclamaba el buen sacerdote.

CAPÍTULO 42

De Madrid al cielo

Pero resultó que Madrid no era más que el principio. A partir de ahí siguió toda España en cascada y tomar un avión terminó siendo el ritual de cada fin de semana. Cada año volábamos una, dos o tres veces a Santander, Vigo, Bilbao, Gran Canaria, Tenerife, Mallorca, Ibiza, Málaga, Córdoba y A Coruña. En cada una de estas capitales, la persona que nos requería ya tenía alquilado un local o un salón de hotel para hacer los trabajos con decenas o centenares de personas.

Esporádicamente viajamos también al extranjero. En una ocasión a México DF, donde un «admirador» millonario nos invitó a vivir en su rancho a cuerpo de rey a cambio de algunos trabajos con dos familiares suyos. Me interesó mucho la visita, en el mismo México DF, a un inmenso mercado de especies, objetos y plantas para rituales chamánicos, siempre con la cultura de la muerte de telón de fondo. Descubrí que otras culturas del mundo, especialmente la mexicana, tienen asimilada la muerte y la vida después de la muerte sin tantos prejuicios como en nuestras latitudes. Los chamanes son

siempre gente del pueblo que apenas salen de su vecindario y que trabajan en ayuda espiritual especialmente para sus vecinos. Me gustó esa definición tan local del ayudante espiritual pues yo me siento también personalmente arraigado a mi barrio sabadellense de la Creu de Barbera donde he nacido y vivido, donde conozco a todo el mundo y todo el mundo me conoce a mí y saben a qué me dedico. Nunca he ido con misterios y la gente siempre me aceptó tal como soy porque me han visto crecer y saben que soy uno de lo suyos.

Años más tarde, una amiga latinoamericana, guionista de series cuya hija vino especialmente a Sabadell desde el nuevo continente para sanarse con nosotros, me definió como «el chamán español» no solo por mi trabajo, sino precisamente por el arraigo a mi comunidad.

Nuestro anfitrión mexicano nos mostró la gastronomía de su país. Consiguió que, después de probar hormiga alada de Oaxaca, larvas de mariposa, hongos exóticos y saltamontes fritos, una hamburguesa del McDonalds me supiera a gloria.

Fue también en ese viaje a México donde comprobé una vez más mi facultad de vivencia. Meses antes, había tenido una extraña vivencia panorámica de 360 grados, para mi tan extraña que no pude encontrarle sentido alguno. Estaba yo de pie en la esquina de una calle desconocida aunque veía con claridad el color y detalle de cada casa, el parterre de hierba y coches circulando. No sabía donde me encontraba, pero sí que estaba esperando a alguien y me entretuve admirando la elegancia en los andares de un gato que pasaba por allí. No me ve porque esto no está pasando ni yo estoy en este plano, pensé yo. Pero me equivoque, de repente el gato, se dio la vuelta y al verme, pegó un salto acompañado de un fuerte maullido. Nos asustamos los dos.

Pues bien, aquel otro día yo estaba en Mexico DF, a donde nunca pensé que iría en la vida, y se repitió la escena, la misma vivencia del gato exactamente igual. Pero esta vez

era más consciente, porque intenté evitarle el susto al gato. Pasó por delante de mí, yo permanecí quieto, sin respirar, tenía el corazón en un puño, pero no pude cambiar nada. Todo volvió a suceder exactamente tal como lo había vivido meses antes. Y vuelvo a preguntarme, ¿vivimos un eco del pasado?

Fue también en ese viaje a México donde otra vivencia similar. Andaba yo por un desierto con sus cactus de película y reparé en un poste de la electricidad bien extraño pues no estaba conectado a cable eléctrico algun. Estaba allí clavado en el suelo como todos, pero con una marca al fuego en su madera con el número 64. Pues a los pocos días nos invitaron a ver las pirámides del sol y la luna, en DF, y allí me encontré el palo 64.

Interpreté que esa experiencia era otra lección en mi largo aprendizaje de adulto para que yo adquiriera una conciencia más clara del concepto multilineal del tiempo. El Jefe quiso hacerme constatar una vez más que solo somos un eco del pasado y que repetimos lo mismo una y mil veces. Siempre estamos viviendo las mismas experiencias, pero en diferentes dimensiones temporales, al objeto de purificarnos más y más. Yo he viajado al pasado y al futuro y sé positivamente que ambos están aquí, ocupando el mismo espacio. Aún a riesgo de hacerme pesado, dejadme repetir: solo somos un eco del pasado.

El viaje a México debía culminar con una extensión a Los Angeles (California), para visitar nada menos que al actor que interpretaba *Superman* en las pantallas, Christopher Reeves, cuyo representante había requerido nuestros servicios. El actor se encontraba ya gravemente enfermo, poco antes de su muerte en 2004. Por motivos que nunca nos comunicaron, la visita fue cancelada a última hora. Me supo mal porque me daba ilusión viajar a Estados Unidos. No le habríamos salvado de la muerte porque su enfermedad estaba ya muy avanzada, pero quizás lo habríamos ayudado a morir en paz.

Otro de nuestros destinos era Londres, a donde viajamos hasta seis veces. En la primera de ellas nos solicitaron la limpieza de otra casa encantada. Volaban cuadros, caían espejos y las tijeras y cubiertos de la cocina se arrastraban por el suelo, entre otros fenómenos poltergeist. Los propietarios huyeron despavoridos de la mansión y contactaron con nosotros. Fue un trabajo arduo y penoso de varias sesiones, en una de las cuáles hasta yo caí y rodé aparatosamente por los suelos mientras escuchaba en mi interior amenazas e insultos de la peor ralea.

Agotado, y aprovechando que nos encontrábamos solos en la casa, solicité a M. Àngels un descanso. Era ya medianoche, estaba muerto de hambre, fui a la nevera y me preparé un sándwich a la inglesa. Salí a comer lo a la calle para tomar el fresco y fue entonces cuando vi en la calle varios coches patrulla, con agentes en pie mirando circunspectos a la fachada en compañía de los propietarios de la vivienda que nos habían contratado y que parecían dar explicaciones a los policías. Incluso habían acordonado la zona con cintas de seguridad. A nosotros no nos dijeron nada, pero sin duda habíamos provocado, sin saberlo, un pequeño altercado vecinal.

Tampoco en Londres pudimos nunca hacer turismo como era nuestro deseo. Ese primer viaje fueron 24 horas de trabajo intenso en la casa, labor que continuó el día siguiente con una larga lista de pacientes. Pero nos quedamos sin ver siquiera Buckingham Palace con su cambio de guardia, Hyde Park ni la pescadería de Harrods de la que me habían hablado maravillas y que me moría por visitar.

Eso sí, una buena amiga londinense que trabajaba en los almacenes, Harrods, quedó tan contenta de nuestro trabajo que, conocedora de mi pasión frustrada por Harrods, aún me envía de vez en cuando una caja con camisas y jerseys de aquellos almacenes en muestra de su agradecimiento. ¡Y me acierta la talla!

CAPÍTULO 43

Yo no estoy loco

Durante mi estancia en Londres, me gustó comprobar que la aproximación británica al mundo de los espíritus es mucho más relajada y a la vez profunda que la nuestra. Mientras en España un divulgador del tema está condenado a revistas o programas esotéricos de corte sensacionalista y al desprestigio como profesional de la información, en Gran Bretaña la «fantasmología» es una disciplina respetada.

En el Reino Unido existen especialistas como Roger Clarke, autor de *La Historia de los fantasmas. 500 años buscando pruebas* (El Ojo de Tiempo - Siruela), un periodista e investigador bien considerado por todos los estamentos culturales de su país. Nada que ver con subproductos marginales como nuestro Iker Casillas y su *Cuarto Milenio*.

En su estudio, Clarke desenmascara multitud de fraudes de los últimos cinco siglos en territorio británico, pero recoge también numerosos casos de apariciones sin explicación.

En Gran Bretaña, los fantasmas tienen patente de corso desde mucho antes de Shakespeare, en cuyo Hamlet, por cierto, el personaje principal que desencadena la acción, es todo un señor fantasma, nada menos que el asesinado rey de Dinamarca. La cultura de los espíritus no asusta a los británicos. Cualquier mansión inglesa o castillo escocés que se precie tiene su fantasma. Es un detalle de buen tono. Y si la mansión ha sido reconvertida en hotel, la habitación con fantasma va más cara.

Igual sucede en los países nórdicos. El pasado 6 de enero de 2017, día de Reyes, medios de todo el mundo publicaban las declaraciones de, precisamente una reina, Silvia de Suecia, a la televisión pública sueca, SVT. La esposa del rey Carlos Gustavo XVI, que tiene estudios universitarios y

habla seis idiomas, afirmaba que convive con fantasmas en su castillo de Drottningholm, construido en el siglo XVII al Oeste de Estocolmo, donde ella reside desde 1981. Añadía con espléndida sonrisa que son «presencias amistosas» y que a su cuñada Cristina, hermana del rey, se le aparece en ocasiones una dama vestida de blanco.

No faltaron medios españoles, como *Hola!*, que obviaron el tono de simpatía con que fueron hechas esas declaraciones y las calificaron de «terroríficas». En España se sigue relacionando fantasma con terror lo que me molesta especialmente porque aleja el día en que el mundo espiritual llegue a convertirse en una verdad oficial. No dudo que tarde o temprano la ciencia y la sociedad van a aceptar este mundo paralelo que algunas personas ya hemos podido constatar. Estoy seguro de que las investigaciones más avanzadas en astronomía y física nos van a ayudar a ello.

Pero mientras tanto aquí, especialmente en nuestro país, para creer en fantasmas hay que ser tonto, loco o analfabeto. Pero no siempre fue así. En Catalunya, a principios del siglo XX, se reconocía oficialmente el espiritismo, un movimiento moderno vinculado al anarquismo, el feminismo y el liberalismo. Los diarios más serios daban cumplida información de las sesiones espiritistas. E intelectuales como el arquitecto Antonio Gaudí, el astrónomo Comas Solà, el presidente de la Generalitat, Lluís Companys, o el poeta, Jacint Verdaguer (Mossén Cinto) se interesaban sin vergüenza por esta práctica de comunicación con el más allá sin comprometer por ello su prestigio público. No me imagino hoy a Josep Oliu, Pep Guardiola, Lluís Llach o Artur Mas reconociendo abierta y públicamente su interés por los fantasmas.

Y sin embargo insisto en mi frase: Todo dios cree. Hacerse el descreído no es mas que postureo. Bajo la verdad oficial que niega la existencia de fantasmas, existe otra verdad subterránea que los acepta en voz baja y que, puedo

afirmar, alcanza a todo el mundo. Me veo capaz de desenmascarar en un breve careo al mayor de los escépticos.

Lo hacía a menudo en el Centro donde los acompañantes de nuestros pacientes eran a veces descreídos militantes. Mi estrategia era siempre la misma. Primero me ganaba su confianza charlando de fútbol, de política, del último concurso televisivo o de informática, para luego pasar disimuladamente a abordar el tema espiritual. En ese punto todos reconocían alguna experiencia, alguna cosa rara que les había ocurrido y terminaban con el famoso clásico «sí, sí, claro, algo hay».

Muchos pacientes llegaban al Centro aconsejados precisamente por psicólogos y psiquiatras que sabían de nuestra labor. Y a menudo era el propio psicólogo o psiquiatra el que terminaba llamando a nuestra puerta con la excusa de conocer nuestra terapia, pero con el secreto objetivo de evaluar mi salud. Todos empezaban estudiándome y formulándome preguntas capciosas para ver donde estaba mi locura.

¿Oyes voces?, me peguntaban. Pues sí, les respondía, como Santa Teresa de Jesús. Y tras entablar una franca y amistosa conversación, todos terminaban confesando que su abuela, su padre o él mismo vivió un día una cosa rara porque, hay que reconocer que… «algo hay». Como mínimo siempre se llega al famoso «algo hay».

Los más freudianos sacaban divertidas conclusiones de la pérdida del padre durante mi infancia, cuya figura ausente sustituí en mi subconsciente por el Jefe y bla-bla-blá. Otros me suponían aislado del mundo y se sorprendían de que yo estuviera arraigado a mi familia, a mi barrio y a mis amigos y que comprara lotería, me enfadara con Hacienda, leyera aún a mi edad Mortadelo y Filemón, me gustara la buena comida, viera reality-shows y evocara con orgullo mi encuentro en Girona con Isabel Pantoja a la que tuve el honor de

acompañar en coche a la estación. Gran mujer, debo decir.
Me impresionó su simpatía y su fuerza interior.

Otros psiquiatras, más compasivos, me decían mira Antonio si tu crees en esto no voy a ser yo quien vaya a desmontar tu mundo para, acto seguido, consultarme el caso de su cuñada que un día vio a su abuela difunta en el armario de su casa. Todos los psicólogos y psiquiatras que me han visitado, todos sin excepción, terminaban consultándome, ellos a mi, un tema personal de tipo espiritual.

Os lo aseguro, todo dios cree.

Me gustaría finalizar este capítulo sobre la creencia, con un interesante apunte del especialista británico ya mencionado, Roger Clarke: «solo las clases medias niegan las apariciones». Los representantes de las clases más humildes no tienen ningún inconveniente en reconocer sus experiencias. La realeza, por lo que vemos en Suecia, tampoco. Dicen que la Reina Sofía es también amiga de estos temas y que incluso tiene un chamán en nómina. El gran miedo al descrédito, pues, permanece exclusivamente en las clases medias, temerosas de verse desposeídas de la recién adquirida pátina intelectual que les reafirma en su frágil superioridad.

CAPÍTULO 44

Canarias

Paquita era nuestra corresponsal en Gran Canaria y quien organizaba nuestras visitas de trabajo al archipiélago. Una mujer de familia acomodada y gran sensibilidad espiritual que supo de nosotros por los medios y que un buen día tomó también su avión rumbo al Prat para presentarse en nuestra consulta de Sabadell.

Nos contó que respiraba cada creciente dificultad, que se ahogaba y que notaba una opresión en el pecho. Enseguida vi que traía encima un hombre de aspecto asiático

y le rogué que se sacara el colgante que llevaba en el cuello. Era una gargantilla que le había vendido, dijo, un filipino en unas conferencias de corte esotérico en Gran Canaria. Era lo que la estaba ahogando. Nada mas desprenderse del collar sintió alivio, empezó a respirar bien y jamás volvió a notar aquella opresión en el pecho. Fue sencillo, bastó con limpiar el collar de la energía negativa del filipino, tirarlo a la basura y de ahí directo al contenedor de la calle.

Tal como solíamos hacer siempre, miramos también a la acompañante, en este caso su hermana Pepita. Sufría un extraño dolor en el brazo y ojo derechos, como unas punzadas, pero no nos lo dijo. Aún me divierte recordar su cara de sorpresa cuando le pregunté si le dolían el brazo y el ojo derecho. Yo estaba notando en aquel momento esos dolores en mi cuerpo por lo que fue sencillo dar con ello. La acompañaba un joven toxicómano que en vida se inyectaba la jeringuilla en el brazo, y que nos costó relativamente poco trabajo extraerlo para siempre.

Las dos hermanas quedaron tan sorprendidas de nuestra eficacia que nos solicitaron viajar a Gran Canaria para atender a multitud de personas necesitadas. Nos prepararon la consulta de un masajista y terapeuta de nombre Bartolo y cuando lo tuvieron todo a punto volamos a las islas. En una de esas visitas, limpiamos la casa de un hermano de ellas en la que se movían los objetos, batían las puertas y una mesa de vidrio muy grueso quedó partida en dos mitades exactas de un corte limpio y perfecto. Además, como siempre, atendimos a cientos de personas. Solo repetimos un par de veces el viaje a Canarias, especialmente cansado por la lejanía, pero la amistad con las hermanas del Pino fue, por mi parte, hasta la muerte.

CAPITULO 45

Almas gemelas

La relación de Paquita con el párroco de su comunidad es el perfecto ejemplo de almas gemelas. A veces hay personas que pasan por este mundo y otros mundos para hallar su alma gemela y cuando la encuentran no dudan, se entregan a ella en cuerpo y alma y son igualmente correspondidas. Hay almas que están predestinadas a otras almas porque son precisamente eso, gemelas. Lo fueron en un eco del pasado y lo serán para siempre jamás. Ni la muerte podrá nunca separarles.

Yo he conocido varios ejemplos de almas gemelas, incluso en una ocasión casé a dos de ellas, como oficiante laico de su ceremonia, porque así me lo pidieron. Fue una fiesta muy divertida. Hay que decir que todos tenemos un alma gemela y en nuestro inconsciente lo sabemos. La buscamos desde que nacemos y cuando abandonamos este plano de vida seguimos buscándola en el más allá. Solo los más afortunados la encuentran en este plano y es realmente una suerte pues equivale a un billete para la eternidad. Subes al cielo con él o ella y dices misión cumplida, hasta nunca mundo cruel.

Uno de los casos más sintomáticos es el de Paquita, esa buena samaritana canaria que ayudaba a todos en todo, que había tenido un matrimonio breve y traumático del que le quedó tanto miedo a los hombres que siempre me preguntaba: Antonio, ¿tu crees que encontraré algún día un hombre bueno de verdad? Yo le respondía que seguro que sí, que su alma gemela la estaba esperando y que lo reconocería a primera vista. Una de esas cosas que ni yo mismo sé porque las digo, pero que casi siempre se terminan cumpliendo.

Y así fue. La buena de Paquita se enamoró del párroco de su pueblo nada más verlo y fue inmediatamente correspondida por él. Pero la católica castidad en la que

ambos creían se interpuso entre ellos y aunque él estaba dispuesto a colgar los hábitos, ella nunca lo consintió. Fue una bella relación de amor, sin sexo ni matrimonio, pero tan pura que trascendió a la espiritualidad.

El era conocido en toda la comunidad como un hombre de extrema bondad. Es un ángel bajado del cielo, decían de él. El día que ambos se conocieron, en una fiesta parroquial, sus primeras palabras fueron «eres mi alma
gemela», y así fue. Siguieron momentos mágicos, conversaciones interminables y largos paseos por la playa, incluso tomados de la mano en ocasiones. Pero la relación física nunca pasó de ahí.

Cuando Paquita se rompió el fémur me llamó (siempre teníamos largas conferencias telefónicas entre Sabadell y Canarias), para contarme que la operación fue un éxito y que, mientras ella estuvo bajo los efectos de la anestesia, había estado hablando animadamente y en una atmósfera de extraordinaria espiritualidad con su único gran amor, el sacerdote Mariano.

Al despertar su hermana le contó que Mariano acababa de fallecer. Ahora entiendo, me decía sollozando desconsoladamente por teléfono, porque estuvimos tan a gusto durante mi anestesia, porque la sensación era tan intensa, como en la misma vida real, porque él estaba ya muerto y yo... casi en el otro mundo. Desde el nuevo plano que ahora habitaba, Mariano consiguió permiso para perpetuar su presencia en la Tierra y ayudar a Paquita hasta el día de su muerte. Lo sé bien porque tras una segunda intervención quirúrgica, ella me llamaba continuamente para contarme su experiencia. Yo mismo la ayudé a morir vía telefónica.

En aquella época muchas de mis escapadas del Centro en pleno horario laboral no eran para tomarme un café con leche en el bar de la esquina, sino para comunicarme con ella, ya en estado terminal en un hospital

canario. Eran largas conversaciones telefónicas de casi una hora. Era ella quien me llamaba y yo no podía dejar de atenderla, tal como he hecho siempre con todos cuantos han requerido mis servicios. En sus últimos días en el hospital yo, por teléfono, activaba mi videncia y le indicaba en qué lado de la cama se encontraba Mariano asistiéndola. Te está alargando su mano para que se la tomes, está a tu izquierda, le decía. Añadía que confiara en él porque iba a guiarle mucho mejor que yo a las puertas del más allá. Ella me respondía que sí, que ya le veía, que ya le estaba dando la mano y que su presencia le reconfortaba. Paquita murió en paz.

El caso de Paquita es notable y el afecto que siempre sentí por ella extraordinario. Sus experiencias me recordaban a algunas de las mías. Como en México, tampoco en las islas Canarias, probablemente por influencia latinoamericana, no se da esa vergüenza en admitir la presencia de fantasmas, ese miedo a parecer tonto, o peor aún, loco, que en la península nos atenaza.

Como yo, Paquita también veía espíritus por la calle y en locales públicos. A diferencia de mi, sin embargo, ella no tenía inconveniente en comunicarlo de inmediato a los propietarios del establecimiento.

Recuerdo dos casos que nos contaba con simpatía y con esa lánguida cadencia en el habla canaria que tanto recuerda a la cubana. En el primero, estaba ella cenando en un restaurante en Playa de La Sardina, en la costa norte de Gran Canaria. Paquita veía pasear entre los comensales un músico, guitarra en mano, con pantalones blancos y camisa roja. Le dijo al propietario del local lo que estaba viendo y dio todos los detalles sobre aspecto, vestimenta y guitarra. El hombre recordó inmediatamente que, años atrás, un músico de aquellas características cayó del escenario con tan mala fortuna que murió en el acto.

El segundo caso que recuerdo de los muchos que nos contó, fue en un colmado de alimentos en Las Palmas. Vio un hombre vestido con americana de cuadros y una señora con un vestido blanco con siluetas negras de moda algo anticuada, pero muy común hace años entre las mujeres de la isla. Ni corta, ni perezosa, volvió a hacer lo que yo jamás he hecho en mi vida, comunicarlo al dependiente. Retransmitió en directo aspecto y detalles personales de cada uno de esos seres y éste le confirmó que, efectivamente, eran los antiguos propietarios del colmado, ambos ya fallecidos. Paquita le respondió, pues mire usted, ahora mismo están aquí, le estoy viendo a él en la caja registradora y a ella en la puerta mirando a la calle.

Su hermana Pepita nunca tuvo la misma sensibilidad, pero también gustaba de explicar alguna historia, especialmente la aparición de su marido después de muerto. Me acosté, me contó asustada, y en cuanto apagué la luz veo en la puerta a mi marido derecho, de cuerpo entero, pero tapado por una pequeña nubecilla de rodillas para abajo. Me asusté un poco, pero no creas que mucho. Le dije, y todavía no entiendo como pude ser tan ruin, ¿pero qué haces tu aquí?, ¿pero tú no estabas muerto? Él me hizo una media sonrisa bastante desaboría y desapareció. Mi marido me había hecho sufrir tanto en vida que no me quedaban ningunas ganas de volver a verle ni vivo ni muerto.

Recuerdo muy bien que a la mañana siguiente de este suceso, Pepita estaba ya llamándome por teléfono a Sabadell. Le dije tranquila Pepa, tu marido ya no te molestará más. Y así fue, no le volvió a ver nunca más ni vivo ni muerto. Las dos hermanas me estuvieron siempre muy agradecidas por mi atención telefónica pues las respondí siempre a cualquier hora del día o de la noche.

A algunas personas les sorprende que yo pueda trabajar a distancia y por teléfono. Debo decir que es perfectamente posible. Tanto que en múltiples ocasiones me concentro tanto en la conversación telefónica que, al cabo del

tiempo, describo a mis comunicantes cómo es su casa. Describo la alfombra del salón, ese jarrón en la escalera, el cuadro de la cocina y otros detalles. Ellos alucinan porque me aseguran que yo jamás he estado en su casa a lo que yo mismo me quedo sorprendido. La única explicación es que, mientras hablo con ellos por teléfono, hago un viaje astral inconsciente a su domicilio hasta el punto de recordarlo más tarde como si yo hubiera estado allí físicamente.

CAPÍTULO 46

Objetos mágicos

Hemos visto en el capítulo anterior que a Paquita todos los males le venían de la gargantilla que lucía en su cuello. Me gustaría ahora abordar el tema de los objetos malditos o mágicos, dos caras de la misma moneda.

Son legendarias las joyas carísimas que acarrean la mala suerte a quien las posee, se habla de restos arqueológicos egipcios que traen el infortunio a sus descubridores, películas como *El Halcón Maltés* con Humphrey Bogart tienen por protagonista una escultura maldita que provoca la muerte, por no hablar del propio anillo de poder de *El Señor de los Anillos* de J.R.R. Tolkien que concede a su poseedor el poder de la invisibilidad, pero, como efecto colateral, también la enfermiza obsesión por poseerlo.

Mi opinión, porque lo he visto, es que sí existen objetos mágicos. Pero el truco es sencillo. Igual que hemos visto seres espirituales que acompañan a una persona física para absorber su energía, otros seres espirituales se especializan, por decirlo así, en acompañar objetos en lugar de personas.

No es que el diamante la Pantera Rosa de más de mil quilates lleve dentro un ser espiritual ahí encerrado. Lo acompaña al lado y va donde quiera que vaya el objeto perturbando así a la persona que lo posea. Nosotros nos

hartamos de limpiar objetos como piedras preciosas, arcones, cajas, amuletos, colgantes, broches. Todos iban acompañados por un ser espiritual con buena o mala intención, pero que siempre acarrea consecuencias perturbadoras.

Relataré aquí solo dos casos: el fajín peruano y las figuras de santería cubanas.

En noviembre de 1997, un amigo homeópata nos trajo a la consulta a un conocido, Juli Puigbó, con un fajín maya muy bonito comprado en su viaje a Perú. Se trataba de una larga pieza de lana tejida, de casi dos metros de longitud, con figuras humanas y animales. Juli la había comprado a un vendedor de reliquias arqueológicas especializado en piezas muy valiosas que vendía a precios elevados a turistas americanos. Excepcionalmente, ésta la vendió a nuestro amigo a muy bajo precio. El comerciante sabía lo que se hacía: intentaba perder de vista para siempre una pieza que él ya sabía maldita.

Una vez en Sabadell, nuestro amigo colgó el fajín en su casa bien protegido, pensaba él, por un marco de madera y un grueso cristal. Suponía que podía tener mal fario pues desprendía un olor extraño y al aproximarse a él sentía un inquietante malestar y una fuerza que le apartaba hacia atrás y le erizaba el vello. Por eso lo enmarcó tras el cristal. Le explicamos que los espíritus no saben de materia ni menos aún de cristales por lo que aquella protección era nula a todos los efectos.

Nuestro amigo extendió el fajín en el suelo e inmediatamente noté aquel mal olor y una fuerte vibración negativa. El objeto no llevaba un solo ser adherido, sino varios y muchos de ellos ya me habían identificado como cazador, veían peligrar su estancia en la Tierra y se empezaban a movilizar para atacarnos. Habíamos de ser más rápidos que ellos y urgí a M. Àngels para empezar el trabajo inmediatamente sin un minuto que perder.

Nuestro amigo el homeópata, que nos observaba, no pudo resistir aquella atmósfera enrarecida y optó por salir de la sala. Juli lo intentó, pero no se lo permití. Me encuentro mal, nos decía, me está dando taquicardia y creo que me voy a desmayar. Tranquilo le respondí, pero ahora no puedes marchar, tu debes quedarte aqui con nosotros. Eres el propietario del fajín y si salieras de la habitación, ellos podrían salir contigo.

Jamás había visto tal concentración de seres en un solo objeto. No los conté, pero por lo menos había veinte. Los fui conjurando a todos uno tras otro con la inestimable colaboración de M. Àngels y, sobre todo, de los seres de luz que ese día hicieron horas extras.

Eran los sirvientes de un gran líder espiritual maya que en su día fueron sacrificados para ser enterrados con él, ejercer de guardianes de su tumba y servirle en la otra vida. De eso hará unos siglos y el líder fue enterrado con el fajín. Lo sé porque le vi vestido con una túnica blanca cruzada en la parte delantera con bordados muy bellos idénticos a los del fajín. No cabe duda de que se trataba de una autoridad, que aquella pieza le pertenecía, que había sido enterrado con ella y que, muy enfadado, consideraba que habían profanado su tumba, lo que probablemente era verdad. Ahora me estaba mirando desafiante en actitud guerrera y parecía dispuesto a presentar una batalla más dura que sus sirvientes. Cerré los ojos y proyecté un gran caudal de energía desde mi mano. Quería envolverle con ella, pero se escabullía. Lo intenté con diversas técnicas pero el faraón maya, o lo que fuera aquel cura con plumas, era escurridizo y mostraba un buen dominio de la movilidad en las artes espirituales.

Luchar con aquel ser fue agotador, tardé más de una hora en inmovilizarlo, introducirlo en mi cuerpo y finalmente entregarlo a M. Àngels. Ella, a su vez lo ató y lo entregó a los seres de luz quienes, sorprendentemente, en este caso habían estado todo el rato a mi lado esperando el

final del mi trabajo. Normalmente no son tan pacientes, van al grano y solo acuden en el último momento.

El fajín ya estaba limpio, ni olía ni desprendía malas vibraciones. Ahora el problema de Juli era qué hacer con aquellos dos metros de lana pues aunque yo le aseguraba que era inofensivo y que ya no podría causarle ningún mal, él le había cogido manía y no quería verlo ni en pintura. Le aconsejé que lo regalara a algún museo etnológico, pero marchó con el fajín bajo el brazo y no le hemos vuelto a ver.

El segundo caso de objetos mágicos lo protagoniza mi buena amiga cubana, Yanet. Graduada en música por la Escuela de Arte de la Habana, ex–teclista de la orquesta de la Radio Televisión Cubana y actual miembro del grupo de habaneras en catalán y castellano Haváname, la cantante cubana Yanet de 41 años y residente en Barcelona, conoció nuestro Centro Espiritual de Sabadell, en 2013, y dice que eso le cambió la vida.

De pequeña ya soñaba con espíritus e intuía cosas. Creció con una educación fervientemente católica, pero en un entorno de santería y rituales africanos que en Cuba se consolidan en el sincretismo de raíces nigerianas. Todo ello acabó de conformar una predisposición a los temas espirituales. Pero santeros y babalaos fiables hay pocos por lo que el sincretismo en Cuba puede hacer bien, pero también mucho mal. A ella le echaban sangre de gallina por todo el cuerpo, le adivinaban el futuro lanzándole caracoles y la sumergían en el mar vestida.

En su primera visita con nosotros ya aparcó para siempre sus intentos de suicidio. Eso le sorprendió y le hizo tomarnos una gran confianza. Eso y que ella, que venía de un babalao de Barcelona que le cobraba 400 euros por visita, alucinaba con nuestra tarifa voluntaria. El problema es que le sacábamos un espíritu y nos venía a la semana siguiente acompañada de otros dos. A Yanet nunca la limpiábamos del

todo, probablemente a causa del ambiente de rituales y santerismo en el que vivía en Barcelona.

Un día le pedí que se quitara la piedra que le colgaba del cuello, lo hizo pero nos dijo que en su casa tenía muchas más. Le sugerí que las trajera y nos las dejara ver, lo hizo y quedamos horrorizados. No eran una o dos sino una maleta entera llena de velas, muñecos de ropa, agujas de vudú, palos de madera, crucifijos, figuras de santos que ella alimentaba cada día y otros amuletos supuestamente mágicos.

M. Àngels y yo le recomendamos que se deshiciera inmediatamente de todo aquel material pues su influencia era muy negativa. De entrada, ella no nos obedeció. Se sentía tan apegada a sus amuletos que le costó un año aceptar que tenía que desprenderse de ellos. Algunos miembros de su familia, con los que convivía en la misma casa, también se lo impedían. Un día, en un arrebato de lucidez, fue con el carrito del súper al puerto de Barcelona y lo tiró todo al mar. La liberación fue inmediata.

CAPITULO 47

Los animales tienen alma

Me gustaría ahora hablar sobre el mayor respeto que debemos a todos los seres vivos con los que compartimos este planeta. ¿Qué es un ser vivo? Un ser vivo es un ser de luz exactamente igual que nosotros. ¿Inferiores? Según como se mire. Los perros sin ir más lejos tienen más olfato y oído que nosotros. Solo son dos facultades físicas, pero eso como mínimo ya nos indica que inferiores en todo no son.

Los perros trabajan en la Policía, la Cruz Roja o la ONCE. Aprenden rápido, buscan personas entre los escombros, drogas o explosivos y son fieles compañeros de los ciegos. Un perro llega a detectar un ataque epiléptico de una persona veinte minutos antes de que suceda.

Tampoco emocionalmente son inferiores. Yo tengo en casa dos perritos a los que adoro y de los aprendo cada día que su vida es, como mínimo, tan importante como la mía. Esa alegría con la que me reciben cada día no se paga con todo el oro del mundo. Tras un año sin verte se lanzan a tus brazos como el primer día. Si un ser es capaz de dar tanto amor y de manera tan incondicional, ¿por qué le relegamos al papel de mascota, de ser inferior? ¿Cuántos de nosotros somos capaces de regalar un amor tan incondicional? Debemos tomar mucho más en serio el reino animal porque nosotros pertenecemos a él. Antes de pegarles deberíamos pensar que sus mandíbulas podrían destrozar fácilmente los huesos de nuestra mano y, sin embargo, nunca hacen uso de ellas. Son más «personas» que nosotros.

Personalmente no tengo la menor duda de que los animales tienen alma. Uno de mis descubrimientos, fue en una visita que M. Àngels y yo hicimos a una casa particular en un pueblo cerca de Vic. Limpiamos a toda la familia uno por uno y al final me dijeron si quería también «mirar» a la abuela, una ancianita silenciosa que permanecía sentada en su rincón con un perrito en la falda. Me ofrecieron quitarle el animal de sus rodillas pero contesté que no era necesario. Me senté frente a ella, cerré los ojos y puse en marcha el dispositivo habitual. Al pasar mi láser alrededor de su cuerpo, noté inmediatamente la respiración del perrito dentro de mi cuerpo. Más significativo fue que cuando empecé a barrer el cuerpo de la buena señora, el chucho lo percibió y paró de respirar en seco, enderezó sus orejas y me miró fijamente. Estaba notando mi energía. Para cerciorarme, repetí la experiencia varias veces con barridos generales, y cada vez que dirigía mi energía a la señora, él retenía la respiración fijando su atención en mi. No me cupo la menor duda, los perros captan la energía y la sienten tanto o más que nosotros. Con el tiempo he confirmado hasta la saciedad esta experiencia con los animales. Si sienten la energía ¿cómo no van a sufrir, amar, alegrarse o emocionarse, tanto o más que nosotros? No hay duda: los animales tienen alma.

CAPITULO 48
Las plantas tienen alma

Mucho se ha escrito sobre el efecto benefactor de hablar a las plantas. Tal como he apuntado anteriormente, yo mismo lo comprobé en mi época de jardinero. Hay quien no lo cree y trata de locos a los que hablan a las plantas. Pues bien yo soy uno de esos locos y puedo asegurar que las plantas mueren o resucitan según el sentimiento que les dediques. Por supuesto que hay que regarlas correctamente y darles todos los cuidados técnicos que necesiten. Pero eso se puede hacer con amor o con la frialdad de un técnico. Si se hace con amor el resultado es cien veces mejor y más rápido.

Podría explicar mil anécdotas que ilustran este pensamiento, pero me remitiré a la que tiene por protagonista a mi compañera M. Àngels. Me llamó un día desde su segunda residencia para decirme con voz grave y muy apenada que la palmera que había plantado tenía todas las hojas secas y se estaba muriendo. No se había dado cuenta de los primeros síntomas porque la atendía poco y ahora la enfermedad se encontraba ya muy avanzada. Para empeorar el asunto al día siguiente marchaba un mes de viaje así que había que hacer algo con urgencia porque ahora la enfermedad estaba ya muy avanzada. Le dije que cavara una circunferencia a su alrededor a modo de foso, que le aplicara el riego gota a gota y, lo más importante, que hablara mucho con ella. Que luego se fuera a dormir y mañana será otro día. No creí que siguiera mis consejos pues M. Àngels es poco de plantas y animales, pero me equivocaba.

Lo hizo y, según me dijo, acercó una silla al lado de la palmera y, robándose a sí misma horas de sueño, estuvo varias horas de esa noche hablándole a la palmera con la manguera en la mano y proporcionándole agua muy lentamente. Le suplicó que sanara, le habló de los esfuerzos que estaba haciendo por salvarle la vida, de cuanto la

necesitaba y qué se yo que más le diría en tantas horas. La cuestión es que el árbol, como ser de luz que es, respondió al tratamiento de afecto.

Al día siguiente me llamó para decirme que había seguido mi receta al pie de la letra y que había notado una comunicación energética que jamás había sentido antes con una planta. Habían hablado con el lenguaje de los sentimientos. Era, decía, como cuando tomo las manos a nuestros pacientes. Ahí estábamos las dos, la palmera y yo a solas, hablándonos y ha sido una experiencia muy bonita que incluso me ha hecho llorar en algunos momentos. Ahora tengo que irme, me dijo, pero dejaré aquí a mi madre para que siga regando la palmera y hablando con ella. Su madre se aplicó al tratamiento con fe y confianza y al cabo de un mes, a su regreso de viaje, M. Àngels me llamó exultante de alegría: has de venir a ver la palmera, esta guapísima, llena de vida, ¡ha resucitado!.

Estaremos locos, pero los grandes invernaderos ya les ponen música.

CAPÍTULO 49

El tractor en el pajar

Encontrar una entidad externa que acompaña a una persona es como buscar un tractor en un pajar, muy fácil. Pero encontrar el espíritu propio de la persona, ese cuerpo energético con el que hemos nacido y que es la fotocopia inmaterial de nuestro propio cuerpo físico, era dificilísimo. Eso era para mí como encontrar una aguja en un pajar. Me cansaba mucho. Disparaba el láser, escaneaba con él a la persona de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, pero no encontraba nada. Sudaba a mares antes de localizarlo. Quizás otros videntes han desarrollado la habilidad de detectarlo fácilmente. Yo no y me preocupaba porque la

curación a muchos de nuestros pacientes pasaba, precisamente, por trabajar con su cuerpo energético.

El caso más singular en este aspecto y que significó para mi otro importante aprendizaje espiritual fue el de un paciente tan habitual y «adicto» a nuestra consulta que terminó convirtiéndose, como tantos otros, en amigo personal.

Enric es sabadellense y trabaja en Sant Cugat del Vallès. Antes había trabajado en la Llar del Llibre de Sabadell y en varias empresas del sector de las artes gráficas. Es extraordinariamente amable, cordial, muy simpático y risueño. Y todo un veterano en solicitar ayuda espiritual pues ya conoció en los años 80 a Jordi M., el exorcista histórico de Sabadell y maestro de M. Àngels, quien ya le arrancó a su abuela de encima. Pero desde entonces los sigue atrayendo como un imán.

Enric es de esos alumnos aventajados que han aprendido, gracias a nuestras lecciones, a detectar cuando va cargado y a liberarse por sí mismo de la entidad. Desarrolló un método personal y le funcionaba. Cuando me noto una pesadez aquí, decía Enric tocándose los ojos, es que ya he enganchado uno. Es cuando voy medio atontado por la vida, como con ganas de acostarme. Otro signo infalible es perder el humor. Si estoy de mal rollo varios días seguidos, seguro que llevo uno encima. Como el cura madrileño Carlos, Enric también se tomaba «las malas compañías» como un simple virus que hay que tratar con antibiótico.

Es cómo si vas a El Corte Inglés en hora punta un día de rebajas, me decía Enric. Vas chocando con todo el mundo, tropiezas con el uno y con el otro y no te preocupa quién sea. A mí ahora ya tampoco me preocupa quién se me pegado. Pues mira, un pobre desgraciado que no sabía donde darla. No me ha elegido especialmente a mi por ser quién soy, como tampoco me eligió el señor de El Corte Inglés que topó conmigo. Es puro azar. Si tú estás bajo de moral y de fuerzas,

se lo pones fácil a los espíritus. Es cómo cuando tienes el sistema inmunológico bajo, coges todas las enfermedades. Pues yo durante un tiempo lo pillaba todo. Pero cuando lo notas rezas una oración breve pero contundente. Bastan unas pocas frases pidiendo a Dios, con mucha fe, que te libere de esa mala compañía. Y si ella persiste vas a un especialistas, como Antonio, y te lo saca.

Enric lo veía todo así de fácil, pero lo cierto es que en una ocasión el problema que nos planteó fue de una dificultad extraordinaria y tuvo que ver con el tractor y la aguja en el pajar.

Hay gente que lleva su propio espíritu desplazado, es decir, un poco salido de su cuerpo. Tratándose de un cuerpo energético idéntico al físico, debe estar perfectamente encajado en nuestro interior, como las muñecas rusas. Muchas personas, sin embargo, lo llevan algo desplazado hacia arriba, hacia abajo, hacia la izquierda o hacia la derecha lo que les provoca no pocos trastornos de equilibrio, vértigo, mareos y otros. En los peores casos, algunas personas arrastran su cuerpo energético totalmente fuera del físico hasta una distancia máxima de un metro, que es la longitud aproximada del cordón de plata. El cordón de plata es algo parecido al cordón umbilical que nos une a nuestra madre durante el embarazo, pero aquí es brillante, muy luminoso y une ambos cuerpos físico y espiritual. A menudo mi función consiste precisamente en encajar los dos cuerpos, uno dentro del otro.

Un día, jugando con su hija en un parque infantil, un columpio en movimiento golpeó fuertemente a Enric en la cabeza y cayó al suelo de manera aparatosa. A partir de aquel día empezó a sufrir visión borrosa y pérdidas de equilibrio. Por entonces trabajaba en artes gráficas y veía la pantalla desenfocada durante toda la jornada, se levantaba y parecía que caía. Iba tan mareado que se hizo un tac en Asistencia Sanitaria, pero los médicos no supieron dar razón de sus vahídos. Aunque los síntomas no eran los habituales

de una posesión a los que él ya estaba acostumbrado, a los pocos días decidió visitar el Centro Espiritual para que le mirásemos.

Vino hasta cuatro veces porque tampoco nosotros sabíamos encontrar la causa de sus desequilibrios. No iba acompañado, estaba limpio y así se lo comunicábamos en cada sesión. Finalmente, a la quinta visita, el Jefe me dijo desde arriba, míralo espiritualmente, y me puse a buscar su cuerpo energético, el de él. Nunca había sudado tanto. Venga a barrerlo con el láser de un lado a otro, pero no encontraba nada, ni poco ni muy desplazado, nada. Bien había de tener Enric en algún lugar su doble etérico pues, de no tenerlo, sencillamente estaría muerto. Pero yo era incapaz de hallarlo.

Se me ocurrió no buscar a los lados, sino arriba y abajo. Y luego muy arriba y muy abajo hasta que por fin di con él. Estaba donde menos lo esperaba ¡en el suelo! El cuerpo energético de Enric reptaba en horizontal a un palmo del suelo, mordiendo el polvo cabeza abajo, con los brazos en cruz y sus pies pegados a los pies físicos como una sombra. Jamás había visto cosa igual. Ni nunca más lo he vuelto a ver.

Aquello era extraordinario.

Una vez ubicado su cuerpo luminoso, la recolocación fue sencilla. No diré plácida porque ese procedimiento exige un gran esfuerzo físico por mi parte en cuanto a retenciones de aire y proyección de energía. Pero por lo menos, a partir de ahí, la técnica era ya conocida y sabía lo que tenía que hacer. Lo de siempre: con mi láser recojo el cuerpo energético donde quiera que se encuentre, lo enderezo, lo superpongo sobre el cuerpo físico como un calco y me fijo en un punto muy pequeño, por ejemplo un botón de la camisa. Poco a poco voy situando un cuerpo sobre el otro hasta que ojos, nariz, brazos, manos y pies, y sobre todo ese botón de la camisa que he tomado de referencia, se ajustan perfectamente. Luego levanto todo el cuerpo espiritual un palmo por encima de su cabeza física, lo suelto y lo dejo caer.

Si en esa caída ambos cuerpos se ajustan perfectamente, podemos dar el trabajo por concluido.

Me gusta realizar esta operación porque los resultados son inmediatos. Todos los pacientes suelen tener la misma sensación y Enric no fue una excepción: se sienten más altos. Dicen andar como flotando y sentirse más ligeros, pero sobre todo, afirman sentirse un poco más altos, como si hubieran crecido varios centímetros y lo vieran todo desde un poco más arriba. La sensación de alivio se les advierte siempre en el semblante, entre sorprendido y alegre. Esa satisfacción en el rostro, a veces con lágrimas de agradecimiento en los ojos, fue siempre la mayor satisfacción de mi trabajo, la chispa que me hacía continuar en la brecha a pesar de mi escaso sueldo y las muchas horas que le dedicaba. Aquel abrazo de algunos no tiene precio. Era en estas ocasiones cuando los pacientes notaban que, en aquel Centro de M. Àngels, yo era bastante más que un simple comparsa.

El gran desplazamiento del cuerpo espiritual de Enric fue debido a un golpe en la cabeza con un columpio, pero puede darse en otro tipo de golpes secos y bruscos, el más habitual de los cuales es el accidente de tráfico. En un frenazo repentino en la carretera o en una fuerte colisión frontal, la persona sale disparada hacia delante. Por la misma inercia, el cuerpo energético, más ligero, vuela todavía mucho más adelante que el físico. Ni el cinturón de seguridad ni el airbag van a interrumpir su trayectoria al doble etérico.

Sobre mi dificultad en detectar esa aguja en un pajar, valga aquí añadir una pequeña anécdota que en una ocasión me hizo sentir profundamente avergonzado ante las entidades superiores.

Aquel día había ya limpiado a mi paciente y le estaba dando el último repaso como solía por si quedaba algún fleco pendiente. Mientras él charlaba con M. Àngels, detecté que todavía llevaba una segunda entidad a su lado. Y en cuanto me fijé vi que era muy grande, de dos metros de alto por lo

menos, y de una luz muy potente. Me extrañó que algo tan espectacular me hubiera pasado por alto en la primera limpieza. Me puse a trabajar inmediatamente como es mi obligación y empleé toda la fuerza de mi láser, pero la entidad ni se inmutaba. Me sorprendió que ella tampoco se rebotara contra mí, como es habitual. Normalmente la entidad que es realmente poderosa, como parecía ser el caso, me intimida, me insulta, me agrede. Ésta no. Parecía pacífica, pero muy resistente, yo no la podía desplazar ni un milímetro y al final me dijo telepáticamente, no me hagas daño Antonio, soy uno de los tuyos, trabajo contigo. Le ignoré pues, como he dicho, soy de natural desconfiado, jamás me creo nada de nadie y menos en el mundo espiritual. Desde arriba sin embargo me confirmaron que realmente era un ángel y que le dejara en paz porque no estaba acompañando al paciente, sino que era una de los seres de luz que venían a ayudarnos. Con los ojos cerrados habría captado su frecuencia positiva, pero en aquel momento yo estaba trabajando con los ojos abiertos, no usaba la videncia y no pude ver la calidad de su luz. Fue una confusión que me avergonzó.

A partir de aquel día siempre más me aseguré de que mi presa no fuera uno de los ayudantes que nos envían desde arriba, para no meter la pata. Pero la experiencia tuvo su lado positivo pues con ella confirmé que nada puedo ni podré jamás contra los seres de luz auténticos por mas que enardezca mi instinto cazador. Por eso digo siempre bromeando que ya se me puede presentar el mismo Jesucristo que yo iré a por Él, a cazarlo sin compasión. Si verdaderamente es Él me va a resultar imposible, por lo tanto no hay nada perdido. Primero disparar y después preguntar, ése es mi lema. Ahí es donde se demuestra que mis poderes no son míos, sino prestados, que yo apenas soy una herramienta del Jefe y que mi único cometido es ayudar en positivo. Ni queriendo podría yo hacer daño a quien no lo mereciera. No sabría ni por donde empezar.

Anécdotas hay tantas. Varios libros como éste podría escribir solo con anécdotas. No puedo ahora resistir la tentación de contaros una de las más divertidas a modo de colofón de capítulo, la de aquella entidad despistada. Estábamos haciendo nuestro trabajo como siempre, pura rutina, y justo en el momento en que los ángeles de luz se disponían a llevarse una de las almas, vi atravesar la pared que nos separaba de la sala de espera a una entidad masculina, que rehuía mi mirada y caminaba relajadamente con las manos en el bolsillo, como disimulando. De repente aceleró y se fundió con los seres de luz para subir con ellos al cielo.

¿Y ése?, me pregunté ¿De dónde ha salido? Se lo conté a M. Àngels y echamos unas risas. ¡El tío se había colado! como quien no quiere la cosa, solo le faltaba silbar un poco. Es de destacar que poquísimas entidades deciden voluntariamente tomar el tren a las alturas, así que ese hombre tan lúcido como impaciente, que no pudo esperar en la sala de espera, fue toda una excepción. Y un pillo rematado.

La relación entre M. Àngels y yo nunca fue más allá de lo profesional ya que ninguno de los dos es precisamente el tipo del otro. Pero no puede negarse que compartimos los mejores años de nuestra vida, que descubrimos juntos que habíamos venido a este mundo a ayudar y que nos entregamos a ello en cuerpo y alma. Hoy somos vecinos del mismo bloque de viviendas en cuyos bajos se encontraba el Centro. Nuestra relación es cordial y, en la actualidad, no son pocas las ocasiones en que ella aún recurre a mi para arreglarle alguna chapuza con el buzón, la antena de televisión, un grifo que gotea o un ordenador que no se conecta a Skype. A mis 63 años me sigue viendo como su chico para todo. Yo, como a todo el mundo, la sigo respetando.

CAPITULO 50

Triste premonición

¿Sabes Rose? Morirás en brazos de David. Se lo solté así, sin venir a cuento, en el momento menos apropiado. Y sonó tan increíble, incluso para mi, que Rose se echo a reír y me dijo que eso era imposible porque ahora ya no estaba con David, sino con su nueva pareja al que amaba con locura y con el que iba a compartir el resto de su vida. Tan avergonzado estaba yo de las palabras que acababan de brotar de mi boca que le pedí disculpas. Perdona Rose, no sé ni por qué lo he dicho, me han venido esas palabras a la mente y las he tenido que decir en voz alta, olvídalo.

Rose y David eran pacientes habituales del Centro y también buenos amigos. Acudían frecuentemente a nuestra consulta y hacían una pareja maravillosa. Médicos ambos, lo compartían todo, eran alegres y positivos, y no podían ocultar que estaban profundamente enamorados.

Pero la vida es impredecible y, de repente, rompieron. Ella había encontrado un nuevo compañero, supuestamente el amor de su vida y se la veía sinceramente ilusionada. A partir de ese momento siguieron viniendo a nuestra consulta, pero por separado. Quedaron como buenos amigos, no se reprochaban nada y la relación continuó siendo buena, pero ya no de pareja.

Al poco a ella le detectaron un cáncer y pasó un par de años probándolo todo para curarse. Incluso viajó a Cuba en busca de medicinas alternativas, ella que era médico. Su pareja la abandonó y a su regreso de Cuba quien la acogió en su hogar para cuidarla fue precisamente David, su ex, quien nunca había dejado de amarla. David pidió una excedencia en el trabajo, acondicionó toda una habitación de su casa como si fuera un hospital, y se dedicó a ella a jornada completa en cuerpo y alma. Ambos sabían que lo único que él podría hacer por ella sería ayudarla a morir.

Nos llamaron, nos pidieron visitas a domicilio a lo que por supuesto accedimos y, durante varias semanas, M. Àngels

y yo estuvimos yendo cada viernes a visitarla a su casa. A los dos meses, uno de esos viernes por la tarde, David nos abrió la puerta y nos dijo: acaba de fallecer en mis brazos. Justo lo que yo había predicho dos años antes.

Haberlo visto con dos años de antelación no me produce la menor satisfacción. Es una historia bonita, pero demasiado triste como para alegrarse de haberla «visto» con anterioridad. La videncia es a veces truculenta y yo, personalmente, preferiría no tener premoniciones tan desoladoras. Pero no domino mis facultades. Ellas me dominan a mi y yo soy una simple herramienta en manos del Jefe al que me debo enteramente. Quién sabe si él consideró oportuno que yo le dijera a Rose como iba a morir con dos años de antelación. Igual eso la preparó para una muerte a la que, desde luego, se abandonó con absoluta conciencia.

CAPÍTULO 51

Un bello adiós

A raíz del caso de Enric y siguiendo instrucciones del Jefe («a partir de hoy busca siempre la aguja en el pajar») inicié una nueva época en mi trabajo dando mayor importancia al cuerpo energético de cada persona. Aprendí a detectarlo cada vez con mayor facilidad y aprendí también que podía recargarlo de energía en casos en que la enfermedad o debilidad de la persona nada tuviera que ver con posesión.

Eran muchos los pacientes que venían hasta nosotros solo por sentir esa debilidad, pesadumbre, depresión o dolor generalizado. Les mirábamos y no hallábamos entidad alguna que les acompañara. Eran pues esos pacientes limpios pero desanimados, a los que yo recargaba energéticamente su cuerpo etéreo.

Es como cargar una batería de coche vacía con esas pinzas eléctricas que conectamos a los electrodos de otra batería llena. Primero, la carga eléctrica entre las dos baterías

se equipara y a partir de ahí, cuando ambas están igualadas, las dos se van cargando más y más. Yo había abierto meses atrás mi chakra de la coronilla, por el que salimos cuando morimos. Descubrí que ese chakra era también una excelente puerta de entrada para absorber energía fresca en mi cuerpo procedente del exterior, que podía canalizarla hasta mi plexo solar y de ahí, con mi láser, lanzarla al plexo de mi paciente.

Con esta técnica hicimos mucho bien, pero recuerdo especialmente el caso de la abuela Josefina. Como yo, ella también veía, pero nunca consiguió convencer a sus hijos de que poseía esa facultad ni de que existe otro mundo, una realidad espiritual que está aquí mismo a nuestro lado. Pero sus hijos la querían, la traían al Centro a menudo y ya éramos buenos amigos. Ellos veían que la mujer, ya muy mayor, salía de nuestra consulta más contenta, más fuerte y con semblante más alegre que cuando entraba, pero lo atribuían a la fe, como un efecto placebo, lo que molestaba profundamente a Josefina.

Ella, refiriéndose a M. Àngels y a mi, decía a sus hijos ¿veis a este señor y a esta señora? pues ellos ven lo mismo que yo y saben las mismas cosas que yo porque todas son verdad. Y ni ellos están locos ni yo tampoco. Su mayor ilusión era convencer a sus dos «niños» antes de morirse, pero sus hijos eran demasiado racionales, de los que le dan mucho al coco, por lo que no podían dar esa ilusión a su madre.

Un día nos la trajeron a la desesperada y se colaron de urgencia ante todos los que esperaban pacientemente en las sala. Perdonad pero mamá está peor que nunca, venimos del médico que ya no ha querido ni medicarla, nos ha aconsejado que la lleváramos a casa para que muera en paz, prácticamente la ha desahuciado. Pero ella ha insistido en venir aquí, dice que será la última vez, y no se lo hemos podido negar.

Les franqueamos la puerta inmediatamente y yo, disimulando sin dejar de conversar, me senté frente a ella y

empecé a buscar su cuerpo energético sin que los demás se diera cuenta. Me costó dar con él porque, como era de esperar, lo tenía a un nivel de energía bajísimo. Pero me activé inmediatamente, abrí el chakra de la coronilla y empecé a canalizar energía de plexo a plexo para ir llenando su «batería».

Llegado el punto de carga máxima, y por tratarse de un caso especial, me pareció adecuado seguir cargando aún más a la mujer. Disfruté con ello pues se la veía mejorar a ojos vista. Enderezó su cuerpo, nos miró uno a uno con una viveza extraordinaria en su mirada y su rostro se iluminó con una sonrisa que no hubiéramos podido ni soñar minutos antes. Por fin me creéis, lo veo en vuestra mirada, dijo solemnemente a sus dos hijos.

Cuando menos lo esperábamos rompió a llorar. Estoy llorando de alegría, nos dijo, si pudierais ver lo que yo estoy viendo. Nos lo decía con los ojos bien abiertos y añadió qué bonito, pero Dios mío qué bonito, nunca había visto tanta hermosura, veo a los ángeles que vienen a buscarme, tan blancos, ¿cómo? ¡ah! que me dicen que aún puedo esperar un poco más, que no hay prisa. No siento ningún dolor, ni siquiera estoy cansada, estoy como flotando. Ante aquel «milagro», los dos hombres no pudieron mas que reconocer su error. Qué lastima, dijeron, que hayamos tardado tanto tiempo en darle crédito a mamá, en saber que no nos mentía, que ni siquiera desvariaba.

De repente Josefina calló con aspecto solemne, nos mandó callar a todos con su índice en los labios y se produjo un silencio cómplice entre los cinco, un silencio largo y cargado de belleza que ella empleó en mirar a su alrededor con aire trascendente y que duró hasta que ella quiso. Luego Josefina se levantó sin la ayuda de nadie, ella que había entrado tambaleándose y sujetada por las axilas entre sus dos hombretones, y les lanzó un imperativo ¡vamos chicos! ya podemos irnos a casa. Era tanta su alegría y tan simpática

aquella situación que nos miramos los cinco sonriendo primero y riendo luego a carcajadas.

La mujer inició la marcha a paso vivo, como un general ante su ejército, todos la seguimos. A mi me pareció que ya podía desconectarla y lo hice. La despedimos hasta la puerta y allí se emocionó nuevamente con lágrimas en los ojos entre besos y abrazos. Aquella mujer tenía muy claro que se iba para siempre y parecía que la noticia la hacía muy feliz. Gracias a vosotros, nos dijo, mis hijos han creído por fin en mi y en el mundo que llevo años predicándoles. Nunca os lo podré agradecer lo suficiente. Cumplido este sueño, ya me puedo ir, ahora sí, para siempre.

Y efectivamente se fue para siempre. Una semana después, uno de los hijos vino al Centro para agradecernos emocionado nuestro servicio y para comunicarnos que su madre había fallecido con una bella sonrisa en la cara. Casos así no se olvidan.

CAPÍTULO 52

El famoso túnel

Aunque habían transcurrido ya muchos años desde mi accidente de moto, seguía provocándome dolorosas secuelas y tuve que volver al quirófano. La prótesis de cadera no funcionaba. Era un modelo experimental y obsoleto que solo habían colocado a ocho personas en toda España y todas habían salido defectuosas.

Había que cambiarla por un nuevo modelo y, encima, cortar otro pedacito de fémur. Fue en aquel quirófano donde vi el famoso túnel que tanta gente evoca en experiencias cercanas a la muerte. Pocos lo describen con exactitud y el propio Bob Fosse se equivocó mucho en *All That Jazz*. No es de aquella manera.

Mi túnel, por lo menos, fue toda otra cosa. Estaba yo en la sala del post-operatorio, donde te tienen en

observación mientras vas despertando, tumbado boca arriba, cuando de repente tuve la sensación de descender lentamente abajo, muy abajo y todavía más abajo. En realidad era mi cuerpo energético el que subía arriba y arriba y más arriba. Pero no ascendía en vertical, como un helicóptero, tal como vemos en las películas. Sino hacia atrás y en diagonal, en dirección a la esquina superior del techo que quedaba detrás de mí. La gente lo compara a un túnel de tren con su famosa luz al final, pero no es así.

A mí me absorbía un potente fogonazo de luz en diagonal, desde atrás y directo a mi cabeza. No giré el rostro para no deslumbrarme, pero veía la luz reflejada en mis hombros y en mi cuerpo. Repito que la luz me venía de atrás.

¿Cómo va a ser paralelo al suelo un túnel si el que lo ve está tumbado en una cama y mirando al techo? Si uno está tumbado, y todos los muertos o moribundos están casi siempre tumbados, no puede tener un túnel de tren ante sus narices porque sería un túnel vertical. Los túneles de luz no vienen nunca rectos hacia tu nariz, siempre te vienen de lado. Por delante o por detrás, pero siempre sesgados.

Escuchaba la máquina del quirófano con esos pip-pip-pip de las películas y después el piiiip más largo que indica la muerte. Según la máquina me estaba muriendo y tenía toda la razón, mi corazón se acababa de parar. Casualmente, cuando yo moría era cuando mejor me sentía. Cuanto más bajaba, o yo creía que bajaba porque en realidad estaba subiendo, menos sentía el dolor, solo sentía un gran bienestar, una paz inmensa. Y cuando por fin dejaba de respirar y mi corazón dejaba de latir, me encontraba en la gloria. Pero rápidamente acudió alrededor de mi camilla todo el equipo médico, seis o siete personas con sus gorritos y tapabocas verdes. Entonces el médico, el Dr. Mas, me cogió por las solapas y por el cinturón y ¡pum! me levantó bruscamente un palmo hacia arriba.

Claro que yo no llevaba americana con solapas ni menos aún cinturón. Vestía como todo enfermo de hospital aquella ridícula bata verde abierta por detrás obligada en toda intervención quirúrgica. Lo que ocurría es que me conectaban a placas de desfibrilación, ésas que reaniman el corazón provocándo una fuerte sacudida en todo el cuerpo. Y mi sensación, lo que yo imaginaba, era que el Dr. Mas me agarraba por solapas y cinturón, como en una pelea callejera, me daba un guantazo y chillaba como un loco ¡Antonio vuelve! ¿Me oyes? ¡Vuelve Antonio, vuelve!

Pero yo para nada quería volver. De hacerlo, iba a dolerme todo el cuerpo de nuevo. Así es que respiré fuerte para que me vieran bien vivo, me dejaran tranquilo y se olvidaran de mí. Lo conseguí y volvieron a marchar, pero para mi infortunio delegaron a mi lado a un solo sanitario, no sé si anestesista, para controlarme. Yo, para engañarle, poco a poco fui respirando menos y menos para volverme a morir sin que él se diera cuenta. Me apetecía mucho morirme e ingresar definitivamente en aquel espacio de gloria infinita. Como el preso que espera el descuido de su celador para fugarse. Así le despistaba yo con tal de marchar para siempre de la cárcel que es este mundo. En cuanto se confiaba el sanitario, yo me dejaba morir. Pero la máquina me delataba, volvía a sonar el piiip sostenido y otra vez prisas y nervios y más placas de desfibrilación y otra vez la pelea callejera con agarrones de solapa, y otra sacudida eléctrica que me levantaba un palmo de la mesa de operaciones. Ganaron ellos, me salvaron la vida. Hay que reconocer que debían ser buenos en eso porque yo no les ayudé un pelo.

A las pocas horas despertaba en mi habitación riéndome de mi torpeza al creer que llevaba americana y pantalones. Pero reflexionando también en cómo era de agradable aquel otro espacio al cual yo ya estaba ascendiendo, un lugar en el que no existían sensaciones físicas, pero en el que se respiraba una paz tremenda, un

lugar habitado por seres de luz que no son ni hombres ni mujeres, todos en armonía, un lugar difícil de describir.

Me lamentaba de que, cuando ya prácticamente había accedido al reino de la luz y la máxima belleza espiritual, de repente me echaran para atrás. Lo sentimos caballero, no es usted bienvenido, su nombre no figura en la lista. Se me permitió solamente catar un bocadito de cielo, solo asomarme a la puerta, y puedo asegurar que aquello era lo más placentero que jamás he experimentado. Por algún motivo no me permitieron quedarme ni los médicos de aquí ni los de allí. Así es que no debía ser mi hora.

Luego comprendí que no podía irme porque mi misión en este triste plano de existencia no había finalizado todavía. Y así fue, en los años posteriores pude comprobar que me quedaba todavía mucho campo por recorrer. Pero de algo estaba seguro. No me cupo la menor duda de que donde yo había estado, aunque solo fuera de visita, era ese lugar al que vamos después de la muerte. Tanta luz, paz y bienestar no podía ser otra cosa que el mismísimo cielo. Eso me proporcionó respuestas a los que dicen, creeré en el famoso túnel cuando alguien regrese de él y me lo cuente. Tengo tres respuestas para este escéptico.

Primero: el que llega ahí, por pura lógica, sigue hacia adelante, salvo contadas excepciones como la mía y la de otros pocos que han sufrido la llamada «experiencia cercana a la muerte». Es decir, normalmente no se vuelve. Y menos aún para contarlo.

Segundo: Cuando uno alcanza ese estado, ya no piensa en lo que deja atrás. Si se me permite la expresión, le importa un bledo. Ni siquiera los familiares que deja atrás le importan, normalmente, más que unas horas o unos pocos días. Tan clara es la sensación de estar regresando a nuestro verdadero hogar. Inmensa es la alegría por abandonar por fin este triste plano terrenal donde hemos vivido una pequeña aventura de apenas 80 o 90 miserables años, que no son nada comparados con la eternidad. Y

encima, 80 o 90 años en uno de los niveles más bajos de la existencia. Marchar pues es un alivio. Es por eso que fracasan algunos pactos entre amigos o cónyuges del tipo cuando llegues al otro lado envíame un mensaje. Cuando el amigo o marido llega al otro lado, lo que menos le importa es lo que deja atrás, del mensaje ni se acuerda. Solo ve la luz y es tanta la paz y bienestar que le proporciona, que no duda en seguirla. Sería como decirle a nuestro marido o esposa, esta noche cuando te duermas, entra en mi sueño y dame un mensaje. ¿Quién es capaz de realizar tal heroicidad? No digo que sea imposible, pero casi.

Así pues, la inmensa mayoría siguen su camino sin pensar en qué o quien dejan atrás. Aunque hay excepciones, algunos sí se niegan a seguir el camino de luz. Los motivos son diversos: desde el apego a una cosa o persona hasta un trabajo inacabado. Pero ésos, a menos que estén especialmente autorizados, pagan su ignorancia o terquedad vagando por nuestro bajo nivel como lo que son, desdichadas almas en pena en busca de la energía fresca que puedan robar a alguna persona física.

Son mis viejos amigos, ésos con los que me he codeado durante 25 años.

Y tercero, aunque el sujeto del túnel regrese a la vida, lo que en ocasiones sucede como me sucedió a mi, no suele contarlo y menos a los escépticos. Si lo intenta, pronto percibe expresiones de duda en sus interlocutores, si no le recomiendan directamente algún medicamento para que se tranquilice con un compasivo, relájate, ahora descansa cariño, han sido muchas emociones, ya te pondrás bien. No es fácil contar una experiencia tan extraordinaria por lo que muchos de cuantos lo han vivido terminan por guardarlo en secreto y hasta casi olvidarlo ellos mismos.

Esta experiencia me confirma una vez más que no estamos solos. Me hacen sonreír quienes preguntan con miedo ¿hay alguien ahí? Porque dudar ya es creer.

CAPÍTULO 53

Dejarlo todo atado

No hay duda de que en muchos casos es el propio enfermo quien elige el momento de su traspaso. En algunos casos es el moribundo el que se niega a morir por querer dejar atado algún asunto antes de irse. A veces espera la llegada de un ser querido que está viajando desde un lugar alejado hasta su lecho de muerte. Otras veces lo que quiere es tranquilidad y elige un momento de soledad, sin ningún familiar ni personal sanitario a su alrededor. O incluso puede esperar a comunicar a un familiar un secreto largamente silenciado. Hay muchos motivos para retrasar la propia defunción.

El motivo de mi suegra para no dejarse morir era doble y bastante prosaico: propiedades y entierros. A sus 89 años ingresaba en el Hospital de Sabadell con un alzhéimer avanzado y muy mal pronóstico. Como buen yerno, hice guardias como acompañante familiar en la habitación del hospital. Justo al lado, estaba mi suegra en su cama, quieta y muda, pero con los ojos abiertos fijos en el techo de la habitación. En mi sopor su voz empezó a resonar en mi cabeza

Hablaba muy rápido, se quejaba de todo y de todo el mundo, tal como tenía por costumbre, e insistía en que estaba muy cansada, que solo quería marchar y que la dejaran tranquila. Pero había también dos temas, muy domésticos ambos, a los que volvía de manera recurrente. El primero era que Pilar, su hija y hermana de Lídia, tenía que quedarse con el piso. Ella me ha cuidado, decía, se lo merece y además siempre se lo he prometido. El segundo era que de ninguna forma la enterraran junto a su marido, con quien no se llevaba bien. La mujer me pedía mentalmente que la incineraran y daba igual lo que hiciéramos luego con sus

cenizas. Cualquier cosa menos ponerlas junto al féretro de su marido.

Del Hospital la trasladaron al edificio de convalecencia Albada y de allá al del Centenario. Pero tanto daba el lugar. Las conversaciones telepáticas suegra-yerno se prolongaron durante quince días. Yo escuchaba y callaba, como suelo hacer en estos casos, para no asustar a mi familia política. Oficialmente la mujer estaba inconsciente, pero a mí me largaba unos rollos de padre y muy señor mío. La mujer, que en la cama ni abría la boca, dentro de mi cabeza no callaba y siempre repetía las mismas cosas.

Por fin, un día, aprovechando que Lídia y Pilar se encontraban juntas en la habitación, saqué delicadamente los dos temas, piso y cenizas, sin mencionar la comunicación telepática. Para desagrado de las dos hermanas, mi monólogo fue en voz bien alta para que me oyera mi suegra moribunda y, solo supuestamente, inconsciente. A ellas les pareció de mal gusto por mi parte abordar temas tan delicados ante la propia interesada agonizante. Me invitaron a salir de la habitación y seguir la conversación en el pasillo a lo que yo me negué educadamente. La señora tenía que oír como yo hablaba con sus hijas, era imprescindible que ella desde la dimensión espiritual, lo oyera todo y no estaba yo muy seguro que pudiera oírnos desde el pasillo. Hubo suerte y las dos estuvieron de acuerdo en todo. Incluso el tercer hermano, de quien esperábamos una férrea oposición y quien se presentó esa misma tarde, accedió también sorprendentemente a las dos voluntades de su madre.

Mi cuñado renunció incluso a la legítima de buena gana para que Pilar se quedara con el piso y conseguí que lo dijera en voz alta y clara en la misma habitación de la moribunda. Tampoco puso impedimentos a la cremación ni a conservar las cenizas en lugar bien alejado del marido. Para mi eso debería ser suficiente para que la buena mujer decidiera abandonarnos voluntariamente lo antes posible.

Pero justo en aquel momento entró el médico, la miró y nos comunicó todo lo contrario, que la agonía todavía podía prolongarse días o semanas. Interiormente me permití dudarlo, pero uno nunca sabe y por supuesto callé. Se equivocó. Mi suegra fallecía a los veinte minutos. En cuanto oyó y supo que sus tres hijos accedían a sus dos peticiones, se dejó ir y descansó en paz.

Morimos cuando queremos.

CAPÍTULO 54
Cosas de niños

Ya he dicho que en el astral no hay espíritus infantiles. Jamás he visto ninguno que no sea un impostor. Me consta por diversas experiencias que, así como las personas mayores deben esperar en ocasiones semanas y meses, en larga agonía, a que un ángel de luz venga a por ellos, los niños tienen servicio de recogida exprés, urgente y con carta certificada. Ellos suben al cielo de inmediato y por la vía VIP. A ningún niño se le condena jamás a vivir entre tristes almas en pena ni entre despistados muertos vivientes.

Desmiento pues fantasías como las niñas gemelas de *El Resplandor* de Stanley Kubrick con Jack Nicholson o incluso los niños de *Los Otros* de Alejandro Amenábar con Nicole Kidman. Dan dramatismo a la película de fantasmas y eso está bien, pero el paralelismo es rotundamente imposible.

La causa de que el mundo espiritual esté huérfano de niños es, posiblemente, que todos los niños son videntes. Una vez fallecidos, tienen más conciencia que nadie de ese otro mundo en el que se mueven como pez en el agua. Era su casa hasta hace poco, vivían allí hasta hace solo un mes, un año o cinco años. Les cuesta poco, por lo tanto, recordar como funciona aquel otro mundo y, en cuanto ven la

luz, comprenden mucho mejor que un adulto que solo hay que seguirla y dejarse llevar.

Mi esposa Lídia, quien respeta estas cosas, pero no cree en ellas mas de lo estrictamente necesario, aún recuerda como nuestro primer hijo, de muy bebé, no le miraba a los ojos ni a la boca, sino alrededor de la cabeza, con un movimiento de ojos cirrcular que se diría reseguir el aura de la cabeza de su madre.

Todos sabemos, y fingimos ignorarlo, que son muchos los niños que han tenido un amigo imaginario. Muchos de nosotros también lo tuvimos pero con el tiempo lo olvidamos o caímos en la burda explicación de que son juegos de niños, ya se sabe, los niños tienen mucha imaginación, no hay que darle mayor importancia.

En mi opinión sí hay que darle mayor importancia. Mucha mayor ¿Pero que significa que tanto niño se construya una cabaña con cojines o se instale bajo la mesa porque ha quedado ahí con su amigo el conejito o con su amiguita Laura? Alguien debería estudiar y sistematizar ese comportamiento porque las conversaciones que oímos los adultos desde la parte de arriba de la mesa de nuestro hijo con su amiguita Laura, no dejan de ser inquietantes. Por supuesto que no son cosas de su imaginación. Personalmente no tengo la menor duda de que ese niño está hablando con algún ser invisible que, la mayor parte de las veces, le transmite sabiduría. Nada que ver con posesiones malignas. Por lo general suele tratarse de entidades positivas pues hasta en eso están protegidos nuestros críos.

Los anteriores razonamientos nos conducen a uno de los temas más incomprendidos por la Humanidad y, muy especialmente, por las madres. Lo expuesto hasta aquí sobre niños responde a la trágica pregunta: ¿por qué ha tenido que morir mi niña con solo un día de vida, dos semanas, tres años? ¿Por qué mueren los niños? ¿Qué sentido tiene una barbaridad así?

Intentaré dar mi explicación aún a sabiendas de que no va a gustar. Todos somos ángeles caídos y todos venimos aquí a hacer los deberes. Todos tenemos una misión. Ciertamente la famosa muerte súbita se lleva a muchos bebés. Para nosotros una tragedia, para ellos una suerte porque en tan poco tiempo ya han cumplido su misión y obtienen permiso para volver a casa. Tenían que pasar por algo y terminar los deberes y ese día o dos semanas o tres meses han sido suficientes. Mucho mejor para ellos pues se han ahorrado vivir 80 o 90 años de sufrimientos en un espacio, nuestro triste planeta Tierra, donde lo físico se impone a lo espiritual con sus guerras, sus enfermedades, su dolor y su eterno sufrimiento. Venir aquí es prácticamente venir al infierno, purgatorio si así lo preferís, por lo que si marchas a las dos semanas de vida te ha tocado la lotería. Deberíamos alegrarnos.

A veces su misión es simplemente hacer reaccionar a los padres de determinada manera, abrirles una nueva conciencia. Cada uno de nosotros somos, a cualquier edad, el eslabón de una cadena enlazada a otra cadena, enlazada a muchas cadenas en una red de cadenas que nos involucran a todos. Todo lo que hacemos afecta al de al lado y al otro y al otro. No lo dudéis, esa muerte súbita tenía una razón de ser. En el mundo espiritual nada es gratuito.

CAPÍTULO 55
Ana Hola Qué Tal

Sobre la muerte de niños con pase VIP al Reino de los Cielos, tengo una bonita historia, la de Ana Hola Qué tal. Aunque el niño, aquí, será solo un personaje secundario

Su historia nos viene de la mano de Ana. La llamábamos la Hola Qué Tal por la simpatía con que nos saludaba siempre al entrar al Centro y siempre con esta expresión: Hola Qué Tal. Ana se estaba muriendo y ella lo sabía, pero no por ello perdía la alegría. Tenía 16 años, era

muy guapa, desprendía frescura y optimismo por todos sus poros y solo venía a nuestro Centro porque su madre la empujaba a ello esperando de nosotros un milagro que, sencillamente, no estaba en nuestras manos obrar.

Nunca la engañamos, le dijimos desde el primer día que no podíamos combatir un cáncer y que el problema de Ana no era de entidades que la acompañaran, ella estaba limpia, sino sencillamente de salud. Pero la devoción por su hija y la desesperación por salvarle la vida, aconsejaban a su madre que nos trajera a Ana todavía un par de veces más. Y volvieron, y ya la esperábamos, y en cuanto entraba por la puerta nos regalaba su luminosa sonrisa, como un rayo de luz rasgando nubarrones, y aquel optimista Hola qué tal nos daba buen rollo.

El de Ana Hola Que Tal fue un caso bonito, de ésos que dejan poso. Pero también muy instructivo pues ilustra hasta qué punto una entidad espiritual puede influir en la tecnología, especialmente en la informática.

En su recuerdo, conservo todavía en mi archivo una fotocopia de aquellos impresos sin fin que expulsaban las primeras impresoras y se iban plegando en zigzag dentro de una cubeta. Papel pijama le llamaban. Es la hoja de contabilidad de una empresa de la construcción con el listado de pagos a sus proveedores (encofradores, carpinteros, albañiles...). Cada línea muestra una fecha (todas del verano de 1997), con la cantidad en pesetas y el nombre y código de la empresa proveedora.

Hacia la mitad de mi fotocopia, sin embargo, la secuencia se rompe. En seis de las treinta líneas no hay nombre de la empresa, ni cantidad, ni fecha. Solo dice de manera muy destacada «07/28/97 HOLA QUE TAL», repetido seis veces. Una expresión tan coloquial repetidas seis veces entre columnas de fríos guarismos informáticos, destaca por su tipografía y sorprende por su contenido. Ana había muerto

exactamente el 28 de julio de 1997, dos días antes de que la impresora escupiera tan misterioso mensaje.

Su agonía no fue muy larga. La ingresaron en el Hospital del Niño Jesús de Sabadell que estaba a punto de ser parcialmente derruido para su posterior reconstrucción. Las obras estaban tan avanzadas que ya se había procedido a la evacuación de enfermos y personal sanitario y en su planta no quedaban más que muchos albañiles, tres enfermeras, la propia Ana en estado terminal y su madre que nunca dejó de acompañarla.

Ana, ya agonizante, le dijo no estamos solos mamá, en otra planta hay un niño que también agoniza y ya nos hemos hecho amigos. La madre, que sabía que eso era imposible porque Ana no podía levantarse de la cama en modo alguno, recorrió todo el hospital prácticamente vacío. En la primera planta descubrió que, efectivamente, otra madre estaba velando a su hijito también moribundo. Eran los dos únicos pacientes en todo el hospital y no los habían evacuado esperando una defunción que se presumía próxima.

En un momento de lucidez, Ana le dijo a su madre, me han dicho que yo no podré marchar hasta que muera el niño de abajo, dicen que tenemos que marchar los dos juntos. Pasaron algunos días y así fue. A las 11 de la mañana fallecía el niño y a las 2 de la tarde, Ana decía adiós para siempre en vez de Hola Qué Tal. La prioridad la tenía el niño, servicio exprés. Ana como adulta solo se quedó para acompañar el niño.

Dos días después, una tía de Ana cuyo puesto de trabajo en aquella empresa de la construcción estaba justo al lado de la impresora, escuchó un ruido extraño en la máquina. Durante unos segundos cambió esa cadencia de impresión que todos conocemos. Aquel rítmico sonido, línea a línea, tan característico de las impresoras sufrió una extraña alteración, se diría que la máquina imprimía líneas más cortas. La mujer se levantó extrañada, miró el papel y por poco se desmaya al leer en seis líneas repetido el mismo

mensaje en mayúsculas: «07/28/97 HOLA QUE TAL». La fecha de la muerte de Ana, 28 de julio, figuraba perfectamente alineada en seis líneas repetidas en la columna de fechas de vencimiento de la factura.

Su madre me trajo la fotocopia que conservo y me pidió una explicación. No debemos buscarle un sentido demasiado trascendente señora, le respondí. Es solo una manera de saludar de Ana desde el otro lado. Una manera de decir muy a su estilo, estoy bien, no os preocupéis por mi. No hay más.

Para mi, no obstante, sí había algo más: descubrí que las entidades pueden penetrar en los programas informáticos y alterarlos. Yo no lo sabía y ésa fue la lección que me envió desde el cielo la juguetona de Ana Hola Qué Tal. Desde aquel día, la informática me sedujo de tal forma que me lancé a ella de cabeza. Me compré un ordenador, creé una cuenta de correo electrónico y lo que no entendía o no me funcionaba, que era mucho, lo consultaba a los pacientes del Centro con nociones de informática. Fui autodidacta, pero aprendí tanto que terminé por crear nuestra propia página web: www.eternidad2.com.

En sus buenas épocas, llegó a ser visitada por mil personas al día. Gracias a esa web, o por su culpa (pues eso aumentó más todavía mi trabajo), empezaron a llegarnos consultas procedentes de todo el mundo, especialmente de Hispano-América.

CAPÍTULO 56

Transexualidad espiritual

Podría parecer por lo relatado hasta aquí, que M. Àngels y yo solucionábamos siempre todos los casos. No es así. Como acabamos de ver, no pudimos hacer nada por salvar a Ana. Muchos enfermos desahuciados acudían a

nosotros como última esperanza tras un largo peregrinaje por especialistas. Pero si su enfermedad no tenía vinculación con el mundo espiritual, poco o nada podíamos hacer nosotros por ellos. Y por supuesto siempre lo reconocíamos y así lo comunicábamos. Si mirábamos a la persona y estaba limpia, informábamos de ello al interesado y reconocíamos nuestras limitaciones.

Otra limitación era tratar a alguien contra su voluntad. Era habitual que una madre nos pidiera interceder por su hijo o hija quien no solo no acudía físicamente a nuestra consulta, sino que además había manifestado abiertamente su rechazo a ser tratado por nosotros. Podemos trabajar a distancia, pero no contra el deseo expreso del interesado. Esa es otra limitación que nos dolió muy especialmente en el caso del chico de Salt (Girona).

Su madre se presentó en nuestra consulta con dos fotos carnet en blanco y negro y sostuvo una en cada mano. Una de una chica, la otra de un chico. Son la misma persona, nos dijo. Ésta es Maribel y éste también. Costaba creerlo pero nos relajamos y decidimos prestar atención a su historia.

Maribel era guapa, joven, simpática, gozaba de un sólido círculo de amigos y amigas, obtenía buenos resultados en sus estudios y la vida le iba estupendamente. Hasta que a los 16 años empezó a jugar con la Ouija. Como ha quedado demostrado en anteriores capítulos, la Ouija es peligrosa porque estás pidiendo a gritos que te posean. Practicar la Ouija es abrir de par en par las puertas de tu interior a cualquier tipo de posesión. Las entidades malignas, deseosas de ser invocadas, interpretan cada invocación como una invitación.

El carácter de Maribel empeoró repentinamente, se volvió taciturna y huraña y un mal día huyó de casa para desespero de sus padres que no supieron de ella durante un calvario de dos largos años. Transcurrido ese tiempo apareció

cerca de Girona, a cien kilómetros de su domicilio. Los vecinos de la Riera de Salt alertaron a la policía municipal sobre una persona muy extraña, sucia, andrajosa, agresiva y medio salvaje, que salía cada noche de la red de alcantarillado donde parecía refugiarse, removía contenedores en busca de alimento e intimidaba a los viandantes.

Era ella, Maribel se había convertido en hombre. O eso creía ella. Una vez rescatada, identificada y devuelta al seno familiar, sus padres asistieron desconsolados al cambio sufrido por su hija. Se vestía y actuaba como un hombre, pero ése no era el problema. El problema era su comportamiento de fiera salvaje, muy agresivo. A los continuos desafíos, gritos y amenazas había que sumarle una naturaleza permanentemente violenta. La nueva Maribel tenía una obsesión: ignorando que en realidad era una mujer y que carecía por lo tanto de órganos masculinos, pretendía en su locura, una y otra vez, violar a su madre. Las escenas domésticas cuchillo en mano con persecuciones por el pasillo hasta el lavabo donde se encerraba eran aterradoras. El acoso, diario. Se hacía incluso sus necesidades por toda la casa como un animal salvaje.

Destrozada como madre ante situación tan sórdida como peligrosa, pensó la pobre mujer, con buen criterio, que podría tratarse de un caso de posesión y vino a pedirnos ayuda. Pero vino sin él o ella. La nueva Maribel se negaba rotundamente a someterse a nuestro tratamiento. Como he dicho, podemos mirar personas a distancia, pero nunca en contra de su voluntad. Se lo tuvimos que indicar a la señora quien, aún así, no paraba de suplicarnos hecha un mar de lágrimas. Le aconsejamos que intentara convencer a su hijo para que nos visitara o, por lo menos, que accediera a ser tratado a distancia, pero la pobre mujer marchó desconsolada. La vimos partir con el corazón en un puño y nunca más volvimos a saber de ella. No sé cómo debió terminar aquella historia, seguramente mal. Para nosotros fue realmente desolador ver partir aquella mujer prematuramente

envejecida, terriblemente asustada y totalmente desamparada.

Sin haber mirado a la chica, no puedo asegurarlo, pero mi opinión es que a aquella mujer no le faltaba razón y que Maribel probablemente estaba poseída por un ser realmente poderoso, muy maligno y procedente del más bajo astral. El cambio de sexo o de orientación sexual es a veces (y sólo a veces) síntoma de una alteración energética en nuestro espíritu.

Sabemos, y la ciencia así lo asegura, que la transexualidad puede estar provocada simplemente por una cuestión de hormonas o ADN. Pero también es posible que tenga su origen en la posesión por una entidad del sexo contrario. En el Centro tratamos muchos homosexuales que acudían a nosotros por diversas dolencias sin ninguna vinculación con el sexo. Algunos siguieron siendo gay durante todo su vida los años que les asistimos. Pero tuvimos algún caso que cambió debido a nuestro tratamiento. Una vez liberados de la entidad que les acompañaba, abandonaban también su orientación sexual sorprendentemente y, de la noche a la mañana, volvían a salir con chicas.

Eran cambios inesperados incluso para nosotros. Salvando todas las distancias, en ocasiones algunas de esos efectos secundarios podían darse también en casos de adicción o toxicomanía. Una vez limpiada la persona, ésta olvidaba su consumo abusivo de drogas, alcohol o medicamentos, cuando en realidad el motivo de su visita al Centro había sido otro bien distinto, lo cual nos alegraba doblemente. Sin quererlo ni beberlo, matábamos dos pájaros de un tiro.

Otro caso no resuelto fue el de un matrimonio joven, rondarían los 30 años, de muy buena posición y residentes en la zona alta de Barcelona. Vinieron de la mano de un supuesto curandero barcelonés que tenía buenas referencias de nosotros y que les acompañó personalmente a Sabadell. Nos contaron que ella estaba poseída por una niña

pequeña lo que yo, interiormente, puse en duda. El problema era que la niña podía manifestarse en un lugar público, en un bar o en el cine lo que resultaba muy inconveniente.

Ella se puso en trance y, efectivamente, empezó a hablar como una niña de 4 o 5 años, una cría en apariencia bastante mimada, diría yo. La mujer deformaba su cara con gestos estrambóticos y desde luego hablaba con una vocecita muy infantil. Lloraba, reía y sobre todo pedía, quiero esto y quiero lo otro. La clásica niña consentida cuyo único objetivo es ser el centro de atención.

Para nosotros eso no era sorprendente. Habíamos visto ya muchos espíritus burlones o, directamente, usurpadores de personalidad. Lo sorprendente fue la actitud del marido que empezó a hablar con la supuesta niña como si fuera su hija, qué quieres bonita, te compraremos caramelos, esta noche te contaré un cuento y verás que bien nos lo pasamos. Aquel hombre no parecía en absoluto dispuesto a deshacerse de su hijita virtual hasta el punto que nos prohibió que nosotros realizáramos nuestra limpieza como teníamos por costumbre.

Despertada la señora del trance, se alineó con la postura de su marido. Aunque parecía menos convencida, ella tampoco deseaba que le sacaran a su niñita de dentro. Les argumenté que no era ningún crío, sino una entidad espiritual muy adulta, impostora y, además, de las fuertes, por lo que era un peligro conservarla y que lo más prudente era extraerla rápidamente de su cuerpo. Pero no quisieron saber nada de terapias, de curación ni de limpieza. Se levantaron educadamente y se fueron por donde habían venido, dejándonos a M. Àngels y a mí absolutamente perplejos. Si no querían librarse de esa entidad, entonces a qué habían venido. ¿A demostrarnos sus poderes? Son casos insólitos de los que nos sucedían periódicamente. Desde luego nuestro trabajo no tenía nada de aburrido y nunca dejaba de asombrarnos.

Y todavía un apunte sobre este caso. No debe sorprender que nuestros pacientes llegaran a nosotros de la mano de un curandero. Llegamos a ser tan conocidos en toda Catalunya que más de la mitad de nuestros pacientes acudían a nosotros recomendados por un médico, un psicólogo, un echador de cartas, un vidente de bola de cristal, un sanador africano, un chamán, un quiromante o un numerólogo, por citar solo algunas de las mancias que se mueven en este mundo. El que se encuentra mal y desesperado busca remedio donde sea.

CAPÍTULO 57

Y también médium

Podrá parecer extraño que teniendo yo la facultad de ver y, más aún, la de poseer en mi interior una entidad espiritual, jamás haya ejercido de médium en sesiones espiritistas, como aquellas de la vieja escuela que tan de moda estuvieron a principios del siglo XX o como Whoopi Goldberg en mi amada película de cabecera, *Ghost*.

A veces, pocas, me ha ocurrido y siempre sin quererlo ni beberlo. Yo nunca busco nada, solo surge. Contaré aquí dos casos singulares. El primero me sorprendió a mi mismo. Ahí estaba yo hablando por boca de mi amigo Alberto fallecido el día anterior. Después de mi trance, yo apenas recordaba nada, por lo que pasaremos la voz narrativa a mi amiga y esposa del hombre fallecido, Esperanza. Le he pedido que escriba su experiencia y así es como la cuenta.

«Estuve asistiendo al Centro de Sabadell más de veinte años. A veces solo una vez al año para que me miraran y me limpiaran. En mis malas épocas, varias veces en un mes. Un día notaba que alguien me pasaba la mano por el brazo. Otro día como si una persona me agarrara

con ambos brazos bien fuerte por detrás y me oprimiera el pecho. M. Àngels y Antonio me habían dado una oración breve que yo debía rezar cada mañana para mantenerme limpia o bien para librarme de una entidad demasiado pegajosa. Pero esta presencia no me la pude sacar en todo un fin de semana ni siquiera rezando su oración lo que normalmente solía funcionar. Fui al Centro, Antonio me la sacó y me dijo que era una entidad que llevaba colgada en la espalda como una mochila.

Con el tiempo conseguí que mi marido Alberto, ingeniero de profesión y escéptico absoluto en estos temas, me acompañara a las visitas. Para mi sorpresa, enseguida intimó con Antonio. Mi marido sabía informática y Antonio, que estaba haciendo sus pinitos, aprovechaba las visitas para consultarle todo sobre mails, webs y demás aspectos técnicos. De ahí saltaban a charlar de futbol y por fin abordaban temas de mayor calado. Así es como Antonio solía ganarse la confianza de los «agnósticos», como decía él. Aunque siempre con reticencias, poco a poco Alberto fue entrando en el mundo espiritual y con Antonio, desde luego, entabló una amistad muy personal.

Yo deposité también tanta confianza en M. Àngels y Antonio que llegué a recomendar el Centro a una amiga. Su marido tenía un dolor extraño en el cuello que ningún médico había sabido curarle, algo así como una tortícolis perpetua. Antonio le arrancó de encima una persona que se había suicidado colgado de una soga, motivo por el cual él sentía ese dolor en su cuello inmovilizado. Mi amiga recordó entonces que, efectivamente, ella había conocido un hombre del vecindario al que apreciaba mucho, que respondía a las características descritas por Antonio y que se había colgado.

El caso es que tras una larga y penosa enfermedad, mi marido murió. Cuando estábamos velándolo en el tanatorio con amigos y familiares veo entrar a Antonio que se presenta, me da el pésame, entra en la capilla mortuoria, mira el cadáver de mi marido en el ataúd, eleva su mirada al techo,

dirige la vista a todos lados y me dice Alberto ya no está aquí, ha subido a otro plano. Eso me tranquilizó, pero se equivocaba porque a los pocos minutos, y con el rostro alterado, me «secuestró» de mi círculo de familiares. Ven conmigo rápido, me dijo, me metió en su coche y circulamos en silencio unos minutos hasta que aparcó en una calle oscura.

No sé qué pasó, pero Antonio quedó medio dormido, en trance supongo, y de repente se puso a hablar con la voz de Alberto. No me lo podía creer, yo estaba hablando con mi marido muerto el día antes, a través del cuerpo de Antonio. Por lo visto Alberto Alfonso no quería irse sin decirme algunas cosas y me las comunicó a través de Antonio allí, de noche y dentro de aquel coche. No tengo la menor duda de que quien hablaba por boca de Antonio era mi marido porque tocamos temas muy personales que nadie mas conocía.

El primer tema que abordó fue algo tan inesperado como su colección de coches de Scalextric. Parecerá una banalidad, lo sé, pero así es como sucedió. Me pidió que no regalara los coches de Scalextric uno a uno a sobrinos u otros familiares, que la colección debía venderse entera. Me cogió tan de improviso que, la verdad, no supe qué pensar. ¿De verdad estaba yo allí viviendo una experiencia espiritual de alto nivel para hablar de unos vulgares coches de Scalextric? Lo cierto es que, efectivamente, yo estaba pensando en regalarlos de cualquier manera, pero por supuesto le prometí que no lo haría y que respetaría su voluntad.

A continuación me reconoció algunos errores en nuestra relación de pareja que no me gustaría hacer públicos por tratarse de algo muy personal, me pidió disculpas por algo que había hecho en relación con su madre, me dijo que siempre me había amado y, sobre todo, que no abandonara el piso (que es lo que yo pensaba hacer), y que luchara por ponerlo a mi nombre. Esto ocurrió hace once meses y todavía lucho por ese piso con abogados, trámites legales y juicios,

aunque ello me enfrente a su madre, pero salgo adelante porque sé que él me está ayudando.

Estoy segura de que tras aquella comunicación mediúmnica, si hay que llamarla así, Alberto pudo marchar en paz. Nunca más he vuelto a sentir su presencia».

Mi segunda experiencia como médium es aún más estrambótica, incluso con un punto pornográfico. Me hallaba en el Centro trabajando, entró una señora muy bien vestida y me dijo que su marido, que era una bellísima persona y un auténtico ángel, había muerto. Pero que no subía al cielo, que se había quedado aquí, que ella sentía su presencia en casa, en el trabajo y en la calle, que esa presencia la incomodaba y que quería ayudarle a ascender a planos superiores. Añadió que había ya consultado espiritistas y terapeutas de todas las disciplinas sin ningún éxito y que alguien le había hablado de nosotros.

Entró M. Àngels y nos pusimos a trabajar en el caso como siempre. Debo decir que cuando me cuentan una historia, presto poca atención porque la mayoría de las veces la verdad es bien distinta. Era el caso.

Así que no me planteé nada y sin prejuicios simplemente cerré los ojos a ver qué pasaba. Lo que iba a ver a continuación no se me olvidará mientras viva. Nada más cerrar los ojos me vi a mi mismo en un despacho noble con estanterías de madera llenas de libros. El problema es que yo estaba practicando el coito con una chica semi-desnuda tumbada sobre la mesa, ella llevaba un vestido tejano con la cremallera abierta de arriba abajo y abrazaba mi cuerpo con sus piernas. De repente una niña de unos 6 o 7 años abrió la puerta, dijo papá, nos vio en tan embarazosa situación, se asustó y marchó corriendo. Me sorprendió tanto que hasta al cabo de un minuto no reaccioné y cuando lo hice comprobé, para mi sorpresa, que mi cuerpo físico estaba sexualmente excitado.

Avergonzado, abrí los ojos, disimulé y no relaté nada de lo que acababa de ver ni a la señora ni a M. Àngels. No entendía nada. No podía saber qué relación tenía con nuestra paciente esa visión erótica, en realidad posesión pues yo ocupaba el cuerpo de otro hombre. Preferí callar, no fueran a sospechar de mi inconsciente.

Dije que lo volvería a intentar. Lo hice y enseguida vi a un hombre ensangrentado en una curva de una carretera que conozco bien, entre Montcada y Badalona. El hombre gritaba enfadado por el accidente, pero se quejaba sobre todo de su esposa, la insultaba y maldecía y me decía que no marcharía jamás de este mundo hasta que su mujer dejara de incordiar a la hija de ambos, entonces ya sobre los 30 años, con preguntas capciosas.

Volví a abrir los ojos, pregunté a la mujer si su marido había muerto en accidente de tráfico: sí. Si fue en esa carretera: sí. Pero la tercera pregunta no se la esperaba y la turbó profundamente: ¿Insiste usted mucho a su hija con preguntas sobre algo que sucedió al difunto? Impactada en un primer momento por esa cuestión tan inesperada, supo mantener los nervios con elegancia, guardó unos instantes de silencio y con una calma aparente respondió un frío puede ser.

Pues señora, él le pide que deje de hacerlo, repliqué. Está muy enfadado y no marchará hasta que usted no deje de mortificar a su hija con esas preguntas porque… Lo que pasó a partir de ese momento solo lo escuché desde lejos porque el hombre entró en mi cuerpo y se puso a hablar con ella a través mío. Me lo han contado M. Àngels y la propia clienta pues yo me encontraba semi-inconsciente. Me dicen que empecé a proferir todo tipo de insultos contra la señora, tan malsonantes que yo, en mi aturdimiento, los oía de lejos e intentaba censurarlos para no montar allí una escena. El hombre, que hablaba por boca mía, estaba terriblemente alterado. ¡Deja en paz a la niña, deja de hacerle preguntas!

No paraba de insultar, evocar antiguos rencores y sostener una agria discusión con la señora que respondía a todo.

Yo, aprovechando que le tenía dentro, intente apresarle varias veces e inmovilizarlo, pero no lo conseguía. Se escabullía con habilidad como un pescado al que no puedes atrapar con las manos. No mostraba agresividad contra mi, pero me preocupaba que tampoco bajaran los ángeles a por él, lo que era muy mala señal.

En un momento de la discusión la mujer pareció claudicar, o eso dijo. De acuerdo, no hablaré más de ti con nuestra hija ni la presionaré, así podrás marchar tranquilo. Pero a un espíritu no se le puede engañar porque ellos nos leen la mente. El marido vio que esa promesa no era sincera por lo que la discusión siguió e incluso subió de tono: de mentirosa y falsa para arriba. Fue un caso complicado, llevábamos ya casi una hora dale que te pego, yo iba perdiendo energía y me encontraba cada vez más cansado.

Aquello no podía durar mucho más o terminaría desmayándome.

Por fin la mujer, ya más convencida, aceptó, esta vez sinceramente, el pacto que su difunto marido le proponía: marchar a cambio de dejar tranquila a la chica para siempre. Funcionó. Los ángeles bajaron inmediatamente, M. Àngels hizo su trabajo y se lo llevaron. Si la esposa cumplió o no con su promesa es algo que nunca sabré, pero lo más probable es que sí lo hiciera. Una vez compruebas en tus carnes la fuerza extraordinaria del mundo espiritual, se te pasan las ganas de desafiarle o jugar con él. Es una oportunidad que le dieron desde arriba como en mi película favorita, *Ghost*, y supo aprovecharla

CAPÍTULO 58

Quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos

Mis amigos intelectuales, ésos que le dan tantas vueltas al coco, me hacen mucha gracia cuando me preguntan ¿pero entonces tú has respondido a las tres preguntas clásicas de la historia de la humanidad, es decir, quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos?

Yo no sé que dijeron al respecto Platón, Aristóteles o Schopenhauer, pero me importa muy poco. Por supuesto que tengo respuesta a esas preguntas. Mi experiencia de vida me ha respondido a las tres con gran claridad.

¿Quiénes somos? Depende. En este plano en el que vivimos ahora no somos mas que unos seres con poca energía, apenas el 50% de nuestro cuerpo es materia. El otro 50% es físico y por lo tanto padecemos frío y calor, dolores físicos y mentales, hambre, violencia, ignorancia y otros sufrimientos. Somos esa entidad que abandonó su casa en la eternidad y se encarnó en un cuerpo físico para venir aquí y cumplir una misión, tenemos un examen que aprobar. La mala noticia es que nadie nos dicta de manera explícita las preguntas de ese examen. Tenemos que averiguar solitos qué demonios hemos venido a hacer y hacerlo. Unos venimos a aprender a amar, otros a ayudar, otros a ser solidarios con los animales, otros a realizar grandes empresas, otros a predicar el bien… La buena noticia es que esa tortura solo dura 80 o 90 años, una nimiedad en la eternidad de la que procedemos, pero tiempo suficiente para purificarnos un poco, para aprender esa lección de vida que, si hemos hecho bien los deberes, a nuestro regreso nos va a situar en un nuevo nivel energético superior al que teníamos.

Pongamos, como anuncié ya en un capítulo anterior, que hay diez niveles de purificación y que el último, el décimo, es el que las religiones llaman

santificación, nirvana, etc. Una vez en él, ya nadie regresa a nuestro plano terrestre que podría situarse en el segundo nivel. No es que vivamos en el infierno, pues existen todavía planos espirituales inferiores al nuestro, como el llamado bajo astral, pero solo uno o dos. No puedo asegurarlo, pero creo que yo mismo nado por el sexto nivel.

Cuando morimos, a todos nos vienen a buscar mis buenos colegas, los ángeles de luz, y nos indican el camino de los niveles superiores. Todos tenemos la oportunidad de subir al «cielo» para seguir purificándonos. ¿También Hitler? Sí, también el malo malísimo de Hitler.

Otra cosa es que esa oportunidad sea o no aprovechada por el recién fallecido. Por múltiples motivos, incluida la ignorancia, muchos se quedan en el bajo astral, al que podéis llamar infierno y desde el cual nos amargan la vida.

Cuando una persona muere, puede subir directamente al cielo en cuestión de segundos, como los niños que ya hemos dicho que tienen billete exprés al paraíso. Muchos adultos, la inmensa mayoría, acceden también al cielo por la vía rápida, ven la luz, confían en ella y la siguen obedientemente porque algo les dice que ése es el camino. Tienen conciencia y apenas les lleva unos pocos días, o unas pocas semanas, percatarse de que han muerto y de que aquí ya no pintan nada.

Pero otros se quedan revoloteando por aquí. Les conozco bien porque han sido mis presas de caza durante 25 años y mis cálculos aproximados son los siguientes: El 50% de ellos no suben al cielo porque van perdidos, no saben, no tienen conciencia de la vida ni de la muerte, no tienen motivo para marchar ni para quedarse, son las pobres almas en pena que no saben, paradójicamente, donde caerse muertos. No son malos, pero perturban y hay que enseñarles el camino. Otro 25% se quedan aquí por egoísmo, puro apego a un objeto o persona. Querían

comprar una bicicleta y una vez muertos siguen queriendo comprar una bicicleta. Y no cejan en su empeño hasta creer que la han comprado o hacérsela comprar a su viuda.

Lo mismo sucede con el apego a una persona, un amor u odio adictivo, tóxico o malsano puede hacer mucho daño tanto al fallecido como al vivo. Finalmente el último 25% son de armas tomar, espíritus malignos que se niegan a irse por miedo a enfrentarse a Dios. Tiene conciencia de su maldad, saben que en el cielo hay poco lugar para ellos y deciden quedarse entre los vivos donde podrán seguir ejecutando sus fechorías. Son fuertes energéticamente y sabios antiguos porque llevan aquí décadas y hasta siglos. Esos eran mis grandes enemigos, los que me llevaban a Urgencias de los hospitales, pero a los que siempre terminé venciendo.

Eso responde a la primera pregunta, quienes somos: somos seres energéticos en evolución que estamos aquí, en la Tierra, sólo de paso para mejor nuestra calidad espiritual.

Las otras dos preguntas son de dónde venimos y a donde vamos. La respuesta es al mismo lugar. Venimos de la eternidad y volvemos a ella, con suerte en nuestro viaje de vuelta volvemos a un nivel superior. Un espacio donde están nuestros verdaderos amigos y nuestra verdadera familia y donde llevamos viviendo desde hace miles de años, una dimensión (no un lugar) donde no hay hombres ni mujeres, donde no hay sufrimiento, una dimensión con diversos niveles de purificación y donde se vive mucho mejor que aquí.

Yo siempre pongo el mismo ejemplo de purificación por fases en varias vidas: el ejemplo del perrito. Imaginemos un hombre que pasa una y otra vez por una calle, siempre la misma calle. Le sale un perrito y le arrea una patada que le deja medio muerto. Se repite la escena

una y otra vez, en una y otra existencia de ese hombre que solo baja al plano material para aprender esa lección. Y poco a poco la va aprendiendo, cada día patea menos al perrito. Con el tiempo incluso teme encontrar al animal para no herirle porque sufre en sus carnes aquello que ha sufrido el perrito. Finalmente llega el día en que se agacha y le acaricia tiernamente. Le ha costado pasar por varios niveles, pero por fin ha aprendido la lección y jura que nunca más volverá a pegar a ningún animal.

El error está en creer que nacemos para morir cuando es justo lo contrario. Hemos venido aquí por voluntad propia y nuestro objetivo es morir aquí para renacer allá… un poco más puros. Por esto siempre cierro capítulos con mi frase preferida, ésa que ya conocéis y que nunca me cansaré de repetir: solo somos un eco del pasado.

CAPÍTULO 59

Sueños, regresiones y audiciones

¿Es el mundo de los sueños el mismo mundo de los espíritus? ¿Cada noche cuándo soñamos estamos visitando ese otro plano de energías paralelo al nuestro? La respuesta no es taxativa. Puede serlo, pero no siempre lo es necesariamente.

Hay dos tipos de sueños. A uno le llamo sueño mental: si vais muy estresados con el trabajo u otros temas, esa desazón se traslada a los sueños. Hay sueños agradables que también son puramente mentales sin más. No tienen mas valor que una simple divagación durante el día, ese momento en que hemos dejado volar la imaginación de manera gratuita.

Sin embargo cuando aparecen escenas de peligro, de miedo o de terror, lo más probable es que se trate de

una entidad espiritual que nos está manipulando. O se está divirtiendo un rato con nosotros porque se aburre.

También los sueños eróticos son a menudo provocados por la propia entidad que nos acompaña en nuestra vida diaria. Pero no se puede generalizar, cada caso es diferente y requiere ser «mirado» uno a uno. Una persona limpia, difícilmente tendrá un sueño erótico.

Si una entidad espiritual quiere contactar con una persona física, durante el día no podrá hacerlo, porque todos vamos agobiados y con la cabeza en mil sitios. Es al acostarnos, especialmente en ese estado de semivigilia tan relajado, justo antes de dormirnos, cuando él aprovechará para contactar con nosotros. Para ellos, ése es el mejor momento, el que aprovechan para entrar en nuestra mente y proyectarnos algo, bueno o malo, lo que de ninguna manera significa poseernos. ¡Cuántos genios de la ciencia o del arte han tenido el mayor momento de lucidez, o inspiración, de toda su vida en ese estado de somnolencia!

Albert Einstein tuvo un sueño a los 15 años en el que un grupo de vacas se estrellaban contra una reja electrificada. Todas saltaban al mismo tiempo al entrar en contacto con la reja. Se lo contó a un granjero, aún dentro del sueño, y este le confirmó los hechos exceptuando un detalle: las vacas habían saltado una tras otra. Gracias a la conversación concluyó que él y el dueño de las vacas habían visto el suceso desde diferentes puntos de vista. Ya despierto, Einstein se puso a darle vueltas a tan extraña historia y así llegó a la conclusión de que cada suceso se ve diferente dependiendo desde dónde se mire, en términos físicos. De ahí, deduciría él más tarde, que la velocidad de la luz varía según muchos factores. El genio estaba dando su primer paso para plantear en el futuro su Teoría de la Relatividad.

También Descartes, el matemático hindú Srinivasa Ramanujan (de quien se rodó la película *El hombre que conocía el infinito*) o el descubridor de la insulina Frederik Banting, reconocieron que sus ideas más brillantes se les aparecían en esos momentos de somnolencia previos al sueño.

Pues bien, fue en uno de esos momentos de aburrimiento y sopor, pero no en la cama, sino tumbado en el sofá de casa, viendo por televisión una de esas aburridas películas de Sesión de Tarde en TVE, cuando tuve la única regresión que he experimentado en toda mi existencia. Ésa sí fue una buena película, la de mi vida, pero marcha atrás, desde el momento actual hasta el nacimiento e incluso antes. Eso que, según la leyenda y a mi no me consta, vemos todos antes de morir a modo de examen de conciencia.

En mi caso no fue un examen de conciencia, sino un simple visionado que hacía especial hincapié en la dureza de mi infancia y en la mala relación entre mis padres, muy especialmente a causa de mi embarazo. Vi a mi madre, embarazada de mi, culpando a mi padre de ese embarazo en una discusión muy subida de tono que no me atrevo a reproducir. Eso me abrió los ojos de hasta qué punto yo fui un hijo no deseado.

Y hablando de regresiones, aprovecho para apuntar que las regresiones inducidas tan de moda, ésas en que un maestro hipnotiza al paciente y éste relata entre murmullos sus anteriores vidas como sultán de Córdoba, guerrero ostrogodo o esclava de confianza de Cleopatra son para las entidades espirituales una auténtica juerga. Imaginadlas en corro divirtiéndose a costa del hipnotizador, el hipnotizado y el público si lo hay. Dejadme a mi, dice el primer espíritu, ahora me meto en su cuerpo y digo que soy el general Von Bismark. Risas de los espíritus. Espera que ahora voy yo y me hago pasar por Ana Bolena. Más carcajadas. Pues yo le voy a decir que es

un soldado alemán herido en una trinchera en la primera guerra mundial. Os parecerá frívolo, pero cuando el hipnotizado despierta y le cuentan las apasionantes vidas anteriores que él mismo ha relatado balbuceante, las entidades espirituales se mueren de la risa. En alguna ocasión he pretendido limpiar al paciente que se sometía a esas regresiones hipnóticas antes de la sesión, pero el organizador del evento nunca me lo permitió. El sí sabe que ésas no fueron sus vidas anteriores y que su hipnotizado solo ha sido el juguete de unos cuantos espíritus burlones.

Decía que los sábados por la tarde son para mi especialmente «reveladores». Recuerdo otra de esas tardes somnolientas, también viendo la tele (Sesión de Tarde es realmente inspiradora), en que me sobrevino una videncia con la imagen muy borrosa, pero con un audio que se escuchaba perfectamente.

Me levanté enseguida y no se me ocurrió mejor sitio para aislarme que el lavabo. Eran como unas repentinas ganas de vomitar en que has de encerrarte en la intimidad sin perder ni un segundo. Me senté en la tapa del wáter, me relajé y me puse a mirar con los ojos cerrados. Veía poco, pero escuchaba mucho. Resultó ser una airada conversación que mi amiga Lourdes sostenía en aquel mismo momento con su madre en su casa, a más de 50 kilómetros de la mía. Lo escuché todo en directo. El lunes me confirmó que ella, a aquella hora, estaba realmente en la casa de su madre donde pasó el fin de semana. No le dije que la había visto y oído, ni menos aún el contenido de la conversación porque era un tema muy íntimo, con ataque de ansiedad incluido, y no quise avergonzarla.

En realidad, ésta fue la segunda ocasión en que me llegaba un «audio» de Lourdes. La primera había sido años antes, yo llevaba poco tiempo trabajando en el Centro y me ocurrió algo muy similar. Estando yo en mi casa pude

escuchar una agria pelea de pareja entre Lourdes y su marido. Fue una discusión larga y violenta que podría reproducir palabra por palabra, llena de reproches, voces y lágrimas. Días después le pregunté qué tal con su marido. Ella respondió bien. Viendo que rehuía el tema, me sinceré con ella y le reproduje toda la discusión. Ante prueba tan evidente, no pudo mas que reconocer que estaba al borde del divorcio, tal como sucedió pocos meses después, y quedó muy sorprendida de mi facultad de audición a distancia.

Creo que en ambos casos fue el propio cuerpo energético de Lourdes el que venía a buscarme y me dejaba escuchar para que yo pudiera ayudarla tal como intenté hacer en ambos casos.

CAPÍTULO 60

Un jubilado más

Aquel día de abril de 2016 terminé el trabajo especialmente agotado. Al día siguiente me costó levantarme y no me veía con fuerzas para tratar el medio centenar de pacientes que atendíamos a diario. Sentía una extraña opresión en el pecho, pero ahí estaba yo, forzando nuevamente mis pulmones con largas retenciones de aire y llevando mi corazón al límite. El dolor aumentaba en cada nuevo paciente, por lo que le dije a M. Àngels que no podía seguir. Ella a su manera me intentaba tranquilizar, pero yo sabía ya de hacía tiempo que mi vida laboral iba a terminar así, de repente y el día menos pensado. Y ese día había llegado.

Intenté seguir trabajando, pero no pude por lo que finalmente le dije oye mira, lo siento mucho, pero a mi me pasa algo, me voy al hospital.

Estaba tan cerca de la Clínica la Alianza que no quise pedir una ambulancia. Apenas eran cinco calles hasta

Urgencias y me puse a andar, pero fueron las cinco calles más largas de mi vida. Avanzaba lastimosamente por la calle sudando de miedo y dolor, arrastraba los pies por la acera, me sujetaba en farolas y papeleras para no perder el equilibrio. Creí que nunca iba a llegar. Pero llegué y los médicos de Urgencias, nada mas verme, me ingresaron inmediatamente. Tras unas cinco horas en observación, el diagnóstico era ya incontestable: angina de pecho. Mi corazón me estaba diciendo Antonio, basta de apneas, aquí tienes el resultado de tu despreocupación. Me aplicaron el protocolo inmediatamente.

Días después, el cardiólogo confirmó la angina de pecho, me auguró un futuro incierto, me recetó una larga lista de medicamentos, me citó para futuras pruebas y me aconsejó una vida tranquila, nueva dieta y nuevos hábitos. Era, decía el pobre galeno, como si mi corazón hubiera estado sometido a fuertes tensiones durante muchos años. Si hubiera sabido que llevaba 25 años haciendo unas 150 retenciones de aire al día, que con cada paciente mi corazón pasaba súbitamente de 40 a 110 pulsaciones (así me lo indicaron en Gran Canaria donde midieron mis trabajos con un tensiómetro) y que a los 17 años tuve un paro cardíaco bajo las oscuras aguas de un pantano, el bueno del doctor hubiera comprendido algo más. Pero por supuesto esos «detalles» no se los confesé.

¿Tu crees que debo dejar el Centro? Le pregunté a mi esposa Lídia al salir del Hospital. Pero no fue ella quien me respondió, sino el Jefe quien hizo retumbar en el interior de mi cabeza un poderoso: ¡SÍ! Sonó tan imperativo que solo le faltó añadir ¡tonto más que tonto! Eso fue suficiente para tomar una de las decisiones más difíciles de mi vida. No iba a seguir ayudando a los demás. Con 60 años debía tirar la toalla. Me iba la vida en ello.

Le comuniqué mi decisión a M. Àngels, pero ella quitó hierro al asunto. Le recordé que me estaba jugando la salud y hasta la vida y que no podía continuar. Pero ella

parecía no darse cuenta de la seriedad con la que yo hablaba. Tu tranquilo, te pondrás bien, me decía.

Lo curioso es que, seis meses antes, de viaje a Soria donde nos esperaban para realizar un trabajo, le había pronosticado estos hechos. ¿Sabes? le dije, vamos a cerrar el Centro. Y ella me respondió sí ya lo se, dentro de unos años, cinco o diez, quien sabe. Le respondí no, mucho antes. Sí Antonio, es posible, estamos los dos cansados, muy cansados, concedió ella, igual lo dejamos todo en un par de años. Tampoco, respondí, será mucho antes, en pocos meses, ya verás. Ella se echó a llorar, ahí se rompió moralmente, como cuando una persona se desploma. Y en ese estado se mantuvo, no volvimos a hablar hasta llegar a Soria. Posteriormente ya nunca más quiso abordar el tema y así quedó la cosa. Fue una premonición de futuro o, si se me permite, un eco del pasado. Presente y futuro no existen, son solo ecos del pasado. Cómo, si no, ¿podríamos vivirlo, verlo, oírlo y hasta sentirlo?

Me di tres meses de transición para despedirme de los pacientes. A todos les daba, a modo de despedida, una oración breve del tipo «protégeme Señor, que ninguna entidad ocupe mi cuerpo» y les conminaba a rezarla con toda la fe del mundo. Solo eso haría milagros en su espiritualidad, es decir, impediría que entidades malignas se les pegaran de nuevo como lapas. En caso de necesidad, esa oración podría rezarse en diferentes momentos del día, pero siempre una sola vez. De nada sirve repetir un mantra mil veces si acabas sin saber ni lo que estás recitando. Solo hay que sentirlo desde lo más profundo del corazón y, con eso, una vez basta.

M. Àngels se enfadaba conmigo porque me despedía de los pacientes. No quería admitir que yo me iba. Pero lo hice y el Centro cerró definitivamente A los dos meses de bajar persiana, sufrí otra angina de pecho. Y nuevamente llegué a Urgencias in extremis. Después de

este segundo aviso de mi corazón, ya no me cupo la menor duda de que mi decisión había sido la correcta. Apneas y arritmias iban ya a ser mis compañeras crónicas durante el resto de mi vida. Hoy el local es una tienda de moda femenina y nada en él recuerda su pasado ni los veinticinco años en que estuvo cada día abarrotado de seres tanto físicos como espirituales.

Por lo que a mi se refiere, los médicos me han sometido a varias pruebas. Incluso me han parado el corazón artificialmente varias veces con la intención de dar una cadencia a mi latido altamente irregular. Pero no ha habido suerte. Estos meses me estoy sometiendo a cateterismos y veo a los profesionales algo desconcertados. Desde luego tomo obedientemente mi medicación y sigo escrupulosamente todas las indicaciones de mi cardiólogo.

Por lo demás vivo una tranquila jubilación. Soy feliz con mi familia y amigos y me considero un ser afortunado por todo lo que he podido vivir. Solo me quedaba una cosa por hacer: este libro. Sentía que debía transmitir tanto conocimiento. Misión cumplida. Estoy a punto y el día que marche lo haré muy-muy feliz. Ya he estado allí y sé que es mejor que esto.

¿Y si en realidad mi misión en esta vida era publicar este libro? Los designios del Señor son inescrutables. Yo, por si acaso, ya he cumplido y ahí lo dejo.

ÍNDICE

Prólogo por Antonio Jiméne 6
Prólogo por Víctor Colomer.....9
1ªparte EL APRENDIZ 16
CAPÍTULO-1 Hijo de la emigración 18
CAPÍTULO-2 Como el Niño en el Belén 20
CAPITULO 3 El Jefe 22
CAPÍTULO 4 Videncia de día 24
CAPÍTULO 5 Parar una flecha 27
CAPÍTULO 6 Parar un tren 29
CAPÍTULO 7 Volar.....30
CAPÍTULO 8 Crónica de una muerte anunciada 33
CAPÍTULO 9 Un padre en las estrellas 36
CAPÍTULO 10 Jugando a buscar tras las paredes 37
CAPÍTULO 11 El ángel ciclista 39
CAPÍTULO 12 La Ouija 43
CAPÍTULO 13 Lidia 46
CAPITULO 14 Mi transfiguración 48
CAPÍTULO 15 El lago 49
CAPÍTULO 16 La ley del silencio 53
CAPÍTULO 17 El accidente de caballo 59
CAPÍTULO 19 El accidente de moto 61
CAPÍTULO 20 Desdoblamiento 64
CAPÍTULO 21 Rehabilitación 67
CAPÍTULO 22 El curro 69
CAPÍTULO 23 El fantasma de la curva 72
CAPÍTULO 24 Mi primera premonición activa 75
CAPÍTULO 25 Salir del armario 77

CAPÍTULO 26 Mi padre no es mi padre. Es un impostor…….79

2ªParte EL CAZADOR

CAPITULO 27 La Jefa ……83
CAPÍTULO 28 Mi trabajo natural ……85
CAPÍTULO 29 La técnica ……90
CAPÍTULO30 Los ángeles de luz ……96
CAPÍTULO31 Tres casos de impostura ……98
CAPÍTULO32 Apariciones Marianas ……104
CAPÍTULO 33 La Iglesia, el Diablo y el aborto ……108
CAPÍTULO 34 El exorcismo católico, un error ……113
CAPÍTULO 35 Castigo de Dios ……117
CAPÍTULO 36 Del campo de batalla al hospital ……121
CAPÍTULO 37 Síntomas habituales de posesión ……127
CAPÍTULO 38 Viaje astral inducido a un eco del pasado….129
CAPÍTULO 39 El precio de la fama ……135
CAPÍTULO 40 11S y 11M ……142
CAPÍTULO 41 El cura de Madrid ……145
CAPÍTULO 42 De Madrid al cielo ……149
CAPÍTULO 43 Yo no estoy loco ……153
CAPÍTULO 44 Canarias ……156
CAPITULO 45 Almas gemelas ……158
CAPÍTULO 46 Objetos mágicos ……162
CAPITULO 47 Los animales tienen alma ……166
CAPITULO 48 Las plantas tienen alma ……168
CAPÍTULO 49 El tractor en el pajar ……169
CAPITULO 50 Triste premonición ……176
CAPÍTULO 51 Un bello adiós ……177
CAPÍTULO 52 El famoso túnel ……180
CAPÍTULO 53 Dejarlo todo atado ……185
CAPÍTULO 54 Cosas de niños ……187

CAPÍTULO 55 Ana Hola Qué Tal 189
CAPÍTULO 56 Transexualidad espiritual 192
CAPÍTULO 57 Y también médium 197
CAPÍTULO 58 Quienes somos, dedóndevenimos y adónde vamos 203
CAPÍTULO 59 Sueños, regresiones y audiciones.....206
CAPÍTULO 60 Un jubilado más.....210

Antonio Jiménez conoce bien los espíritus.

Trata con ellos desde los tres años. Primero mantuvo ocultas sus facultades, le molestaban, no quería saber nada de esos seres que sólo él veía. De mayor tuvo que reconocer que lo suyo no era normal y que podía ayudar a los demás. Encontró la manera de profesionalizar sus habilidades y durante 25 años ha sido exorcista.

Para erradicar las entidades de muertos que «acompañan» a los vivos, Antonio ha desarrollado una técnica personal que le permite trabajar rápido y seguro. Ante un poseído, se convierte en cazador, sea un alma en pena, un espíritu burlón, un impostor o un temible ser de la oscuridad. Sería la suya una vida de película, si no fuera porque todo lo que se cuenta en este libro es pura realidad.

No es una obra inspirada en hechos reales; son hechos reales. Se trata de un libro apasionante y sobrecogedor, nada terrorífico, en cuya primera parte,¬¬¬ Antonio recuerda, siempre con buen humor, su largo y penoso aprendizaje. Escribe cómo le enseñaron desde el otro mundo, ya de muy niño, a controlar la energía, hacer..... Viaje astrales, experimentar videncias, vivencias y premoniciones.

En la segunda parte se evocan decenas de casos de exorcismo auténticos que le ayudaron a seguir aprendiendo y añadir, a su ya larga lista de facultades, la mediumnidad, la audición a distancia, la regresión, la limpieza de casas encantadas, la sanación y la ayuda en la muerte.

La experiencia le ha demostrado, que no somos más que un eco del pasado y que el amor hacia las personas, animales, naturaleza, es esencial para percibir las dimensiones ocultas. Todos somos seres de luz, seres vivos. Todo es una creación del todo poderoso.